Selección

TERROR

BOLSILIBROS

TERROR

extra

BUFONES SANGRANTES

Ralph Barby

Tras aquel grito desgarrado, corrió de un lado a otro de la alcoba, aterrorizada hasta el punto de que no dudó en abrir los antiguos ventanales.

Ante la sorpresa y el estupor de sus compañeras, se arrojó al vacío.

Su pequeño cuerpo vestido con el grotesco miriñaque flotó en el aire unos instantes y después se extrelló sobre las rocas.

Una enana que había saltado de su lecho, se asomó a la ventana y ya no pudo ver a su compañera.



Ralph Barby

Bufones sangrantes

Bolsilibros: Selección Terror extra - 11

ePub r1.1
xico_weno 27.11.17

Título original: *Bufones sangrantes*
Ralph Barby, 1983
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




Selección
TERROR
extra

Capítulo primero

EL rostro redondo y grande, desmesuradamente grande en proporción al pequeño cuerpo, destacó frente al espejo bordeado de bombillas opales.

No podía decirse que aquel cuerpo humano fuera muy pequeño, quizá el equivalente al de un hombre de cincuenta kilos de peso, pero sus extremidades, piernas y brazos, sí eran pequeños y en él, en todo lo que constituía el físico de aquel ser humano estigmatizado como «enano», destacaba la cabeza.

Petrolino se había pintado el rostro como un payaso, en realidad era para que sus facciones destacaran en la lejanía.

Una boca muy roja, unos ojos agrandados con pinturas negras, una brillante nariz superpuesta. Por más que se esforzaba en sonreír, su rostro era una mueca mezcla de tristeza, sarcasmo y resignación.

Tenía que romper aquella sensación con la voz, una voz que era capaz de hacer sonar muy grave cuando la vertía sobre un diminuto micrófono que llevaba oculto entre las ropas, y que también podía convertir en horriblemente chillona y aguda cuando la lanzaba al aire para quejarse frente al público del circo de los malos tratos que le inferían los demás.

Por la experiencia de años y años de vida, años cargados sobre sus duros huesos, Petrolino sabía muy bien que cuando él chillaba pidiendo justicia contra los que le daban puntapiés, remarcados por el tambor de la orquesta, de modo que tales patadas quedaran muy patentes, no respondían voces de ayuda; sólo oía carcajadas, risas a millares.

Petrolino había comprobado que en la vida real ocurría exactamente igual, y si tenía que recibir puntapiés para que niños y mayores se rieran de él, mejor cobrar un salario por tal humillación. Su cuerpo pequeño, ligeramente contrahecho y desproporcionado,

no le permitía otras salidas que hacer reír al prójimo, a ese prójimo que se tildaba de humano.

La situación económica para el mundo del circo no era boyante. Había unos circos fijos en París, otros ambulantes por Europa y América y los estatales del mundo del Este, pero eran demasiados los que buscaban trabajo en él.

El cine se había tragado al circo y la televisión, al cine.

De pronto, en el espejo, además de su rostro, vio reflejada la sombra de una cabeza que estaba entre lo humano y lo bestial y que le pareció tan terrorífica como diabólica.

Por un instante, su rostro quedó tan quieto que más que un ser humano semejó un muñeco, un muñeco creado para divertir a los niños cuando las más de las veces lo único que conseguía era asustarlos.

Volvió la cabeza como si ésta girara sobre un eje mecánico. No era el giro normal de una cabeza humana; era como si la cabeza de Petrolino estuviera insertada en su tronco mediante un eje de acero o madera totalmente cilíndrico.

Miró hacia atrás, hacia la puerta abierta, hacia la oscuridad que había al otro lado de ella, una oscuridad que semejaba querer engullirle.

Sus ojos, más pequeños de lo que aparentaban gracias a las exageradas pinturas, escrutaron el pequeño camerino. Tenía miedo, un miedo que le nacía de más abajo del estómago, de las vísceras, del vientre, un miedo que le subió hasta la boca, hizo temblar sus labios y babear ligeramente. Y qué difícil era ver reflejado el auténtico miedo en un rostro cubierto de pinturas.

Tuvo un feroz deseo de huir, de saltar de aquella silla donde sus pies se balanceaban en el aire porque no llegaba al suelo, un camerino que no era suyo, pues debía compartirlo con otros actores circenses de escasa categoría como él.

—¡Libby! —interpeló, al ver pasar a la muchacha por delante de la puerta abierta.

La joven era de estatura mediana, piernas esbeltas y seguras en un cuerpo deliciosamente formado, un regalo de la Naturaleza como tributo a la belleza.

—Hola, Petrolino. ¿Te toca actuar a ti?

—Libby, Libby… ¿Has visto a alguien?

—¿Qué te pasa? Te tiembla la voz —observó ella, quedando en el umbral de aquel camerino desmontable que al día siguiente podía ser remolcado a cien kilómetros de distancia.

—¿De veras no has visto a nadie? —insistió, como un niño que demanda la protección del adulto.

—No.

—Quieren matarme, Libby.

—¿Matarte? Pero ¿qué dices? —se burló ella, como si hablara con un niño pequeño.

—Sí, Spruhen me busca para asesinarme, para condenar mi alma eternamente a los más horrendos infiernos. Tengo miedo, Libby.

—Petrolino, Petrolino, parece mentira —le amonestó, cariñosa—, Spruhen, Spruhen… ¿Quién es Spruhen?

—Spruhen es el verdugo que envía el barón Dagoberto von Rachen Bagliore para asesinarme.

Todo lo había dicho con voz grave, quejosa, al borde del sollozo, como la criatura perdida que no encuentra a sus mayores, aunque aquella voz grave no era la de un niño, sino la del miedo.

—¿Qué tonterías dices, Petrolino? ¿En qué historias y leyendas crees?

—No es mentira, Libby, no es mentira. Van a asesinarme y tengo miedo.

De pronto, se puso a reír levemente, era una risa sarcástica y nerviosa, una risa que se dedicaba a sí mismo y que produjo un estremecimiento en el espinazo de la bella funámbula y trapecista Libby Oriana.

Libby se acercó al enano y le cogió las orejas con los dedos, estirándoselas ligeramente para interrogarle cariñosamente.

—No habrás tomado algo malo, ¿verdad, Petrolino?

—¿Algo malo? —repitió, como un niño a punto de ser sorprendido.

—Ya me entiendes. ¿Has fumado «hierba», has tomado alguna pastillita? Ya sabes que has de actuar dentro de una hora y si fallas, te echarán de los estudios. No es fácil encontrar trabajo, hemos tenido suerte de que nos contrataran para este trabajo en el cine.

—¿Tú crees que será una gran película?

—No lo sé, ya veremos al final, aunque me parece que gastan poco y los actores no son de lo primerito.

—Tú eres más hermosa que la primera actriz.

—Gracias, Petrolino, pero, tú lo has dicho, ella es la primera actriz. Yo sólo soy su doble para las escenas difíciles del trapecio, del alambre y para cuando deba pasar peligro entre las fieras del circo.

—Una película de serie «B» para consumo, ¿verdad?

—Bueno, tanto, tanto —dijo ella, no queriendo responder con toda la sinceridad—. Sé que la graban en video y que posiblemente la pasen por las televisiones, eso sería bueno para el circo.

—El circo se muere, Libby, no es como antes. Ahora llevan el circo a las casas gracias a la televisión.

—El circo no morirá —rebatió, no demasiado convencida, pero haciendo esfuerzos.

—Si viene Spruhen a matarme, ¿me ayudarás, Libby?

—Naturalmente que sí, Petrolino, naturalmente, pero no se atreverá a venir porque si lo hace, lo arrojaremos a los leones.

—Te burlas de mí, no me crees —suspiró, lamentándose.

—Vamos, no eres ningún niño. Eres mayor que yo, mucho mayor que yo y hablas como una criatura. ¿Por qué?

—Porque tengo miedo, Libby. Soy pequeño, veo el mundo desde abajo, soy demasiado pequeño, todo el mundo se atreve conmigo y los demás, se ríen.

—Todo el mundo, no, Petrolino. Yo sé que has pasado y pasarás momentos de amargura por culpa de seres sin humanidad, pero todo el mundo no es igual y yo te aprecio mucho.

—¿De veras, Libby?

—Claro que sí.

—Creí que nadie me quería.

—Pues, ya ves, te equivocas.

—De todos modos, me compraré una pistola.

—¿Y para qué la quieres?

—Cuando vea a Spruhen, antes de que él me asesine a mí, yo lo mataré a tiros. Sé que merodea por aquí y tratará de sorprenderme, pero yo estaré preparado.

—Será mejor que no compres ninguna pistola. Las armas siempre son peligrosas, nunca se sabe qué puede ocurrir con ellas.

—Yo sé que sólo sirvo para hacer reír, pero me he habituado a esta vida y pese a lo que soy, me gusta vivir. El ser humano se

acostumbra a todas las miserias y yo también soy humano.

—Naturalmente, como yo. Qué bobadas se te ocurren, Petrolino.

—No creas, Libby, hay quienes piensan que los seres como yo sólo son bufones para burlarse, para desahogar sus malos humores, para mostrarlos a sus amistades. ¿Conoces al barón Von Rachen Bagliore?

—No.

—Es un ser horrible que vive en una isla llamada Saturn.

—¿No habrás soñado todo eso, Petrolino?

—No, no lo he soñado porque yo escapé de esa isla, por eso han enviado a Spruhen para matarme.

—Bueno, ya hablaremos mañana de todo esto, ahora tengo que ir a ensayar. Y tú, no te retrases, ésta es una buena ocasión para ganarse unos billetitos que en estos tiempos no vienen nada mal. Este circo en el que estamos desaparecerá en cuanto se haya terminado de filmar esta película, aunque lo mejor es que hubieran hecho una serie completa para televisión. En fin, no te pongas triste.

Libby dejó más tranquilo a Petrolino y se dirigió al centro de la pista, donde aguardaban ya el ayudante de dirección, el cameraman y otros empleados de la empresa cinematográfica.

—¿Preparada, Libby? —inquirió el ayudante de dirección que en su guión ya tenía órdenes concretas del director.

—Sí, preparada.

—Subirás despacio por aquel alambre, lo harás con paraguas. Avanza despacito, que veamos la mejor manera de colocar los focos para la toma definitiva. Buscaremos la situación más apropiada de las cámaras y haremos los primeros planos de tus pies. Ya sabes, debes dar la sensación de dificultad, de que te puedes caer en cualquier momento… Recuerda que en esta escena, la protagonista está algo coja porque ha tenido un accidente de automóvil y corre más riesgos. No es necesario que teatralices demasiado, eso será cosa de la primera actriz. Tú ve despacito; si con un par de ensayos es suficiente, todos trabajaremos menos.

Lo que iba a hacer Libby Oriana no entrañaba tantas dificultades como pudiera parecer. Por otra parte, en los ensayos se instalaba una red de seguridad.

Los enfoques de las cámaras de rodaje ya se encargarían luego de dar a aquella situación una sensación de angustiante peligro.

Tenía que subir andando por el alambre y se suponía que iba coja por el accidente de automóvil.

Arriesgaba la vida por mantener su profesionalidad, por seguir recibiendo el aplauso del público. A la hora de la verdad, las cámaras sólo la enfocarían a distancia para que no se le viera bien el rostro, maquillado y con la peluca correspondiente para parecerse al máximo a la primera actriz.

A ésta le tomarían primeros planos haciendo gestos de duda, de miedo, de vacilación, mientras que a Libby le tomarían primeros planos de los pies que se posaban cojeando sobre el alambre, a punto de perder el equilibrio.

Libby tendría que hacer todo el trabajo peligroso sobre el tenso cable inclinado y en los trapecios, todo lo que la protagonista del filme que se rodaba era incapaz de hacer.

Mientras ella ascendía, los técnicos fueron estudiando los mejores enfoques, los mejores lugares para situar las cámaras, ya que aquélla era una escena importante.

Trepó por el cable vacilando falsa y provocadoramente, era una experta en aquella especialidad y no hubo dudas. Al llegar a lo alto, recibió unos breves aplausos de los técnicos cinematográficos que ella agradeció.

No era agradable llevar el peso del trabajo difícil y peligroso para acabar siendo sólo una doble cuyo nombre se iba a silenciar para que toda la gloria recayera en la primera actriz.

Cinco días más tarde, los asientos del circo estaban repletos de público, un público procedente de colegios y centros culturales, invitados gratuitamente para presenciar una función circense. En realidad, todo aquel público actuaría como extras improvisados.

Las cámaras estaban convenientemente situadas, los focos listos, iba a filmarse toda la actuación de Libby Oriana. Los primeros planos de rostro y busto de la primera actriz serían tomados dos días más tarde, en estudio y sin público.

Todo era un montaje cinematográfico, dobles proyecciones, una técnica muy depurada que luego el espectador de los cinematógrafos no notaría en absoluto, los trucos no serían descubiertos.

Libby Oriana volvió a sentir dentro de sí el espíritu del circo. El mutismo de los espectadores era total. Sólo se oía el redoble de los

tambores y si se estaba muy cerca de las cámaras cinematográficas que tomaban película, el rumor del pase de la cinta al ser impresionada.

Cuando arribó a la elevada plataforma desde la que se tenía acceso a los trapecios, recibió un gran aplauso que las cámaras también recogieron.

No habían concluido aún los aplausos cuando apareció la figura enana de Petrolino corriendo por la pista. Gritaba desesperado, con los brazos en alto y el rostro horriblemente pintarrajeado para exagerar sus facciones y que pudiera verse a mucha distancia.

—¡Socorro, auxilio, Spruhen quiere matarme, socorro!

La bella Libby lo vio desde lo alto de la plataforma de los trapecios, a casi quince metros de altura.

De pronto, ocurrió algo insólito, inesperado.

Una jauría de perros dóberman, negros, con las fauces abiertas pero con un silencio impresionante, irrumpieron en la pista detrás del enano que buscaba su salvación. Nadie entendía lo que ocurría, aquel número no estaba previsto en el espectáculo.

Las cámaras cinematográficas se volvieron hacia él para filmarlo, porque alguien intuyó que poseía un excitante atractivo. Eran perros negros, feroces, de poderosísimas mandíbulas y ojos enrojecidos, como inyectados en sangre.

El cuerpo desproporcionado de Petrolino se balanceó con torpeza al pretender correr más de lo que su propio equilibrio le permitía.

Cayó al suelo cuando aquellas fieras le saltaron encima, arremetiendo a dentelladas contra él.

El público quedó tenso, no sabía en qué consistía el truco de aquel enano huyendo de los feroces dóberman.

Fue el grito agudo y desgarrado de Libby desde lo alto de los trapecios el que disparó la alarma del miedo, la sensación de tragedia.

Los seis dóberman negros, encelados con el cuerpo que estaban despedazando, fueron atacados por los ayudantes de pista con palos y objetos contundentes.

El domador tuvo que emplear su pistola y logró abatir a dos perros. De pronto, los otros cuatro huyeron siempre en silencio, manchados de sangre, respondiendo a una llamada inaudible.

Nadie pudo pararlos.

Aquellas fieras daban más miedo que los mismísimos leones y sus cuerpos negros desaparecieron como engullidos por las tinieblas de la noche.

El público, puesto en pie, gritó de horror.

Desde lo alto, Libby vio la cara salpicada de sangre del desgraciado Petrolino, el enano que le había pedido protección. Los dóberman tiroteados habían muerto sin soltar a su presa, con los colmillos hundidos en el cuerpo despedazado.

Nadie acababa de comprender lo ocurrido.

El enano contratado para hacer reír yacía muerto y, curiosamente, si algo quedaba sin desgarrar, era su rostro que sí aparecía salpicado en sangre.

—Spruhen —musitó Libby desde el trapecio, casi tocando la cúpula de la carpa de aquel circo montado no para pasearse por las ciudades sino para hacer una película de consumo.

Sintió vértigo por primera vez en su vida y tuvo que agarrarse a las resistentes cuerdas para no precipitarse al vacío, un vacío sin red de protección.

Capítulo II

EL *spot* televisivo de una cadena de floristerías italianas con delegaciones en otros países, era de tal suavidad y armonía de colores que invitaba a ser contemplado con placer.

Como era lógico, la visión de las flores ayudaba a ello. Entre los dependientes y posibles compradores de las tiendas, se filtraba una mujer pequeñita. No alcanzaría el metro veinte de estatura y su cabello era dorado claro, largo y lacio.

No era una niña, era una mujer, se notaba en sus senos proporcionados, en sus caderas redondas y perfectas. No era el cuerpo desgarbado de una niña que aún tenía que hacerse mujer.

Sus senos, proporcionalmente, eran más grandes que los de otras mujeres, unos pechos prominentes y atractivos.

El rostro era dulce, los ojos claros y la piel, blanca y aterciopelada.

Llevaba adosadas dos alas de fantasía que querían dar la impresión de una bellísima mariposa humana que iba de flor en flor ante el asombro de los seres humanos que a su lado eran gigantes, seres humanos que, por otra parte, para acentuar el contraste, se habían escogido de elevada estatura.

La pequeña mariposa humana, movida con trucos cinematográficos, volaba de flor en flor, guiñando un ojo, y terminaba diciendo:

—Me gustan éstas porque son las mejores, las más bonitas.

El publicista cerró el video y miró sonriente a la bellísima mujer enana que estaba sentada en una silla, con los pies colgando en el aire. Ahora vestía *blue jeans* y de no haber sido por su mirada, por el mohín de sus labios y la prominencia de sus senos, se la habría podido tomar por una niña.

—¿Cuántos años tienes en realidad, Bianca? —preguntó el hombre que la contemplaba satisfecho a través de sus gafas de

miope.

—Más de los que supones —sonrió ella, enigmática.

—¿Qué planes tienes?

—Los que se me presenten.

—Eso quiere decir que no tienes nada en puertas, ¿eh?

—Bueno, el anuncio de las flores ha dado resultado, ¿no?

—Sí, y cuando se sale por televisión, si se tiene gancho hacia la masa, después llueven los encargos.

—Pues yo estoy esperando.

—¿Has trabajado en algún circo?

—Nunca. No me gusta que me miren con tanta curiosidad, para reírse de mí. El circo me parece una cosa triste.

—Los niños no opinan igual.

—Sí, ya sé. Mientras mascan chicle, chupan caramelos o comen palomitas de maíz, se ríen de lo que les ocurre a los payasos en la pista o se estremecen pensando que los leones se van a comer a la domadora o que los elefantes aplastarían a una chica con su enorme pata. No, no me gusta, siempre he pensado que el circo es una forma de cultivar el morbo ya en los niños. Es reírse de los tontos o deformes; pagar para ver cómo unos hombres y mujeres se ponen al borde de la muerte, trapecistas, domadores, funámbulos, el hombre cañón… Siempre al borde de la muerte, así tienen que ganarse la vida mientras los demás se divierten con lo que a mí me parece dramático.

Donatello se levantó de su silla para sentarse en el borde de la mesa.

—Eres demasiado sensible, Bianca. Te olvidas de la magia del circo, de los aplausos.

Era indudable que Bianca no razonaba como una niña. Mentalmente, era una mujer hecha, como correspondía a su edad, que ya rebasaba la veintena, pese a su estatura y rostro angelical.

—En esta vida hay gente que, por su aspecto físico, la tiene resuelta.

—No quiero vivir de mi enanismo —replicó ella—. Quiero ser una mujer como otra.

—Comprendo, pero hay muchos enanos que como no encuentran trabajo en otra parte, viven de su aspecto físico y de las cosas que consiguen hacer.

—Todos, no —replicó Bianca.
—Sí, claro, si ya tienen dinero o negocios propios, no, pero tú estabas trabajando en una lavandería.
—Sigo trabajando. El *spot* publicitario no me ha dado suficiente dinero para dejar mi empleo.
—Yo tengo algo mejor para ti.
—¿Ah, sí, y qué es?
—Se trata de un productor cinematográfico. Ya ves, no es ningún circo.
—No me enviarás a un productor de videos porno, ¿verdad?
—Oh, no, no me han hablado de eso, seguro que son películas, para todos los públicos. El *spot* publicitario ha sido un excelente embajador para tu promoción, creo que ha llegado tu momento de suerte, tu gran oportunidad. Mañana, ten listos tus documentos y el equipaje, hay que partir para el extranjero.
—¿Y mi trabajo? No quiero perderlo si lo que me ofrecen no me interesa.
—Te interesará, te van a pagar en dólares.
—¿Dólares, cuántos?
—De momento, hasta que adquieras profesionalidad, te pagarán los estudios en una especie de liceo de arte dramático, bueno, lo que te interesa es que son trescientos dólares al mes. Haz cuentas y verás que eso, traducido a liras, es mucho.
—Con el cambio tan alto del dólar si es mucho y el dólar sigue subiendo.
—Y esto es sólo el principio, es decir, mientras aprendas arte dramático.
—¿Y quién es el productor?
—De momento es secreto. Él prefiere que de momento no se sepa que es un mecenas de futuras estrellas.
—¿Por qué?
—Porque las peticiones le lloverían de todo el mundo.
—¿Y qué digo en mi trabajo?
—Pide unas vacaciones, eso no es problema. Si no te gusta, te vuelves y siempre habrás ganado unos cientos de dólares. Ah, se me olvidaba, sólo por aceptar la oferta y comprometerte a pasar tres meses de estudios, te darán cinco mil dólares.
—¿Cinco mil más los trescientos mensuales?

—Ajá. Eso suma cinco mil novecientos dólares por tres meses y si no te gusta, te vuelves. ¿Qué te parece?

—No está mal. Y tú, ¿cuánto te llevas de la tajada?

—Cobro un tanto por ciento, pero no de tu parte. Lo que te he dicho ya es limpio y si no dices nada, sales del país como de viaje turístico y no vas a tener que pagar impuestos fiscales por estos dólares. No está nada mal, ¿eh? Ya te he dicho que ha llegado tu momento de suerte.

Bianca no dudó en aceptar la oferta que le ofrecía el publicista.

Al día siguiente, éste la recogió y la condujo al aeropuerto, hacia Montecarlo.

El viaje no se le hizo largo a la pequeña y hermosa Bianca. En Montecarlo, quedó gratamente impresionada.

Donatello la condujo a un lujoso hotel de la avenida Ostende.

Fueron recibidos por una mujer alta, hermosa aún, fuerte y maciza, una mujer que podía tener atractivo para cierta clase de hombres, pero que con su metro setenta y sus setenta y cinco kilos de peso, parecía un gigante comparada con la pequeña y grácil Bianca.

Aquella mujer forzó una sonrisa tras presentarse como Fráulein Hanelore.

La germana hablaba un pésimo italiano, pero se le entendía, lo que pareció suficiente a Bianca; con Donatello habló en francés.

Fráulein Hanelore llamó por teléfono y les sirvieron una comida excelente en la propia *suite*. Bianca captó que la alemana trataba de ser amable y convincente, aunque en el fondo era una mujer práctica y adusta por no llamarla antipática.

—Ella es la secretaria del productor, te llevará a los estudios.

—¿Están en Montecarlo? —preguntó la pequeña Bianca.

—No, creo que están en Londres. Tú sigue sus indicaciones y no habrá ningún problema. Ya sabes cuál es mi teléfono de Roma, llámame cuando lo necesites y si crees que no vales para esto de la interpretación, te vuelves. ¿De acuerdo?

—Sí, pero, no sé, tengo una sensación rara —confesó.

—Vamos, vamos, eso es porque vas a encontrarte por primera vez sola en el extranjero, pero es tu oportunidad.

Fráulein Hanelore puso unos billetes en la mano de Donatello después de que éste firmara unos documentos. La propia Bianca

también firmó un impreso sin rellenar, un impreso que no entendía porque estaba escrito en alemán, pero no opuso reparos porque Donatello, que actuaba como su representante, le pidió que firmara.

—Tome, para sus primeros gastos —le dijo aquella mujer a Bianca, entregándole doscientos dólares en billetes pequeños.

Bianca se sentía recelosa con aquella alemana que podía cogerla y levantarla por encima de su propia cabeza para arrojarla lejos si se lo proponía, pero el lujo del hotel, al que no estaba acostumbrada, mitigó su desconfianza.

Fráulein Hanelore tenía un criado, lo que extrañó a Bianca, que pensó que hubiera sido mejor para ella tener una criada. El criado respondía al nombre de Alexandre y aún era más alto que Fráulein Hanelore.

Se veía muy recio y en su cabeza no tenía más cabello que unas pobladísimas cejas, unas cortas pestañas y una especie de fleco en la parte baja de la nuca. A Bianca le dio la impresión de que era medio asiático. Su comportamiento era sumamente cuidadoso, no sonreía en ningún momento y sus ojos no parecían mirar nunca a quienes servía.

A Bianca le hubiera gustado salir a pasear por Montecarlo. Antes no había estado nunca en el principado, pero Fráulein Hanelore dijo que comerían en la *suite* y se ocupó de atenderles el propio Alexandre, que se mantenía silencioso.

Lo que Bianca no vio fue cómo Alexandro vertía unas gotas de un líquido que dejó escapar de un frasquito que ocultó en su mano dentro de la copa de vino que la pequeña Bianca tenía a su alcance, justo cuando la fría Fráulein Hanelore demandaba la atención de la joven sobre algo que salía en la televisión. Ella volvió la cabeza y Alexandro le puso el narcótico de efecto lento, pero seguro.

—Tengo sueño —dijo Bianca, una hora más tarde.

—Es lógico, querida —opinó Fráulein Hanelore—. El viaje ha sido largo.

Bianca se durmió.

La alemana abrió un estuche del que sacó una jeringa hipodérmica. Desabrochó los *blue jeans* de la muchacha, desnudó sus bien redondeadas nalgas y le clavó la aguja sin que la joven notara nada. Después, volvió a ajustarle los pantalones.

—¿Todo listo, Alexandro?

—Ya, Fráulein —respondió el fornido criado, levantando una maleta de considerable tamaño y que poseía unos agujeros disimulados.

Tomó a Bianca como si ésta careciera de peso y la introdujo en la maleta, encogiéndola de piernas, brazos y cuerpo, pues la colocó en posición fetal. Después, la cerró con cuidado.

—No se asfixiará, ¿verdad?

—Descuide, Fráulein Hanelore, descuide —respondió el criado.

Tomando la maleta por el asa, se la llevó.

Sin saberlo, Bianca abandonó el hotel dentro de la maleta.

Cuando horas más tarde despertó, sintió que todo se balanceaba; en parte era por la resaca producida por los narcóticos que le habían inyectado sin que ella se diera cuenta, y parte porque se hallaba tendida en la litera de un camarote.

Mareada, se incorporó.

Subió unas escalerillas y no tardó en descubrir que se hallaba en un yate. Sobre la cubierta de popa estaba Fráulein Hanelore, tendida en una hamaca y tomando el sol con los párpados protegidos por parches negros.

—¿Dónde estoy? —preguntó Bianca, acercándosele.

Sin destapar sus ojos, como si viera a través de los parches negros que protegían su vista de las radiaciones solares, la alemana respondió:

—Vamos a la residencia de tu mecenas. Puedes tomar el sol como hago yo.

Bianca miró alrededor. Sólo se veía mar, mucho mar, azul y cielo, también azul. Los que patroneaban el yate no estaban a la vista.

—¿Y en qué lugar está la residencia del mecenas? —preguntó Bianca, ansiosa de conocer más detalles sobre su destino.

—No hagas tantas preguntas —le respondió con su pésimo italiano—. Por cierto, eres muy dormilona, debías estar muy cansada.

Bianca frunció el ceño y comenzó a preguntarse cómo había salido del hotel de Montecarlo.

No recordaba nada, absolutamente nada, y tuvo la impresión de que aquel viaje no iba a ser tan feliz como imaginara. Algo oscuro se cernía sobre ella, pero ya no podía retroceder; en torno suyo,

todo era mar.

Capítulo III

LA mansión era tan grande como antigua. No había sido levantada de nueva planta por unos determinados arquitectos en el siglo Veinte, en el diecinueve, en el dieciocho ni tampoco en el diecisiete.

Era como un palacio cuyo embrión era un auténtico dolmen de la Era Megalítica. Sobre él se había edificado una desconocida ermita; después, fue tomada por una religión que amalgamaba parte de las creencias norte europeas con las cristianas. Más tarde, se había convertido en un monasterio fortaleza, ya que se hallaba enclavada en lo alto de un montículo que dominaba toda la isla, rodeada por rocas y acantilados donde el agua rompía casi siempre con olas bravas que espumeaban rabiosas.

La pequeña isla tenía una cala, una playa construida artificialmente por su último propietario, el barón Dagoberto von Rachen Bagliore.

Protegiendo la pequeña cala artificial de los embates de las olas, había un espigón que se adentraba en el mar formando curva. Servía para resguardar las pequeñas embarcaciones que llegaban hasta allí, entre ellas el yate del propio barón.

El monasterio había sido asaltado y derruido en parte por los ataques de los piratas nórdicos. En el siglo XVII se había comenzado su reconstrucción y en tales épocas pasó a convertirse en palacio que en principio servía de refugio y luego, poco a poco, para aislarse o restablecerse.

La mansión, construida con bloques de piedra, carecía de un estilo propio; era una mezcla de estilos. Le habían salido alas a los muros más gruesos del antiguo monasterio con una arquitectura casi barroca que le había hecho perder su aspecto de fortaleza.

En realidad, aquella edificación que algunos podían considerar mansión, otros palacio y algunos fortaleza, resultaba un lugar impresionante, especialmente si se llegaba de noche en un yate y

bajo la luna llena, que se situaba al otro lado de la mansión, recortándose a contraluz.

El último de los propietarios de la isla Saturn, isla que había cambiado varias veces de nombre, era el barón Von Rachen Bagliore, quien había heredado aquella propiedad de su familia.

El barón Von Rachen había superado con creces la fortuna de sus ancestros. Nadie sabía cómo lo había conseguido, pero el caso era que su fortuna parecía incalculable y, como financiero, participaba en muchos negocios que le proporcionaban pingües beneficios.

Procuraba que su nombre no se mezclase demasiado en el mundo de los negocios internacionales y sí invertía en la producción de películas, en el montaje de obras teatrales, de exposiciones de pintura y otras artes.

Por ello, había dotado de gran confort las dos mejores alas del palacio, la sur y la suroeste. Había hecho cubrir lo que antiguamente fuera el claustro, convirtiéndolo en un magnífico invernadero.

Se levantó también tierra y piedras del centro de dicho claustro, construyendo una alucinante piscina climatizada. La temperatura ambiente era suficientemente agradable como para dormir desnudo si se deseaba.

Crecían plantas exóticas, con un apoyo de rayos infrarrojos y ultravioletas, añadidos para que a las plantas no les faltase de qué vivir. Y sueltos, saltando de las magnolias a las orquídeas colgantes, volaban pájaros de vistosos colores.

No invitaba a demasiada gente a su mansión de Saturn. Escogía a sus invitados, aunque la belleza femenina era de por sí una magnífica carta de presentación para introducirse en la atrayente y extraña mansión que lo mismo podía calificarse de castillo que de palacio, cualquier cosa, y con la que ningún arquitecto escolástico habría estado de acuerdo, pues allí los estilos eran tan contradictorios que se abofeteaban entre sí y el huésped de aquella mansión se sentía como alucinado, perdido en una cuarta dimensión. Con sólo cruzar el umbral de una puerta, de una sala dieciochesca se pasaba a una sala comunal del siglo VII.

El sonido de la campanilla se expandió no sólo por la gran mansión, sino por toda la isla y nadie podía ver a quien la agitaba.

Repartidos por las distintas dependencias, algunas lujosas, otras lóbregas, había unos pequeños seres, once en total, seres a los que la Naturaleza había marcado con el enanismo.

Entre ellos, como entre todos los seres humanos, los había de muy inteligentes y de torpes.

Ninguno de ellos vestía según las formas o modos que correspondían a su tiempo.

Cada uno de aquellos pequeños seres vestía de forma distinta, pero todos con mucha extravagancia. En realidad, habían sido convertidos en una especie de bufones medievales. Cascabeles en sus ropas llenas de cintas y grandes broches.

Las mujeres llevaban faldas con miriñaque, ofreciendo un aspecto grotesco. Haber vestido de aquella manera en un tiempo, tenía su sentido, pero en las postrimerías del siglo XX, era más que un absurdo, algo que producía desasosiego, inquietud. Sólo mentes depravadas podían divertirse con aquellos seres humanos.

Se filtraron por el hueco de una puerta que estaba abierta, una puerta hecha con gruesos maderos de casi un palmo de espesor, unidos por herrajes muy antiguos y de gran solidez.

Las escaleras eran relativamente amplias, casi tres metros de pared a pared.

Los escalones eran espaciosos y de puro granito, lamido por el tiempo, por la gran cantidad de pisadas.

La humedad ascendía de lo más hondo de los sótanos y se pegaba a peldaños y paredes. No era raro que alguno de aquellos pequeños seres humanos, pequeños por la estatura pero no por sus mentes, resbalara y cayera.

En las paredes había un pasamanos consistente en cadenas unidas a la pared de trecho en trecho por sólidas argollas. La escalinata se hundía en las entrañas de la mansión como si fuera inacabable y estaba iluminada por lo que parecían antorchas, aunque realmente eran unas llamas de gas dentro de lámparas que en su encendido imitaban a las antorchas.

Llegaron a una sala de alta bóveda y aspecto siniestro. Del techo colgaban cadenas que terminaban en garfios, como si en tiempos pretéritos hubieran colgado de allí cuerpos, quizá reses para alimentar a los que se refugiaban en la isla, quizá seres humanos condenados jamás se sabría por qué.

En la sala se abrían varias puertas y a una de ellas la temían como si tras ella se escondiera el mismísimo Satanás. Había otras que conducían a lóbregas, húmedas e insalubres mazmorras a las que jamás llegaba la luz del sol.

El aire entraba por unos orificios practicados en algún lugar del techo que los allí condenados no conseguían ver a causa de la oscuridad total a la que se hallaban sometidos.

Los once enanos, hombres y mujeres, eran distintos entre sí.

Los había con extremidades deformes, conservando un cuerpo bastante adulto, y también los había con proporciones correctas.

Todos ellos vestían ropas que les hubieran dado un aire de carnaval de hallarse en algún teatro o salón principal de un gran hotel, pero allí abajo, la noción del tiempo se distorsionaba, se perdía. Resultaba muy difícil saber quién vestía adecuadamente a su tiempo.

Cruzaron por una puerta de grueso enrejado, forjado cuando se desconocían las técnicas para soldar el hierro mediante los sopletes de acetileno, oxidrílicos o la soldadura eléctrica. Avanzaron por un amplio corredor, alborotando entre ellos, cuchicheando, sin dejar de correr, hasta que el pasadizo les hundió en una especie de capilla situada en el interior de un soberbio dolmen.

Cuatro gigantescas piedras sostenían una quinta, pues no era un dolmen de dos pies, sino de cuatro. La piedra que se convertía en techo era bastante plana y gigantesca, debía pesar docenas y docenas de toneladas.

Alrededor del monumento megalítico se habían levantado paredes de granito tallado y otro techo que no llegaba a tocar la propia piedra que hacía de techumbre del dolmen. Se había respetado tanto que nada de lo que se había construido alrededor ni encima tocaba el monumento allí levantado por seres oscuros, perdidos en la noche de los tiempos.

Al final de aquella especie de santuario se elevaba un pilar de granito negro, pulido como si para ello hubieran utilizado un diamante.

Encima del pilar aparecía la figura de un ser horrendo, alto y con aspecto de cazador primitivo, ya que se cubría con pieles de bestias salvajes.

Su rostro era grande, quizá lo parecía más por la cabellera

leonada que lo enmarcaba.

Sus ojos, inmensos, no parecían de una estatua, irradiaban vida. Semejante mirar a aquellos pequeños seres que habían irrumpido atropelladamente en la capilla diabólica donde el primitivo cazador era algo así como un dios o semidiós del mal, pues sólo había que ver su expresión de maldad, de ferocidad y amenaza.

Su boca entreabierta mostraba grandes y agudos colmillos de los que semejaba gotear sangre. En su mano portaba un hacha impresionante, un hacha primitiva y muy grande. Sin embargo, lo más horrible es que alrededor suyo había seis perros negros de cola cortada, mandíbulas abiertas y ojos inyectados en sangre. El conjunto era temible.

Cuando aquellos pequeños seres humanos, castigados por la Naturaleza a no ser como la mayoría de los hombres, llegaron frente a la estatua, sin que ninguno de ellos osara acercársele demasiado, se arrodillaron casi dejándose caer sobre sus rótulas.

Doblaron sus cuerpos hasta pegar sus frentes en el frío suelo, iluminados por media docena de antorchas bien distribuidas en los muros.

Una voz quejumbrosa, lenta y muy profunda, se dejó oír en aquel santuario diabólico situado en lo más hondo de la mansión de la isla de Saturn.

—Suplicad a Spruhen, suplicadle por vuestras vidas. Aquel que de vosotros desobedezca a su amo y señor, será perseguido por toda la faz de la tierra. No habrá lugar, por remoto que sea, donde podáis esconderos del gran cazador de los malditos. Suplicadle piedad, suplicadle —exigió ahora más tajante aquella voz que semejaba brotar de las propias paredes.

—Piedad, Spruhen, piedad —comenzaron a repetir aquellos seres maltratados por la madre Naturaleza.

Algunos, entregados a aquella ceremonia de miedo y súplica, entraron en el paroxismo del llanto, fue como si cayeran en trance. Una de aquellas pequeñas mujeres llegó a revolcarse por el suelo, como presa de un ataque de epilepsia.

Apareció entonces un hombre con sayo, la capucha le cubría la cabeza. Era un sayo negro con cordón rojo para ceñirle la cintura y de él colgaba un pequeño vergajo de siete tiras de cuero.

—¡Lakai! —musitaron con auténtico miedo algunos de los

enanos.

Lakai llevaba en sus manos unas hojas; eran hojas de revista, impresas con todo lujo de color. Aquel monje, negro por su sayo y negro por su forma de comportarse y no por el color de su piel, se adelantó entre los bufones del palacio de la isla de Saturn.

En las manos de cada uno de los enanos cayó una de aquellas hojas que eran iguales entre sí, arrancadas de revistas idénticas del mismo número.

ENANO MUERTO A DENTELLADAS EN UN CIRCO MIENTRAS SE RODABA UNA PELÍCULA

Todos pudieron ver las espeluznantes fotografías donde el enano Petrolino aparecía despedazado por los feroces perros negros, dos de los cuales, según se decía, habían sido abatidos a tiros, pero sin conseguir salvar la vida del desgraciado Petrolino, que actuaba en el filme que se estaba rodando.

—Intentó escapar y también quiso olvidarse de que no podría escapar de Spruhen —comenzó a decirles, muy despacio—. Spruhen, miradlo ahí, siempre está vigilando con sus grandes ojos, nadie escapa a su venganza.

El rostro de Petrolino se veía con mucha claridad, lo mismo que los dóberman muertos, que si bien no tenían las mismas características de los perros del conjunto estatuario de Spruhen, se le parecían mucho.

Su muerte había sido brutal, feroz.

Los enanos leyeron sólo en parte lo que decían aquellas hojas recortadas de las revistas y después, volvieron a arrodillarse, a inclinarse frente al amenazador Spruhen y a suplicarle piedad mientras Lakai, situado ahora a sus espaldas, sonreía satisfecho.

—Nadie escapa a Spruhen por mucho que lo intente y menos ninguno de vosotros, que se debe a su amo el barón Von Rachen Bagliore. Él os alimenta, os da cobijo, os brinda protección.

De pronto, uno de los enanos, haciendo sonar los cascabeles cosidos a sus pies, muñecas y gorro, se puso en pie y encarándose con Lakai le dijo en tono duro, de protesta:

—¡Somos libres, libres! ¡Quiero volver a mi mundo, quiero volver a mi mundo, no soy un esclavo de nadie!

Había sido un grito de rabia, también de súplica y rebeldía, de

miedo al mismo tiempo.

Lakai empuñó el vergajo que llevaba colgado del grueso cordón rojo que hacía de cinto y fustigó con dureza pero sin prisas, sin cólera.

Actuaba con la contundencia, frialdad y eficacia de un verdugo. Los demás enanos se apartaron, nadie intervino en defensa del rebelde.

Lakai era suficientemente eficaz para no marcarlo, pero las espaldas y nalgas del pequeño hombre fueron severamente castigadas.

Echó a correr y los demás le siguieron, todos huyeron detrás del maltratado mientras se agitaban en el aire las hojas en que se veía el cuerpo despedazado de Petrolino, cuyo rostro tenía una mueca muy trágica. En la cara pintarrajeada del payaso se mezclaba el terror con la muerte.

Capítulo IV

BIANCA observó que el yate se detenía en alta mar. La cultura de la muchacha no era muy grande, pero sabía que se hallaban en aguas del océano Atlántico. A distancia había reconocido la silueta del peñón de Gibraltar, pese a que Fráulein Hanelore le había ordenado que se encerrara en su camarote y durmiera.

Habían llegado a Gibraltar al anochecer, y pudieron ver el sol anaranjado al otro lado del peñón. Luego, Bianca había dormido muchas horas. No sabía por qué, pero tenía un sueño constante y de este modo, las horas pasaban por su vida sin poder calcularlas con exactitud.

En uno de los ratos en que permanecía despierta, la joven había llegado a suponer que lo que le sucedía era mareo por falta de costumbre en la navegación y no podía considerarse igual la navegación en un gran transatlántico que en un yate, debido a la diferencia de volumen y masa.

Viajaban hacia el norte, de eso sí estaba segura. Mirando a la proa, el sol nacía a su derecha y la belleza del ocaso, quedaba a la izquierda.

—¿Se ha averiado el yate? —preguntó Bianca a Fráulein Hanelore que se había tendido en una de las hamacas para releer una de las revistas que comprara en Montecarlo, antes de partir.

—Oh, no, pequeña —le dijo con su italiano casi ininteligible.

Era evidente que aquella alemana, que para la diminuta Bianca resultaba un gigante, no estaba dispuesta a aclararle nada y una buena excusa era lo mal que hablaba la lengua de la muchacha.

Era media tarde cuando hubo movimiento a bordo.

El patrón del yate, tras saludar a Fráulein Hanelore como si fuera un superior jerárquico, le entregó unos prismáticos y le señaló con el dedo en una dirección.

Bianca miró en la misma dirección desde donde se hallaba y no

vio nada, pero la fornida y todavía bella alemana escrutó el horizonte con los prismáticos. Los mantuvo fijos y terminó asintiendo con la cabeza. Intercambió unas palabras en alemán con el patrón y éste se fue hacia la cabina.

A partir de aquel momento, los acontecimientos se deslizaron con rapidez.

Los propios ojos de Bianca, no demasiado despejados por aquel sueño que no terminaba de abandonarla, pudieron ver cómo un barco se les acercaba.

Era un pequeño transatlántico de los que se dedicaban a cruceros de placer y no a transportar pasajeros de un lado a otro del océano, pues resultaba muchísimo más rápido y por tanto, más rentable, viajar en avión, salvo que se fuera tan pobre que el tiempo no significara oro para ellos.

El barco disminuyó su marcha. Cuando casi se hubo detenido, pues la navegación por inercia ya era muy lenta, bajaron una potente lancha a bordo de la cual y utilizando una escalerilla, subieron varias personas, hasta un número de doce.

Cuando caía sobre ellos una calma lechosa, la potente lancha se les aproximó surcando las aguas con fuerza, dejando una gran estela detrás, ya que el barco había quedado a cierta distancia del yate, posiblemente para evitar tropiezos o excesivos balanceos en el yate.

La lancha se pegó al casco del yate y utilizando una escalera móvil, las doce personas de aspecto alegre subieron a bordo. Después, la lancha se alejó de nuevo, regresando al barco del cual procedía.

Bianca vio surgir a bordo del yate a cuatro mujeres jóvenes y muy bellas.

Vestían provocativamente, faldas cortas abiertas por los lados y de cintura hacia arriba, pequeños sujetadores de colores muy llamativos, de tal forma que atraían más que si los senos hubieran estado descubiertos.

Las cuatro parecían de risa fácil, era como si las hubieran alumbrado con la sonrisa de la felicidad en sus labios, como si fueran profesionales de la publicidad de dentífricos.

También subieron dos parejas de edad madura, lo mismo hombres que mujeres vestían con mucha elegancia y parecían adinerados. Después vio a tres hombres más, dos vestían con jerséis

oscuros y el tercero, una camiseta ajustada, con franjas blancas y rojas, a la usanza marinera.

Pero entre todos y sobre todos, destacaba un hombre: Mediría los dos metros de estatura y era voluminoso, corpulento. Su cabeza era redonda y sus cabellos, lacios, entre rubios y albinos. Aquellos cabellos albinos parecían canas, pero eran mechones blancos que ya poseía desde la niñez.

Aquel individuo, que no era otro que el barón Dagoberto von Rachen Bagliore, tenía unos ojos muy redondos y pupilas de un azul tan claro que en ocasiones parecían grises. Si se miraban a cierta distancia, parecía carecer de pupilas. Su nariz no era muy grande, pero sí su boca y sus labios resultaban abultados y carnosos.

Von Rachen Bagliore, que gustaba de ostentar sus títulos nobiliarios cuando en su país natal ya estaban abolidos, era un tipo muy dado a los placeres de los sentidos.

Vivía con el lujo, el confort y la riqueza de las postrimerías del siglo XX, pero con la mentalidad de un aristócrata feudalista del medioevo.

La riqueza estaba en sus bolsillos, en sus cajas de caudales, en sus financieras, y con tales riquezas obtenía lo que pudiera parecer más absurdo con tal de divertirse él o sus invitados, ya que la sorpresa y la diversión que se reflejaba en los rostros de sus invitados era su propia diversión.

—¡Magnífico, espléndido, es una obra de arte de la naturaleza! —exclamó Von Rachen con voz atronadora.

Bianca, sorprendida, se sintió atrapada por aquellas enormes manazas y elevada en el aire. No parecía que un ser humano acabara de despegarla del suelo de la cubierta, sino una grúa de gran potencia.

Von Rachen giró sobre sus pies y Bianca pasó por encima de la baranda. Vio entonces que las aguas del océano se movían, estaban bajo sus pies y el yate avanzaba, pues se había puesto en marcha para reanudar viaje. Tuvo miedo, mucho miedo.

—Si te dejo caer, cualquier tiburón se te comerá de una sola dentellada por lo pequeñita que eres.

—Por favor, por favor —suplicó Bianca agitando sus pies en el aire, tratando de llegar con ellos al pasamanos de la baranda.

—Tú eres Bianca, ¿verdad?

—Sí, señor, soy Bianca —dijo la pobre muchacha, de menguada estatura, pero de singular belleza.

—Yo soy tu amo y señor y así deberás reconocerlo a partir de ahora y para siempre. Si no estás de acuerdo, suelto tu cuerpo y te hundes en las aguas. Ya nadie volverá a encontrarte jamás.

Bianca buscó con la mirada a las demás personas. Nadie salía en su ayuda, hombres y mujeres parecían dispuestos a aceptar la decisión de Von Rachen, fuera éste cual fuere, nadie la ayudaría en aquel momento desesperado para ella.

Clavó sus ojos en los de Von Rachen y comprendió que aquel hombre, pese a reírse, no bromeaba. Sus ojos revelaban que estaba dispuesto a cumplir lo que su boca prometía.

Bianca no era una mujer demasiado culta, sofisticada ni con dotes naturales; pese a ello, comprendió de inmediato que se hallaba en las manazas de un auténtico monstruo, de un ser capaz de matar sin piedad.

Aquel gigante, que vestía una camisa oscura de gran fantasía, con ideogramas orientales de difícil ubicación para un profano, parecía seguro de poseer el poder de la vida y la muerte sobre su prójimo. ¿Alguien de los que se hallaban en aquel yate en alta mar sería capaz de denunciar a Von Rachen si la dejaba caer a las aguas, haciéndola desaparecer así?

Bianca lo comprendió todo en breves instantes, tan breves que no podían contarse por segundos. Tenía que salvar su vida, aquello no era una broma, se había convencido mirando aquellos perversos ojos redondos, de un azul grisáceo.

—Sí, amo y señor, te obedeceré siempre, mientras viva —musitó con voz ligeramente temblorosa, con los pies todavía suspendidos sobre las aguas y sostenida en el aire por las manazas de aquel hombre.

Von Rachen soltó una carcajada ronca, una carcajada que fue coreada por quienes se hallaban en cubierta.

—Bianca, pequeña Bianca, tú has comprendido muy bien cuáles van a ser tus obligaciones de ahora en adelante. Habrás de complacerme en todo lo que te ordene, lo mismo que los demás bufones de mis dominios. Si fallas, serás castigada, ya te contará Lakai cuáles pueden ser tus problemas en caso de desobediencia y sería una lástima que desobedecieras, porque eres muy bonita. No

he de tratarte a ti como a los demás bufones, es decir, a puntapiés para que me hagan reír. ¿Sabes, Bianca?

La puso sobre la baranda, ella apoyó sus pies en el pasamanos y aquel soporte la tranquilizó en gran manera, pese a que continuaba atrapada por las manazas del gigante Von Rachen Bagliore.

—Yo sufro depresiones a veces, todos lo saben, no es ningún secreto para nadie y entonces necesito que me diviertan. Para eso tengo a mis bufones, los mejores del mundo. Tú serás la pequeña hada entre los bufones. Pórtate bien y vivirás como nunca has imaginado vivir, nada te va a faltar, pero si dicen que soy generoso, también soy implacable cuando se me irrita o contradice.

—Lo que usted diga —asintió Bianca, tragando saliva, mientras pensaba que se hallaba en las garras de un loco que tenía dinero y poder, lo que le convertía en un ser terriblemente peligroso, porque con una de las cosas peores con que podía encontrarse un ser humano o todo un pueblo, era con un loco que tuviera el poder suficiente para imponer su tiránico dominio sobre sus víctimas.

Mientras, el yate proseguía su ruta en dirección a la isla de Saturn, una isla propiedad del barón Von Rachen, de la que la mayoría de los mortales jamás habían oído hablar.

Capítulo V

LIBBY ORIANA entró en el despacho de Slake T. Rollman; en la puerta de cristal, un rotulito advertía: «Productor ejecutivo».

Libby Oriana apenas había intercambiado dos o tres frases con el productor ejecutivo de la película que se estaba rodando, quizá algún «adiós» o «buenos días» escaso porque todos tenían que hacer.

Libby había tratado más con el director de la película y con los operadores de cámara. En el rodaje de aquel filme, Libby sólo era una doble de la protagonista, es decir, nadie importante, porque incluso un papel de segundón o menos que eso podía aparecer en letras visibles en la pantalla, pero una doble, no. Una doble de la primera actriz era menos que nada y así lo había captado Libby desde un principio, porque ella no era una actriz de cine, sino una artista de circo, una trapecista aceptable, aunque en el trapecio no había llegado a ser una primera figura mundial.

Entre las mujeres que actuaban como extras y actrices secundarias, había oído hablar del productor ejecutivo; que era un tipo joven, alto y bien parecido, con una mirada que atraía a las hembras como un poderoso imán a las bolitas de acero rodando sobre una mesa de cristal.

Slake T. Rollman tenía un cabello abundante y lacio de color castaño rojizo. Un amante de los caballos habría opinado que se parecía al pelaje de un brillante alazán.

Llevaba bigote y una barba recortada que daban a su rostro un cierto aire enigmático y de madurez. A Slake Rollman no se le había ocurrido rizarse el pelo a la moda «afro» porque él no seguía más moda que la de su propia naturalidad. Dejaba crecer sus cabellos y recortaba su barba, sencillamente para que no resultara sucia ni antiestética, pero no se rasuraba porque lo natural era que en su cara surgiera el fuerte vello de bigote y barba, y lo antinatural era afeitarse a diario para vencer ese vello con que la madre Naturaleza

le dotaba y que le daba un aire de poderosa virilidad.

Libby Oriana le miró. El hombre seguía sentado al otro lado de la mesa sobre la que se amontonaban los papeles, libretos y guiones fotocopiados. Incluso sentado, se le veía muy alto.

Libby no era fácilmente impresionable por los hombres, entre otras cosas porque estaba acostumbrada a ser admirada, a que miles de ojos se clavaran en su cuerpo, en sus piernas cando actuaba en el circo y casi siempre con maillot o bikinis de fantasía, mostrando la espléndida esbeltez de su bien formado cuerpo de mujer.

Un director de circo le había dicho un día: «Muchacha, cuando quien corre riesgo de muerte es muy bello, más excitante resulta al público. Por eso hay que aparecer muy hermosa, con mucha fantasía».

—¿Qué estás pensando? —preguntó de súbito Slake T. Rollman.

—No, nada, siento que todo esto se hunda.

El hombre suspiró, se encogió de hombros y se echó hacia atrás en su butaca giratoria. Tomó un paquete de cigarrillos y le tendió un pitillo, Libby lo cogió y después él le ofreció la llamita de su encendedor de acero.

—¿No hay posibilidad de seguir adelante?

—Cherry Lane, la estrecha del rodaje, se ha largado. No era ningún genio artístico, pero era la estrella y se contaba con su nombre para la distribución de la película por todo el mundo.

—Pero ¿podía irse?

—No, si la película se hubiera seguido rodando, pero el grifo de los fondos se ha cerrado; luego, ha habido unas semanas de paro y eso ha hecho que ella, según una cláusula del contrato, pudiera aceptar otro trabajo y lo ha hecho, entre otras cosas, porque Cherry Lane no le ve buena solución a esta película.

—Parece un poco maldita desde su inicio, ¿verdad?

—Sí, era algo latente. Las películas de circo siempre tienen algo de tragedia dentro. Hay que mover a más gente, se corren mayores riesgos, también resulta más costosa; en fin, se mascaba el desastre y éste ha llegado, esencialmente después de la muerte de Petrolino.

—¿No se ha averiguado quién era el propietario de los dóberman?

—No, la policía no lo ha podido saber, sólo era una jauría de perros furiosos que la tomaron con Petrolino y lo despedazaron ante

miles de ojos. ¿A quién se puede culpar de esa muerte?

—A Spruhen —dijo ella, despacio.

—¿Spruhen, quién es ese Spruhen?

—Yo no lo sé, pero Petrolino me dijo que ese Spruhen llegaría para asesinarle.

—Spruhen, Spruhen… No conozco a nadie que se llame así. ¿Se lo has contado a la policía?

—Sí —respondió Libby con sinceridad, tras expulsar una bocanada de humo, ya cómodamente sentada en una de las butacas del pequeño despacho cuyas paredes aparecían repletas de posters cinematográficos.

—¿Y qué te han respondido?

—Creo que han hecho averiguaciones y no conocen a ningún Spruhen.

—¿Y tú?

—Tampoco.

—¿Entonces?

—Petrolino tenía miedo de ese Spruhen. Creo que trató de decirme más cosas, pero yo no le hice todo el caso que debiera.

—Petrolino valía mucho en la pista y era también un buen elemento cinematográfico. Hubiéramos podido sacar mucho de él ante una cámara, pero también debes admitir que era algo corto de aquí. —Con el índice diestro se tocó la frente.

—Es cierto. En ocasiones se comportaba como un hombre maduro, pero otras veces parecía un niño de ocho años. Su madurez mental tenía lagunas. No soy psicóloga, pero creo que eso se debería a las frustraciones amasadas a causa de su enanismo.

—Si el ambiente en que creces te es hostil, quedas marcado. Todos los seres con problemas físicos no tienen la misma psicología, el mismo talante, tampoco todos han sido tratados igual. Hay seres que por ser subnormales, ciegos o enanos, han sido escondidos en habitaciones, lejos del resto del mundo, como si hubieran sido enclaustrados en mazmorras para que la familia que lo había engendrado no fuera ridiculizada.

—Sí, y no se piensa en la víctima que es quien de verdad sufre. Petrolino debió tener traumas muy fuertes en su infancia. Muchos seres como él escapan de sus hogares familiares y se acercan al circo donde piden trabajar como mozos o como cualquier otra cosa,

aunque sea recibir bofetadas y puntapiés y así poder esconder sus rostros tras las pinturas del payaso.

—Eres muy profunda, Libby, no había tenido ocasión de conversar antes contigo. ¿Te parece que vayamos a comer juntos?

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

A bordo del automóvil de Slake T. Rollman prosiguieron la conversación. Libby se sentía muy a gusto junto al productor ejecutivo y aún no había conseguido averiguar por qué él tenía tanto interés en hablar con ella.

Supuso que querría «ligársela», era lo habitual entre los hombres de rodaje cuando había cerca una mujer atractiva. Ella misma había recibido varias proposiciones.

—¿De veras no pudiste averiguar nada más sobre ese Spruhen?

Libby quedó pensativa.

—Petrolino me habló de una isla.

—¿De una isla, seguro?

—Sí, dijo que se escapó de ella, pero no recuerdo bien.

—Qué casualidad.

—¿Casualidad, por qué?

—Porque yo tengo que ir a una isla.

—¿Viaje profesional o de placer?

Mientras Slake T. Rollman conducía con habilidad entre el abigarrado tráfico, le dijo sin mirarla:

—Tenemos muchos metros rodados de esta película y estoy dispuesto a luchar por ella, haré lo que pueda para que no se hunda.

—Pero, si no hay dinero y la actriz se ha ido a otra parte…

—La actriz no es problema.

—¿Ah, no?

—No, precisamente me había fijado en ti.

—¿En mí?

—El director Llach me ha hablado muy bien de ti. Creo que repitiendo algunas escenas en las que sale Cherry Lane y poniéndote a ti en su lugar…

—¿A mí? Si sólo soy la doble.

—Tú tienes madera de actriz y estoy seguro de que lo harías mejor que la propia Cherry Lane. Esa mujer me carga, se valora en exceso y fuerza su histerismo a ver si así llama más la atención. Se

la puede suplir con bastante facilidad, ella apoyaba gran parte de su éxito en sus exuberancias físicas. Creo que te bastaría tomar unas clases aceleradas de interpretación para hacerlo incluso mejor que ella. En cuanto a la voz, si es preciso se dobla.

—¿Y no sería eso una especie de bodrio cinematográfico? —preguntó Libby con sinceridad, sin dejarse deslumbrar por las posibilidades que se le ofrecían.

—No nos engañemos, ésta no va a ser una candidata a los Oscar, ni siquiera una película de gran éxito. Es un filme de consumo que puede dar el suficiente dinero para que este negocio sea rentable.

—Hablas del arte del cine como si fuera vender salchichas.

—Más o menos. Yo tenía a ganar unos tantos por ciento; es verdad que he cobrado lo suficiente para vivir hasta ahora, pero si los pierdo, no habré ganado más. Si la película funciona, obtendré el suficiente dinero para producir otra película que a mí me interese más, nada grandioso, con milla res de extras, pero sí algo íntimo, sincero y con el máximo de arte que se pueda dar. En esta industria del cine, si no hay dinero no se consigue arte; es cierto que con muchos millones tampoco se consigue el arte forzosamente, pero también es seguro que sin él no hay nada que hacer. Hay que pagar muchos salarios, artistas, técnicos, materiales, revelado, etcétera, etcétera.

Slake se detuvo en un restaurante íntimo de cocina húngara. Se sentaron frente a una mesa con mantel rojo y prosiguieron la conversación mientras saboreaban una copa de vino de Tokay como aperitivo.

—¿Y piensas utilizarme a mí para hacer dinero? —preguntó Libby sin ambages.

—No es que te utilice, simplemente te ofrezco la oportunidad de lanzarte al mundo del cine. Ganarás más dinero, tu nombre saldrá en los anuncios, en la pantalla, en las fichas de producción. Te conviene. Tómalo como que ambos podemos salir beneficiados en este asunto. —Levantó la mano y apuntó hacia ella con su índice—. Te voy a decir más: Si no seguimos adelante, si lo dejamos todo como está, la gente del circo, tu gente, comenzará a disgregarse. La mayoría de ellos ya no volverán a encontrar trabajo en ningún otro circo. Los viejos buscarán asilos de tercera y los jóvenes tendrán que buscar otra clase de empleo. La carpa se pudrirá y se vendrá abajo.

Todavía estamos a tiempo de salvarlo todo, a tiempo de no echar a la basura los rollos ya filmados.

—No entiendo. ¿Pretendes decir que yo sola puedo salvar la película?

—Sería un estúpido si te dijera eso y además, como eres inteligente, no ibas a creerme.

—Eres sincero, no me cabe duda. No te conocía, pero te creo. Lo que me temo…

—¿Qué? —preguntó, al observar que ella hacía una pausa excesivamente alargada.

—Puede que seas el cínico más grande que yo haya conocido jamás.

—¿Y qué importa que lo sea, si al final conseguimos salvar la película?

—¿De veras es la película lo que te interesa por encima de todo?

—Sí, se ha ido Cherry Lane, pero todavía queda mucha gente que vale. Una película de circo se vende bien si se le da al público lo que busca.

—¿Exciting?

—Sí, claro, un poco de sangre, de violencia, de sexo. El espectador paga por eso, lo admita o no cuando se le pregunta. Muchas veces el sexo, la violencia, el sadismo y la sangre se buscan conscientemente; pero en muchas otras ocasiones, quienes lo rechazan de forma ostensible y con gesto de asco lo buscan también inconscientemente.

—Pero si han cortado el grifo del dinero —objetó Libby mientras les servían un sabroso borjupörkölt de ternera y pimientos verdes, generosamente aderezado con paprika, lo que les obligaría a beber una buena cantidad de vino tinto que caldearía la sangre en sus venas.

—Tengo que convencer al propietario del dinero de que puede dejar fluir la plata por ese grifo que se nos ha cerrado.

—¿Crees que podrás convencer al financiero?

—Si tú me ayudas, posiblemente.

—Oye, oye, cuidado, que empiezo a olfatearme algo feo.

Slake T. Rollman sonrió, bebió de su copa de vino y después dijo:

—Si crees que te llevo para deslumbrarlo con una belleza,

esperando que se te lleve a la cama y por eso ceda, estás equivocada.

Ella parpadeó, desconcertada.

—La verdad, no sé si enfadarme o darte las gracias.

—Te explicaré; el hombre que ha invertido el dinero para que esta película siguiera adelante y que por culpa de lo sucedido con Petrolino ha cerrado el grifo, tiene chicas hermosísimas, la mayoría *misses* oficiales de concursos. No tiene problema para satisfacer sus apetitos sexuales, le sobra dinero y poder, por ahí no has de temer.

—¿Me estás diciendo que no tengo el atractivo de una de esas chicas de concurso de *misses*?

—Yo diría que tienes más atractivo que ellas, si él tiene capricho de ti, claro está.

—Vayamos al asunto.

—Déjame terminar.

—Adelante, adelante —pidió ella, achicando los ojos, forzadamente recelosa.

—Lo que tú tengas que ver con ese hombre no es asunto mío. Entre tú y yo sólo existe una relación profesional. A los dos nos interesa que salga adelante el mismo producto, que es la película que ya está a medio rodaje. Tú puedes suplir a Cherry Lane, habrá muchas escenas que ni habrán de retocarse. Si el financiero te hace alguna proposición que tú consideres inaceptable, no tienes más que rechazarla. Yo sólo pido tu colaboración profesional y que me ayudes a convencer a ese tipo de que esto puede salir adelante. Si tú decides cortar porque hay algo que te desagrada, yo respetaré tu decisión, no te voy a pedir que hagas nada que no te guste. Eres libre de hacer lo que te venga en gana.

—¿Dices siempre lo mismo a las chicas con las que sales?

—No. A las chicas que me parecen bien decírselo, les propongo que nos acostemos y mañana, cuando salga el sol, será otro día, así soy yo, pero a ti no te he propuesto nada, por lo tanto no me siento obligado contigo. Eres libre. Si tienes un ligue, es asunto tuyo y si yo tengo un ligue con las invitadas que suele tener ese financiero, también será asunto mío. ¿Entendido?

Libby estaba totalmente desconcertada.

—La verdad, Slake, eres el tipo más claro exponiendo las cosas que he visto en mi vida. Por lo menos, no podré acusarte de que

vayas a engañarme, que es lo usual en estos casos.

—Yo te he puesto las cartas boca arriba. Habiéndose ido Cherry Lane, que no está interesada ya en esta película que en realidad tenía poco lucimiento para ella, porque había demasiado trabajo de doble, o sea, trabajo tuyo, si entre tú y yo convencemos al financiero, nos beneficiamos todos, no sólo tú y yo, sino mis compañeros de rodaje y tus compañeros del circo. Ésta es una labor que podemos llevar a cabo entre los dos y nos hallamos en una ocasión propicia.

—¿Propicia, por qué?

—Porque tengo noticias de que el financiero se ha ido a su isla con unos invitados.

—¿Y tenemos que ir a esa isla?

—Si no te da miedo el mar, sí.

—¿El mar, hay que ir en barco?

—¿No te he dicho que es una isla el lugar de reunión?

—Sí, qué tonta soy. ¿Y dónde está?

—No te preocupes, yo te llevo. Tengo un yate de vela con motor de apoyo, nada grande, por supuesto, un enano comparado con el yate del financiero al que vamos a visitar. Lo compré de segunda mano, pero está muy bien revisado. ¿Sabes navegar?

—Sólo nadar en una piscina.

—No es mucho, pero podrás ayudarme.

—¿Con quién viajaremos?

—Solos. Mi barquito sólo tiene para cuatro literas y si estás pensando que voy a tratar de abusar de ti en alta mar, descártalo.

—Slake… —Bebió despacio de su copa de denso vino tinto, como meditando la pregunta que iba a hacerle—. ¿Acaso eres impotente?

Capítulo VI

AQUEL despertar era como surgir lentamente de lo más profundo de una sima insondable, avernal.

Kinnbacken tenía la impresión de que ascendía como si fuera una criatura alada, quizá un murciélago. Ascendía con gran lentitud, veía sin ver.

No había luz y era como si sus ojos estuvieran dotados de visión para radiaciones infrarrojas u otras ondas desconocidas.

Su entorno era rocoso y lo veía todo en color marrón rojizo. Era un camino ascendente, tortuoso, se agrandaba y estrechaba. Aparecían las cónicas e irregulares estalactitas y estalagmitas, pasaba entre sus agujas calcáreas de gran dureza y era como si su cuerpo se hubiera metamorfoseado en el de un quiróptero y su cabeza continuara siendo humana, una cabeza que llamaba la atención por su mandíbula exageradamente grande, hasta tal punto que Kinnbacken se veía obligado a utilizar una prótesis de porcelana sobre la dentadura del maxilar superior para poder masticar con los dientes.

Sólo encajaba bien las muelas y con ellas trituraba los alimentos. Si quería desgarrar con los dientes, incluidos los incisivos, sacaba del bolsillo, de una funda de cuero, su prótesis dental y se la adosaba a la mandíbula superior. De este modo, podía comer alimentos cárnicos, aunque no era demasiado aficionado a ellos.

Su mandíbula inferior, su quijada, era tan grande que convertía su rostro en inconfundible, ni siquiera el más deforme de los Habsburgo le había superado.

Aquella mandíbula, afectada de acusado prognatismo, había comenzado siendo una gran tragedia para Kinnbacken, pero acabó convertida en una impronta de personalidad que, al pasar los años, Kinnbacken no había querido abandonar.

Por supuesto, aquella mandíbula excepcionalmente grande no

era la única deformidad de Kinnbacken. Aquel hombre de gran inteligencia, de sagacidad nada común, medía menos de un metro veinte centímetros.

Su cuerpo era macizo, cuadrado, sus piernas terriblemente cortas. Los huesos fémures, las tibias, los peronés, se habían negado a crecer desde la niñez. Sí habían crecido sus pies, apareciendo totalmente desproporcionados, pues poseía los pies de un varón adulto de casi metro ochenta.

Su caminar era vacilante, se inclinaba a derecha e izquierda a cada paso que daba, pero su verticalidad, cuando estaba quieto, era perfecta. Entonces, parecía un monolito granítico que ni el más fuerte de los vendavales podría derribar.

Sus brazos sí habían crecido y sus manos, también, de tal modo que dejándolas colgar a lo largo de su cuerpo podía tocarse los zapatos sin necesidad de inclinarse.

Parecía que cualquiera, al verle así, tan desproporcionado, pudiera mofarse de él, pues gente de mal gusto, gente sin piedad, era lo que más abundaba; sin embargo, cuando se miraba aquel rostro, cuando se tropezaba uno con los ojos de Kinnbacken, se le pasaban las ganas de burlarse. Era tal el poder, el magnetismo de sus pupilas, que impresionaba instantáneamente. Kinnbacken lo sabía y utilizaba su expresión para defenderse del mundo hostil que lo rodeaba, pues para un ser que se apartaba de la normalidad, los otros seres humanos se convertían en hostiles y aquella animosidad lo mismo se expresaba con mofa, ira o desprecio, y no porque tal situación la provocaran los seres como Kinnbacken, todo lo contrario.

Semejante marginación, esa utilización para satisfacer los más bajos instintos, la provocaban los necios que conformaban ese mundo que se llamaba su prójimo y contra el que tenía que defenderse.

Kinnbacken no sabía entonces si estaba viviendo una pesadilla o una realidad, si todo lo que sucedía era el resultado de algún alucinógeno que convulsionaba su cerebro o todo era culpa de Dibuc.

Volvió su rostro despacio mientras seguía ascendiendo sin esfuerzo, pero con la sensación de que su respiración era dificultosa, una respiración casi asmática, angustiosa porque parecía que iba a

asfixiarse.

De pronto, descubrió que su cuerpo tenía dos cabezas, la suya propia y la de Dibuc. Sí, estaba seguro de que aquella cabeza que estaba junto a la suya y que nacía del mismo cuerpo alado que ascendía desde las profundidades de la tenebrosa sima, no era suya, era la cabeza de Dibuc, una cabeza cuyo entorno se perfilaba, pero no los rasgos de sus facciones; era como si la cara quedara desdibujada.

Otro se hubiera horrorizado hasta detener su corazón de puro espanto, pero Kinnbacken ya se había acostumbrado a vivir con Dibuc, aunque nadie más que él sabía que Dibuc vivía dentro de su cuerpo. Dibuc era quizá el que daba a su mirada aquel aspecto terrible.

Llegó al fin a la boca de la sima y salió al exterior, pasando entre unos zarzales espinosos que lo arañaron, lo hirieron causándole dolor.

Tuvo la impresión de que su cuerpo de gran murciélago perdía sangre.

Miró hacia lo alto y divisó un cielo plagado de estrellas, pero sin luna. La luna era un gran ojo en la noche que podía guiarle, el ojo de la noche polifémica. No ardería en cólera y brutalidad como el del mito griego, sino que sería fría, distante, pero no estaba allí para brindarle su luz de argenta que llenaba los bosques de infinitas sombras fantasmales.

Cayó sobre un suelo que le pareció blando y quedó boca arriba.

Intentó mirar las estrellas, pero éstas habían desaparecido, ya no estaban sobre su cabeza. No había nada o por lo menos, nada veía.

Era como si, de pronto, sus ojos se hubieran cegado. Paradójicamente, cuando creía estar volando entre las tinieblas de lo más profundo de la sima, allí veía, sí, estaba seguro de haber visto las paredes rocosas, las estalactitas, las estalagmitas, pero ahora era distinto.

Ya no tenía aquel poder del que habían gozado sus ojos para ver en la oscuridad. Ya no podía ni ver la otra cabeza que iba unida al mismo cuerpo que él, quizá porque esa cabeza ya no existía, como tampoco era ya el de un quiróptero.

Volvía a ser el Kinnbacken de siempre, el enano de las piernas cortas, brazos largos y mandíbula exageradamente pronunciada. Sí,

volvía a ser él mismo, lo sabía sin siquiera poder verse.

—Ha sido todo una pesadilla —musitó—, una horrible pesadilla de la que he despertado.

Tuvo la sensación de que las fuerzas le faltaban. Era como despertar súbitamente, a medianoche, de un sueño tan profundo que hasta las extremidades se negaban a obedecer hasta pasados unos minutos.

Alzó las manos y notó que sobre él había un techo sólido, pero acolchado. Se desconcertó y no tardó en descubrir que se hallaba dentro de una caja.

—Esto es un ataúd…

Antes de dejarse invadir por el terror, empujó la tapa y ésta cedió, los goznes chirriaron. Sus ojos volvieron a llenarse de estrellas y de una gran luna que se hallaba sobre él, una luna muy redonda y plateada.

Se sentó dentro del ataúd y sintió el miedo arañando sus vísceras. Era un ser humano como los demás.

Ahora, estaba ya seguro de que no soñaba, de que no vivía una pesadilla. Lo que le rodeaba era cierto. Se hallaba en un cementerio. En torno suyo había cruces, lápidas.

Cerca del féretro en que se hallaba, había una montaña de tierra. Al ponerse en pie, miró por encima de la tapa y vio la fosa que le habían destinado.

Saltó del ataúd y corrió entre las tumbas con sus grandes pies, balanceando grotescamente su cuerpo.

Tenía que huir de la muerte, pero había muros alrededor, muros cubiertos por espesas enredaderas que lo ocultaban en gran parte.

Kinnbacken buscaba desesperadamente la salida, jadeaba, le faltaba el aire y su corazón palpitaba a excesiva velocidad.

La sorpresa de despertar dentro de un ataúd, en un cementerio y a punto de ser colocado en el fondo de una sepultura ya abierta, le había producido un inmenso terror.

De pronto, se abrió la puerta de aquel cementerio cercado por un alto muro de piedra y aparecieron los enanos de la isla de Saturn, haciendo tintinear sus cascabeles y riendo exagerada y chillonamente.

Uno tocaba un banjo, otro un fagot, dos enanas sendas panderetas.

Tras ellos avanzaba Bianca con sus alas de hada o mariposa y después, el gigantesco barón Dagoberto von Rachen Bagliore.

Cubría sus espaldas una gran capa negra de cuello muy alto. Reía con carcajadas gruesas y tras él, sus invitados también reían.

Kinnbacken quedó frente a ellos, profundamente desconcertado. Todos se reían de él, de su miedo, y el miedo se disolvió para dejar paso a la ira.

—¿Qué significa esto? —bramó, alzando su voz.

—Todo ha sido una broma, no hace falta que te irrites tanto.

—¿Y quién eres tú para burlarte así de mí? —preguntó, cuando los enanos habían dejado de hacer sonar sus instrumentos, aunque era difícil acallar sus risas.

—¿Quién soy yo? —Soltó una carcajada—. Soy el barón Dagoberto von Rachen Bagliore.

—Algo he oído hablar de ti, debes ser el bastardo hijo de perra de que me han hablado —le escupió Kinnbacken.

Los ojos de Von Rachen fulguraron pese a ser azul grisáceos y su mano abofeteó aquel rostro de mandíbula exagerada, haciendo caer al enano junto a la lápida de una de las tumbas.

—De ahora en adelante, hasta que te pudras, seré tu amo y señor. Me obedecerás con sumisión total, porque de lo contrario, te arrepentirás.

Kinnbacken, sentado junto a la lápida, con la luz de la luna iluminando la macabra escena, donde ahora sólo reían los enanos que pretendían halagar a su amo, replicó:

—Podrás matarme, pero yo jamás seré esclavo ni bufón de nadie. El medioevo, con su oscurantismo, quedó atrás, ya no hay más enanos para recibir puntapiés.

—Te equivocas, Kinnbacken. Aquí, en esta isla, el poder soy yo y tú, mal que te pese, obedecerás. Lakai te enseñará a obedecerme. —Volvió a carcajearse para dejar patente su dominio, su absoluta superioridad—. Acabo de hacer las dos mejores adquisiciones de los últimos tiempos —dijo, tratando de acaparar la atención de todos.

Nadie se atrevía a decirle que golpear al enano había sido una acción despreciable.

Un rayo de luz pasó entre los ojos de Von Rachen, un rayo que había brotado del anillo que Kinnbacken llevaba en su dedo corazón izquierdo y que no parecía de metal noble. Como piedra preciosa,

llevaba engarzado un espejito oval de fondo oscuro en el que se había reflejado la luna, una luna que había saltado a los ojos de Von Rachen al mover Kinnbacken su mano.

Bianca se adelantó con sus alas para preguntarle:

—¿Te has herido?

Kinnbacken tuvo un movimiento inicial de rechazo, pero al ver los bellos ojos de Bianca, unos ojos sinceros, se detuvo.

—Miradlos —pidió Von Rachen—. ¡La enana más bella de la Tierra, la más perfecta, una diminuta venus que haría el placer sexual de cualquier sibarita de los goces de la carne! Quizá yo disfrute de ese placer…

Bianca volvió su rostro hacia él, asustada. Le vio terriblemente gigantesco y más hallándose ella inclinada hacia Kinnbacken.

—Maldito seas, Von Rachen —escupió el enano de la gran mandíbula.

No tardó en recibir varios puntapiés de otros enanos, dispuestos a satisfacer a su amo aunque fuera en contra de quien era como ellos, de quien sufría su misma deformidad.

Kinnbacken aguantó; era más inteligente que todos aquellos otros enanos sometidos por Von Rachen y sabía que se podían entrenar perros para matar a otros perros por orden del hombre que no era un perro como ellos.

No se quejó, aguantó los puntapiés, las carcajadas, las burlas de quienes debieran haberse puesto de su lado para enfrentarse todos al tirano de la isla de Saturn.

—Basta, basta, no lo maltratéis. Kinnbacken es muy listo, sé que es el enano más inteligente que existe en nuestros días, también es sagaz y rápido con la palabra. Dicen de ti que eres alquimista, ocultista, endemoniado y no sé cuántas cosas más.

—Si tú así lo crees, así será, Von Rachen —respondió lentamente desde el suelo, rodeado por los otros enanos vestidos grotescamente como si vivieran en épocas de la historia que ya habían quedado relegadas al olvido, en libros escritos cuidadosamente por monjes de apartados monasterios.

—¿Por qué nos retiene aquí? —preguntó Bianca, mirando a Von Rachen.

—Soy vuestro amo, os he comprado.

—No somos esclavos —replicó la muchacha italiana—. Vivimos

en un siglo que no hay esclavos.

Von Rachen volvió a reírse y sus bufones le corearon. Los invitados permanecieron callados, pero todo les parecía divertido, como si asistieran a la representación de una grotesca obra de teatro en la que el escenario era un antiquísimo cementerio, controlado por el dueño de la isla que era Von Rachen y donde yacían unos muertos olvidados del mundo.

—De eso ya discutiremos más a fondo. Tú eres un tipo con el que se podrá hablar, Kinnbacken, y tú, hermosa enanita Bianca, también. Aquí no os faltará de nada, no tendréis que seguir luchando en el mundo para sobrevivir. Saturn será vuestro refugio hasta la muerte y terminaréis en este cementerio. Haré que os pinten, formáis una pareja tan extraña… Algo así como la bella y la bestia. Los dos os quejáis porque acabáis de llegar a mis dominios.

—Yo quiero irme de aquí —dijo Bianca, valientemente.

—Ya hablaremos de eso. Todavía no estáis acostumbrados a vivir en mis dominios, sois mis últimas y más preciadas adquisiciones. Os muestro a unos invitados de confianza, pero será necesario que recibáis el tratamiento adecuado para que os acostumbréis a vuestra nueva vida.

—Yo sólo vine a aprender arte dramático —puntualizó Bianca.

—Y naturalmente que lo aprenderás. Tendrás tus maestros y actuarás para mí y mis invitados. Habéis tenido la suerte de que yo os proteja. Aquí no os faltará nada, absolutamente nada, y no os podréis quejar si me servís.

—Yo he sido secuestrado. ¿Dónde estoy, en qué parte del universo se halla esta isla? —inquirió Kinnbacken—. Yo estaba en Bombay, la India.

—Lo sé, pero te dormiste. La verdad es que me está costando mucho dinero traerte aquí y hacerte despertar en este cementerio. Ha sido la broma más cara que he pagado en mi vida.

—Pues a mí no me ha gustado nada —replicó Kinnbacken.

—En las bromas, los embromados no suelen reírse —se burló Von Rachen—. Ya tendremos más tiempo para hablar. Cuando no me siento a gusto en el mundo de los necios, vengo al mundo de los bufones para quitarme el stress. Espero que seas suficientemente ingenioso para divertirme.

—Te juro, Von Rachen, que no dejaré que te aburras.

—Eso espero. Veremos si es cierto que posees tantas cualidades como me han contado. Pago muy bien a los buscadores de bufones, son como cazadores de recompensas. Bianca, tú pareces muy dulce, cuida de él.

La comitiva se alejó en dirección a la puerta. Bianca y Kinnbacken creyeron haber quedado solos bajo la luz de la luna cuando cerca de ellos surgió una figura cubierta con un sayo negro, un cordón rojo ciñendo la cintura y la cabeza oculta bajo la capucha del propio sayo. En su mano, el vergajo de múltiples tiras de cuero.

—Vamos, caminad, os llevaré a vuestras estancias.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Kinnbacken, con la arrogancia de quien no estaba dispuesto a dejarse someter.

—Soy Lakai, fiel al barón hasta el final.

Fustigó con el vergajo la espalda de Kinnbacken, obligándole a caminar como si se tratara de una bestezuela. Bianca les siguió, amedrentada, temiendo recibir ella también los golpes de Lakai.

Ambos desconocían los caminos de los jardines, del pequeño bosque que rodeaba la tétrica mansión de Saturn y Lakai los condujo por un túnel hasta que los empujó y encerró en dos celdas separadas, celdas angostas, frías, sin luz.

—¡No me dejen aquí, no, déjenme salir, haré lo que pidan, Dios mío, no me dejen aquí! —gritó Bianca.

Golpeó con sus menudos puños la puerta de gruesa madera y fue inútil. Sollozó y no tardó en darse cuenta de que su vecino de celda no suplicaba piedad.

No se oía nada, sólo un terrible silencio roto a intervalos por un goteo de agua que se producía en alguna parte de los húmedos sótanos, un goteo incansable, monótono. Tac, tac, tac…

Capítulo VII

YAGO era un viejo lobo de mar; en realidad, era menos viejo de lo que aparentaba por su bigote, barba y cabello que eran canosos casi por completo. Sus cejas, muy pobladas, también eran grisáceas y la parte que quedaba al descubierto de su rostro estaba tostada por el sol de los siete mares.

Yago era un celta español que se había quedado sin trabajo como tantos otros, al delimitarse con mucha exactitud las áreas marinas territoriales de cada país, limitándose así la pesca de los pescadores de unos países en aguas territoriales de otros.

Yago, que había pasado más tiempo de su vida en el mar que a la vista de tierra firme y, por supuesto, muchísimo más que pisándola, se había habituado a entenderse con una mezcolanza de lenguas, pues había trabajado en embarcaciones de países diferentes donde los marineros también eran de distintas procedencias.

Conocía la navegación a vela como pocos y olfateaba los cambios atmosféricos sin necesidad de que se los advirtieran los partes meteorológicos.

Libby Oriana le vio maniobrar con la vela, soltó el pequeño foque.

Llevaban viento de popa, ligeramente a estribor, y se ayudaban con el motor. No era gran cosa aquel motor que se utilizaba especialmente para entrar en las bocanas de los puertos y atracar o para zarpar cuando estaba dispuesto para ello o para seguir navegando cuando la calma era chicha.

Slake T. Rollman había cargado en la bodega del yate unos bidones extras de gasoil. Tenía prisa por llegar a la isla Saturn, la posesión del barón Von Rachen Bagliore.

—¿Por qué no le gusta el motor? —preguntó Libby echándose el cabello hacia atrás con la mano, pues el viento lo azotaba.

Yago se quitó el cigarrillo apagado de entre los labios para decir:

—Los motores asustan a los peces y un mar sin peces, es un mar muerto. Si se sumergiera en las aguas, si nadara como una sirena, oiría el estruendo del motor que llevamos en marcha y le parecería un ruido infernal. Imagínese cómo sonarán los motores de un superpetrolero o de un portaaviones.

—Imagino que muy fuerte.

—Así es, hasta las ballenas se asustan. Los peces se van, no sé adónde, pero se van. Cuando yo era pescador, sabía que había que parar motores durante horas; había que dejar que el barco se meciera al ritmo de las olas para que los peces aparecieran y quedaran metidos en las redes. El ruido es malo para el mar y también la grasa y el gasoil que queda flotando.

—Ya veo que es un enamorado de la vela —opinó Libby, colocándose una cinta en los cabellos para sujetárselos.

—Así es, nada como la vela.

Slake apareció en cubierta, tenía el semblante preocupado. Hizo un gesto con el rostro hacia Libby, como tratando de decirle que no se preocupara y luego miró a Yago.

—¿Cuánto podremos avanzar?

—Navegamos a veinte nudos, que es mucho.

—No está mal —admitió Slake T. Rollman.

—Pero se aproxima tormenta. ¿Es eso lo que te preocupa, muchacho? —preguntó Yago.

—Pues, sí. Si aceleráramos más, podríamos escapar en parte a la tormenta que nos viene por popa y que acabará alcanzándonos.

—Eso es lo que has oído por la radio meteorológica, ¿no? —preguntó Yago.

—¿Ocurre algo malo? —inquirió Libby, que sentía salpicar el agua salobre sobre su rostro.

—Viene una tormenta mala, una tormenta con rachas sostenidas entre sesenta y setenta nudos.

—Mal tiempo. Hay que abrocharse bien los chalecos salvavidas —dijo Yago— y preparar los mosquetones. Cuando tengamos la tormenta encima, un golpe de mar se nos puede llevar a cualquiera para pasto de los peces. Yo he visto subir las olas sobre la cubierta de los barcos y tragarse a los hombres como si los devorara un gran monstruo y no vuelven a aparecer jamás.

—¿Corremos peligro de hundirnos? —interrogó Libby.

—Cuando hay tormenta en alta mar y se viaja en un velero, nunca se sabe lo que va a ocurrir —dijo el veterano lobo de mar—. Ésa es una de las grandezas de navegar, desafiar al mar y también amarlo como merece. ¿Qué opinas, muchacho? Tú eres el patrón de este superdragón que es muy marinero. ¿Desplegamos el spinnaker?

—¿No crees que puede ser peligroso? —preguntó Slake humildemente al veterano del mar que era Yago.

—Con el spinnaker hinchado, un golpe de viento de estribor o babor, malintencionado, puede hacer escorar el barco hasta meter los palos en el fondo, pero si no soltamos ahora el spinnaker, no lo soltaremos nunca.

—Pues, arriba con él, así aumentaremos la velocidad. La tormenta nos atrapará ya de noche y entonces, lo mejor será arriar velas y esperar a que pase.

—De acuerdo. Yo me encargo del bauprés; tú ocúpate del spinnaker con la polea de mesana.

—Yo quiero ayudar —dijo Libby Oriana.

Yago objetó:

—Puede perder el equilibrio y caería al agua.

—No es fácil que yo pierda el equilibrio —replicó la joven. Y lo demostró caminando por cubierta cuando el yate se inclinaba peligrosamente.

—Aunque tengas buen equilibrio —le objetó Slake—, sujétate con el mosquetón. Con este barco no podríamos volver atrás a buscarte si cayeras al agua. Esto no es un juego y no se trata de demostrar nada.

El gran spinnaker no tardó en hincharse, formando una gran bolsa de color roja llena de viento. El superdragón aumentó su velocidad de navegación.

Se notó que el superdragón surcaba las aguas con mayor rapidez.

Los casi ochenta metros de tela de nylon del spinnaker dieron un fuerte tirón a la embarcación. El palo gruñó y en algunos momentos, la hélices del motor auxiliar casi salía a flor de agua, produciendo salpicaduras y una fuerte turbulencia.

—Con este viento de popa, hemos llegado a los treinta y cinco nudos —le observó Yago, preocupado—. No se puede sacar más de tu barco, muchacho. Viento de popa, todo el trapo hinchado y el

motor auxiliar a la máxima potencia.

—¡Esto es tan emocionante como el circo! —gritó Libby, sintiendo el agua sobre su rostro, pues la embarcación ya casi parecía un delfín emergiendo y cayendo sobre las aguas.

Ganaron tiempo con aquella marcha peligrosa.

El palo de mesana corría el riesgo de partirse y lo sabían, pero Slake decidió arriesgarse.

El viento había aumentado de velocidad. Las rachas cada vez ponían en mayor aprieto el veloz velero. Al atardecer aparecieron los nubarrones que eran la avanzadilla de la tormenta.

—Con este viento, la tormenta ya encima y la noche por delante, corremos riesgos muy grandes, muchachos.

—¿Arriamos velas? —preguntó Slake T. Rollman, confiando más en la experiencia del lobo de mar que en él mismo.

Arriaron el velamen cuando ya gotas gruesas de lluvia caían sobre ellos y las olas se encrespaban de forma temible. Slake tenía miedo de que el oleaje fuera rompiente y pudiera volcar el superdragón, partiendo los palos en el choque contra el agua.

—Ahora que arriba está todo bien atado —dijo el viejo marinero —, todos abajo y a cerrar bien la puerta.

Prefirieron no aprovecharse del viento de la tormenta, dejaron que el yate siguiera su curso controlado sólo por el timón que poseía un control electrónico automático para que el tripulante no perdiera la ruta mientras dormía durante la noche.

Yago comenzó a beber ron. Slake ofreció *whisky* a Libby, que lo rechazó.

—No, ahora no, este movimiento es infernal.

Iban de un lado a otro. Yago se tendió en la litera y se sujetó a ella.

—Ahora, a dormir hasta mañana que la tormenta habrá pasado.

—¿Con este bamboleo? —se asombró la muchacha.

El agua golpeaba con fuerza sobre cubierta y producía un ruido que ponía nerviosa a Libby.

Slake se sentó en la butaca de patrón, al control de los mandos del motor, la brújula y la radio.

Por el cristal veía el agua que pasaba por encima de ellos, como si la pequeña embarcación de casi doce metros de eslora se hundiera en las aguas.

Ante el asombro de Libby, Yago no tardó en roncar.
—Parece imposible —comentó, observándolo.
—Está acostumbrado. Ha vivido ya mil tormentas en el mar y no logran asustarle.
—¿Ya ti?
—Tengo el título de patrón de yate deportivo, pero, con franqueza, las tormentas con esos vientos de setenta nudos son muy peligrosas.
—¡Ah!
Después de aquel grito, Libby se encontró en brazos de Slake, pues la embarcación había escorado a babor casi cuarenta y cinco grados, aunque recuperó la verticalidad con rapidez.
—No temas, es muy equilibrado.
Entre los brazos del hombre, la joven preguntó:
—¿Quién, tú o el yate?
Él inclinó la cabeza y la besó en los labios.
—¿No quedamos en que no habría relación sexual en este viaje?
—Y no la hay, esto sólo ha sido cosa de la tormenta.
—¿De veras?
—¿No te has preguntado nunca si las circunstancias mandan en los hechos?
Ella, sin apartarse, replicó:
—Cuando el carácter es fuerte, no.
—Todos tenemos derecho a ser débiles en algún momento.
—Esa debilidad a la que tú aludes es agresividad.
Libby volvió a dejar que él la besara mientras daban bandazos.
Tuvo más miedo en aquellos momentos que en las situaciones más arriesgadas que había pasado caminando por el alambre, a muchos metros de altura.
—¿Nos hundiremos, Slake?
—No lo sé. ¿Qué harías tú si supieras que esta noche ibas a desaparecer bajo las aguas de este mar, en medio de la tormenta? —preguntó Slake T. Rollman.
Pasó su brazo alrededor de un barrote de sostén para evitar ser lanzados de un lado a otro como venía sucediendo mientras fuera rugían juntos el viento y el tremendo oleaje que parecía querer despedazar al pequeño superdragón.
—No lo sé, tengo miedo. No me gustaría morir ahogada,

desaparecer en el mar.

—Cuando uno muere, ¿qué importa el lugar donde desaparezca? Pretender que te lleven flores es prolongar el egocentrismo más allá de la muerte. Si no lo deseas, si no piensas en esas flores, en esas visitas a tu tumba y luego se suceden, es que te las has merecido. Yo te estaba hablando de esto… —Comenzó a desabrocharle los botones del chaleco que ella aún llevaba puesto.

Con voz ligeramente ronca, Libby musitó:

—Nunca se me hubiera ocurrido.

—¿El qué?

—Pues, pensar que sería así.

—No será la primera vez…

Ella se quitó el jersey que ceñía sus pechos y éstos aparecieron altos, fuertes, no muy grandes, pero sí plenos y cálidos, con los pezones erguidos que terminaron desapareciendo entre los dedos del hombre.

—Eres un canalla, Slake.

—¿Por intentar lo que tú deseas? —preguntó él, cínico.

—¿Estás seguro de que yo lo deseo?

—Convencido.

Se escuchó el ruido de la cremallera al ser abierta. Las manos de Slake acariciaron la suave piel femenina mientras Libby se despreocupaba absolutamente de todo: De que iba a ocurrir lo que no había pensado que pudiera suceder, de que la tormenta era terrible, de que el mar semejaba ir a tragárselos…

La muerte estaba cerca pese a que el viejo lobo de mar dormía profundamente y la joven se entregó febrilmente a aquellos momentos, tan distintos a como los había imaginado en otras ocasiones, caldeada por los deseos sanos y naturales de cualquier ser humano equilibrado.

—¿No te importa, Libby?

—No hables, por favor, no hables. Deja que todo ruja, que todo ruja…

Capítulo VIII

BIANCA encontró una manta dentro de la celda y se abrigó con ella. El frío había comenzado a penetrar hasta el tuétano de sus pequeños huesos, no era tan resistente como hubiera podido imaginar.

Terminó dejándose caer en el catre que colgaba de unas cadenas de la pared, un catre que había descubierto a tientas, pues no había ninguna luz en la maldita celda.

Habían pasado horas y horas, suponía que ya debía ser de día y, sin embargo, continuaban sin tener luz. Los rayos del sol, ni siquiera indirectamente, entraban por parte alguna.

Se había encogido sobre sí misma, cubriéndose con la manta gruesa y áspera que olía a humedad, una manta que posiblemente no se hubiera atrevido a mirar a la luz del día porque estaría llena de mugre; pero allí, en la mazmorra, nada se veía y sentía un frío que hacía tiritar todo su pequeño y hermoso cuerpo.

Bianca no comprendía muy bien todo lo que le estaba ocurriendo.

Deseaba apretar los párpados con fuerza, cerrar los ojos y decirse a sí misma que estaba sufriendo una pesadilla, que de un instante a otro despertaría y dejaría de tener aquel frío que le causaba dolor y miedo, que vería el sol de Italia, el sol de su Roma.

Pero no, no era una pesadilla. Se encontraba encerrada allí, lejos del mundo, en una isla llamada Saturn sobre la que al parecer tenía plenos poderes aquel horrendo se alto y corpulento llamado Dagoberto von Rachen Bagliore.

Bianca, además, sollozaba, por lo que su cuerpo no se mantenía quieto.

Se había cansado de gritar, de pedir auxilio, de suplicar. La puerta había permanecido cerrada horas y horas, tantas horas que el estómago le había dolido en varias ocasiones, reclamando el

alimento que estaba acostumbrado a ingerir.

—¿Querrán matarme de hambre aquí? —se preguntó.

En la celda contigua, Kinnbacken había permanecido callado todo el tiempo.

Se había tendido también en su catre, meditaba y sus pensamientos se entremezclaban con los de Dibuc.

Sólo Kinnbacken sabía que Dibuc estaba dentro de su mente, de su cuerpo, como diluido en la sangre que circulaba por sus venas.

Sólo se mostraba en un lugar concreto, un lugar que Kinnbacken no revelaba a nadie, entre otras cosas porque jamás hablaba de Dibuc, aquel Dibuc tan especial, tan diabólico y que le convertía en un ser especial, en un enano singularmente dotado, con poderes extrasensoriales y telepáticos.

Podía leer el porvenir, hacer predicciones y poseía otras facultades que parecían de mago de feria, pero que los parapsicólogos de todas las nacionalidades intuían, la mayoría de ellos muy convencidos.

Pasó sus dedos por el espejito del anillo que semejaba irradiar luz propia en la oscuridad de la celda.

—No llores más.

Bianca se revolvió en su catre, con más miedo aún.

—¿Quién está ahí?

—No llores más, saldremos de aquí.

—¿Dónde estás? No te veo —confesó Bianca.

—Estoy al otro lado de la pared.

—¿Cómo, cómo oigo tu voz tan cerca?

—Es que tengo una voz muy poderosa.

—No es posible, no es posible. Tú estás aquí y yo no te veo.

—No temas, no estoy aquí. ¿Me tienes miedo?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó la voz de Kinnbacken que se oía con asombrosa claridad dentro de la celda en que se hallaba Bianca.

—Tengo miedo, miedo de lo que me pasa.

—Tú saliste en mi ayuda.

—Te vi caído —respondió ella, casi hipando pero con una cierta tranquilidad.

—Fuiste la única. No te haré ningún daño, Bianca.

—¡Quiero salir de aquí, quiero irme, quiero irme a Roma!

—No va a ser fácil, ni siquiera sé en qué lugar de la tierra estamos.

—En una isla, en medio del océano.

—Yo estaba en la India; me dormí después de una cena y he despertado en ese horrible cementerio. Debieron narcotizarme y fui capturado como una bestia, trasladándome de un lugar a otro del planeta sin que pudiera hacer nada para impedirlo.

—Von Rachen es muy poderoso.

—Eso parece. Tiene una isla donde ejerce sus dominios feudales. Supongo que pertenecerá a algún país, pero si tiene mucho dinero y poder, ya se las ingeniará para que las autoridades de ese ignorado país lo dejen tranquilo. No es la única isla del mundo en estas circunstancias.

—Pero, esto es horrible, horrible.

—Von Rachen es un ser despreciable que pretende gozar de las prerrogativas y placeres que tuvieron sus antepasados. Quiere dominar al prójimo con su dinero y en este caso, más despreciable aún, desea tener sus bufones, como si esto fuera una corte de siglos atrás en la historia, bufones sangrantes los llamaría yo.

—Somos personas.

—No siempre nos han considerado personas, bella Bianca. Somos pequeños, contrahechos, aunque tu caso es distinto.

—¿Cómo puede ocurrir esto en nuestros días? —se preguntó Bianca en la oscuridad, como si Kinnbacken estuviera muy cerca de ella cuando se hallaba en la celda contigua y la pared granítica debía tener tres palmos de espesor.

—El poder y el dinero crean esclavos, de una forma u otra. Von Rachen no es el único ser repugnante de este planeta en que vivimos; lo que ocurre es que unos humillan a su prójimo de una manera y otros, de otra. Von Rachen debe ser un tipo de mente neurótica que se recrea en vivir en tiempos pasados, tiempos de sus ancestros, por eso mantiene esta mansión antigua, usa una capa medieval y quiere tener bufones que le rían las gracias y le preparen chistes. Supongo que si se le obedece bien, nada sucede. Él premiará echando caramelos o algo por el estilo. Nos quiere utilizar para sacarle de sus depresiones y neurosis, para que nos burlemos de sus invitados y él, a su vez, poder reírse de todos.

—Pero, habrá alguna forma de escapar, ¿no?

—Si la hay, la encontraremos. Te lo juro, Bianca, aunque sea lo último que haga en mi vida y lo que es seguro es que destruiré a Von Rachen.

Bianca pensó que era imposible que aquel hombre deforme, que no podía correr debido a sus cortas piernas, que tenía aquella cabeza grande con la mandíbula terriblemente desproporcionada y que resultaba tan poco agraciado que estremecía sólo mirarlo, venciera al gigantesco y poderoso Von Rachen.

—Sé lo que estás pensando, Bianca.

—¿Cómo?

—Piensas que soy contrahecho, que jamás podré vencer a Von Rachen y que resulta horrible mirarme.

—Yo, yo no he querido pensar eso. No te tengo miedo ni me…

—No sigas, sé que lo has pensado, pero también que no me tienes miedo, que te has acercado a mí viéndome caído y cuando los demás me golpeaban.

—¿Acaso lees el pensamiento?

—Hago muchas más cosas que leer el pensamiento, pero es mejor que, por ahora, Von Rachen no lo sepa.

—¿Qué eres en realidad, Kinnbacken?

—A mí no me tengas miedo, Bianca, a mí no, pero guárdate de Dibuc.

—¿Dibuc?

—Sí, Dibuc. Mi Dibuc es malvado, perverso, despiadado. Guárdate de él y no lo confundas jamás conmigo.

—No entiendo.

—Acabarás comprendiéndolo, hermosa Bianca, y ahora, tranquilízate. Von Rachen y sus esbirros sólo quieren asustarnos, nos han encerrado aquí para así tenernos siempre sometidos. Quieren doblegarnos a través del miedo y si lo consiguen, nosotros mismos nos esclavizaríamos siempre, seríamos incapaces de desobedecer las órdenes de ese amo y señor todopoderoso con derecho a bufones en propiedad.

—¿Y qué crees que podemos hacer, Kinnbacken?

—No tenerle miedo. Ésa es nuestra principal arma para defendernos de su presión. Cuando hablemos con los otros enanos sometidos terminarán explicándonos las fechorías que se han

llevado a cabo en esta isla.

—¿Crees que pueden llegar a matarnos?

—Si es capaz de encerrarnos en mazmorras como si fuera un conde feudal con derecho a vida y muerte sobre sus vasallos, no sería extraño que eso ocurriera.

—¿Y cómo es que nadie lo impide?

—Porque con su poder y su dinero mantiene alejada a la justicia de sus dominios.

—Creí que la justicia era ciega, que tenía los ojos vendados.

—Así la representan, pero si la bolsa de oro cae sobre uno de los platillos, el fiel se mueve a favor del oro; lo que ocurre es que en nuestros días ese cohecho debe llevarse a cabo con sigilo, sin que tales maniobras aparezcan a la luz pública, porque son un delito que de ser descubierto habría que tapar con más oro aún y entonces, saldría más caro.

De pronto, un rumor lejano semejó filtrarse por todas las paredes. Después, el ruido sordo y amenazador volvió a repetirse.

—¿Qué sucede, Kinnbacken?

—No temas, Bianca, eso es una tormenta.

—¿Una tormenta?

—Sí, una tormenta que se acerca.

—Me dan miedo las tormentas, me siento más pequeña aún.

—No te dejes vencer por el miedo. Estamos en una situación difícil, conviértete en junco y deja que el viento te meza. Cuando la tormenta haya pasado, volverás a ser fuerte sin haberte roto.

Los truenos aumentaron, se hicieron más fuertes y temibles.

No se podía ver su luminosidad desde las celdas subterráneas donde se hallaban, pero el fragor llegaba hasta ellos porque se propagaba por las piedras.

Bianca se estremeció más, temía que todo se hundiera sobre ella, toneladas de piedras aplastándola. Jamás había sentido un desespero igual. De pronto, se preguntó:

—¿Quién es Dibuc?

—Dibuc no es bueno. No le hagas caso cuando se acerque a ti.

—¿Por qué? —preguntó en medio del fragor de los truenos que penetraban en la tierra, quizá engullidos por los pararrayos y a través del cable se hundían en los pozos de absorción.

Bianca comenzó a oír un ruido extraño, un ruido que se

mezclaba con el fragor de los truenos y que sólo identificó cuando se hallaba muy cerca.

—Tambores…

Se descorrió el cerrojo de la puerta y ésta fue abierta desde el exterior, apareciendo la siniestra figura de Lakai, aquel hombre de rostro patibulario y que tenía aspecto de monje medieval de alguna orden satánica.

Tras él, los hachones flameaban al extremo de altos palos que semejaban lanzas.

Los hachones encendidos los llevaban sendos enanos, al igual que otros dos enanos portaban tambores que habían estado repiqueteando.

De la mano de Lakai colgaba el amenazador vergajo de múltiples tiras de cuero. Bianca sintió un miedo profundo.

—¿Qué van a hacerme? —preguntó con voz trémula, cogida a la manta, tiritando no sabía si de frío o de terror.

A causa de las antorchas encendidas al extremo de los palos, la figura de Lakai parecía más alta, más fantasmal, más diabólica.

—No te sucederá nada si eres obediente, sumisa y asumes tus deberes. Vas a salir de aquí y si te portas bien, es posible que no volvamos a encerrarte en esta mazmorra donde, si te olvidáramos morirías de hambre y de sed.

Pese al terror que la dominaba ante la insólita situación en que se hallaba, Bianca tuvo unos instantes de lucidez en su mente, los suficientes para comprender que era mejor no replicarle. Mejor no exigir en aquellos momentos derechos, justicia, ley ni siquiera auxilio, a lo sumo súplicas, nada más.

Tuvo la sensación de retrotraerse en el tiempo, de haber dado un salto atrás en la historia, tan atrás que había caído en el pozo del medioevo oscurantista.

Avanzó hacia Lakai con miedo, pero inclinó la cabeza temiendo que las tiras de cuero se alzaran en el aire y azotaran su frágil cuerpo.

—Fuera la manta —ordenó Lakai, arrancándosela y arrojándola al interior de la celda.

Cerró la puerta y los bufones rieron entre ellos mientras los que llevaban los tambores volvían a hacer repiquetear los palillos.

No avanzaron mucho, apenas unos pasos y Lakai abrió otra

puerta. Los hachones iluminaron a Kinnbacken. Estaba en el centro de la mazmorra, en pie, esperando, como si supiera cuanto se le iba a decir.

—Hola, enano Kinnbacken. ¿No estás asustado? —rezongó Lakai, riendo sordamente.

—Más lo estarás tú cuando llegue tu momento, Lakai —respondió despacio, moviendo aquella exagerada mandíbula que no encajaba con la superior y que hacía más grave el sonido de su voz.

—¿Te atreves a amenazarme, maldito enano?

Se le acercó y le golpeó la espalda con el vergajo hasta hacerle caer.

—¡Basta, basta! —suplicó Bianca—. ¡No le haga daño!

Kinnbacken no dijo nada, aguantó, pero sus ojos miraban de una forma que, de haberlos visto bien, a Lakai no le hubieran tranquilizado nada.

—Si no quieres que te desuelle vivo, levántate y camina —ordenó Lakai.

Kinnbacken se levantó con dificultad. Bianca le ayudó y al mover la mano, el anillo del enano lanzó unos destellos fulgurantes al rostro de Lakai, el cual quedó cegado momentáneamente.

—¿Qué llevas ahí? Déjame ver.

Le cogió la zurda y descubrió el anillo en su dedo corazón.

—Acercad una antorcha para que lo vez mejor —exigió—. Bah, no vale nada, es un pedazo de vidrio en un metal de mala calidad…

Y lo despreció.

Fueron empujados y obligados a caminar bajo la amenaza de aquel vergajo que de haber caído sobre la piel desnuda, les habría descarnado con suma facilidad.

Aquella especie de patética procesión por los subterráneos de la antiquísima mansión de la isla de Saturn, no dejaba de ser un proceso ritual, grotesco, esperpéntico y moralmente sangrante.

Con aquel látigo corto y múltiple, con su sayo negro, encapuchada la cabeza y el semblante amenazador, Lakai había conseguido romper la ubicación del tiempo; era como si poseyera en sí mismo otra dimensión y en torno suyo, los enanos se convertían en bufones cancerberos de sus propios hermanos.

Cuando Bianca y Kinnbacken fueron conducidos a la capilla del gran dolmen sobre el que, sin llegar a tocarlo, se sostenía la gran

mansión, un poco monasterio y un poco fortaleza, con un algo de palacio y un mucho de posesión de libertades que atentaban contra las de su prójimo para que un solo ser gozara sádicamente aplastando a todos los demás.

Aquella capilla constituida por el monumento megalítico de piedras sin pulimentar pero de una gran dureza, despidiendo un brillo especial, como si las hubieran escogido por su especial composición, quizá restos de algún meteoro gigante o extraídas del subsuelo donde se producían radiaciones extrañas, influía en los seres vivos y en su entorno. Nadie conocía la génesis de aquel dolmen cuya construcción se perdía en la oscuridad de la noche de los tiempos.

La siniestra capilla megalítica, de inspiración funeraria y casi podría decirse demonológica, estaba iluminada por los falsos hachones adosados a las paredes, hachones que semejaban auténticos pero que eran el resultado de una sofisticación tecnológica, pues se alimentaban con un gas que arribaba a través de unos conductos perfectamente ocultos.

Allí, iluminada por aquellas luces cambiantes, como siempre serían cambiantes las llamas de un hachón encendido, estaba Spruhen, el cazador, vestido de pieles, con su temible y tosca hacha en las manos.

No era un hacha para talar árboles, era un hacha de caza.

Aquel ser, que tenía más de fiera que de humano, se hallaba rodeado por sus seis perros negros de ojos inyectados en sangre y carentes de cola, con las fauces abiertas y los grandes colmillos amenazadores en medio de una boca rojiza.

Los bufones que iban en comitiva se apresuraron a postrarse ante la representación de aquel ser al que temían, un ser que era una amenaza constante para ellos.

Bianca se sintió fuertemente impresionada por aquella figura de ignorada materia.

Estaba tan bien pintada, tenía tal realismo, que acosaba los sentidos de quien la observaba. Podía pertenecer a una imaginería demonológica, pues, por su aspecto, por su actitud, por su semblante, por la aparente ferocidad de los perros que le rodeaban, no cabía suponer otra cosa.

—Arrodillaos y pegad vuestra cabeza al suelo —ordenó Lakai.

Para dar más fuerza a sus palabras, golpeó con las tiras de cuero sobre las espaldas de Kinnbacken y la propia Bianca, cuyas alas artificiales terminaron por romperse, dándole un aspecto de ajada muñeca rota.

Ambos quedaron arrodillados, con la frente pegada al suelo.

—Vais a jurar fidelidad eterna sobre vida y muerte a vuestro amo y señor el barón Dagoberto von Rachen Bagliore. Yo cuidaré de vosotros dentro de los dominios de la isla de Saturn, batida por los mares, de donde no habréis de salir jamás. Ahí enfrente está Spruhen, es el vengador del Más Allá. Él está en todas partes y en todos los tiempos —les dijo lentamente mientras todos los enanos permanecían arrodillados, incluyendo los que habían participado en la comitiva de acompañamiento de los dos nuevos siervos del señor de la isla.

El miedo a Spruhen era algo que se había introducido ya en los sentidos de todos los pequeños enanos que habitaban en Saturn. Nadie osaba tomárselo a broma; era como si Satán hubiera tomado la forma del maligno cazador de furtivos.

Su rostro feroz, salvaje, que no conocía la piedad, sus cabellos alborotados y espesos como una melena de león, le daban un aspecto de fiera. No cabía esperar piedad de aquel ser al que rodeaban los seis feroces perros.

Los bufones, ya sometidos por el terror, sabían lo que podía ocurrirles si escapaban como hiciera Petrolino, escondido dentro de uno de los yates que habían visitado la isla u otros enanos que también habían pretendido huir.

La venganza de Spruhen había llegado hasta ellos; los había despedazado y habían tenido pruebas de ello, no habían sido simples historias carentes de fundamento.

Había un lugar en aquella mansión que Von Rachen tenía reservado para casos especiales y los enanos convertidos en bufones sabían que Spruhen, el cazador vengativo, era más que una simple imagen que se suponía tallada en madera noble, dura y secular.

Para todos ellos, Spruhen poseía vida propia.

—Si rompéis vuestro juramento, Spruhen os perseguirá allá donde os encontréis, por escondido que os parezca el lugar, y os castigará con la muerte más atroz. Spruhen es el brazo de Von Rachen que llega a todas partes, a todos los tiempos. No hay

escapatoria posible cuando Spruhen abandona esta capilla y sale a la caza de un fugitivo que ha roto su juramento. No se os ocurra pensar que todo esto es una burla satánica; es una realidad que viviréis y a partir de esta noche —fue diciendo en medio del fragor de los truenos que llegaban audibles hasta ellos, como procedentes del subsuelo donde morían los rayos, engullidos por el pararrayos que defendía a la mansión de las demoledoras tormentas.

Todo lo decía con su voz lenta, grave, profunda, que aún hallaba mayor profundidad dentro de aquella capilla-gruta presidida por una sola imagen, la de Spruhen, representación de la venganza del castigo.

—Vendréis aquí junto con los demás bufones de la mansión a suplicar piedad a Spruhen. Portaos bien, sed sumisos, divertid con vuestros chistes a Von Rachen y no os faltará de nada. No pasaréis frío, hambre ni dolor, pero yo me encargaré de castigar a los desobedientes y también de premiar a los que más diviertan a vuestro amo y señor. Hay premios que os darán satisfacción, más de la que imagináis. Si creéis que aquí viviréis humillados, pensad si acaso no lo estabais también fuera de los dominios de Saturn. Aquí viviréis acompañados entre vosotros mismos, esta vida va mejor con vuestra condición. Ahora, jurad, sí, jurad obediencia eterna en vida y más allá de la muerte a vuestro amo y señor el barón Dagoberto von Rachen Bagliore.

Se produjo un pesado silencio que rompió el fragor de un gran trueno que semejó filtrarse por todas las paredes, removiéndolas hasta los cimientos.

—¡Juraaaaaad! —exigió Lakai al observar que ni Bianca ni Kinnbacken decían nada.

—Sí, juro obediencia —musitó Bianca, aterrada, apretando los dientes para que no le castañetearan.

—Tú, enano de quijada de asno, jura también, si no quieres que desuelle tu espalda a vergajazos.

—Sí, juro —dijo Kinnbacken con su extraña voz, cargada de resentimiento.

Lakai ordenó:

—¡Jurad los demás también!

Los otros enanos juraron al unísono, como si ya estuvieran muy acostumbrados a hacerlo.

—Juramos fidelidad eterna a nuestro amo y señor el barón Von Rachen Bagliore… Suplicamos tu piedad, Spruhen, ten piedad de nosotros.

—Os tomo el juramento —comenzó a decir una voz que parecía brotar de los propios muros, una voz lenta que recordaba el roce de unas grandes y pesadas piedras contra otras—. Tendréis mi piedad siempre que no intentéis escapar de la isla Saturn. Obedeced en todo y para todo a vuestro amo y señor y me olvidaré de vosotros. De lo contrario, yo, Spruhen, haré que no os podáis olvidar de mí.

Cerrando aquellas palabras, como si la tormenta estuviera orquestando macabramente las amenazas de Spruhen, un rayo debió caer sobre el pararrayos de la mansión y todo tembló.

El fragor se llevó los últimos ecos de aquellas palabras y Bianca sintió que el suelo pétreo temblaba bajo su frente, como si fuera a abrirse de un momento a otro para tragársela viva.

Capítulo IX

EL barón Von Rachen había preparado una cena para sus invitados.

Para el servicio tenía unos camareros asiáticos que sólo hablaban su propio idioma, una lengua por demás reducida en palabras porque debía proceder de algún lugar recóndito.

Aquellos camareros habían sido adiestrados desde la niñez para servir con la más esmerada de las cortesías, pero sin poderse entender con los comensales. De este modo, ellos ignoraban lo que hablaban quienes asistían a las cenas.

Todos ellos vestían con impecable blancura. Todos los servidores de la mansión de Saturn eran de la misma procedencia y si bien no entendían el proceder del propietario de aquel lugar, sus orgías y maldades, les importaban muy poco, porque ellos poseían una mentalidad diferente.

Los invitados a la cena comprobaron que se les atendía magníficamente bien. Los alimentos eran sofisticados y más que la abundancia en ocasiones grosera de las cocinas centroeuropeas, allí se prodigaba la elaborada variedad de los platillos indonésicos, indochinos y algunos procedentes de la más selecta cocina de Formosa, decenas de alimentos distintos para que el paladar saboreara unos y otros.

La pareja de matrimonios maduros iban de *smoking* y ellas, con impecables vestidos de noche.

Las cuatro mujeres jóvenes también vestían trajes elegantísimos; de brillante lamé negro uno, de tejido de hilo dorado otra, blanco la tercera y rojo la cuarta.

Los vestidos eran todos muy escotados, tanto que se abrían casi hasta la cintura, mostrando gran parte de los senos jóvenes y turgentes, pues cada una de ellas era de una belleza excepcional.

Los hombros quedaban desnudos y las largas faldas se abrían con cortes laterales para mejor poder caminar. Cualquier experto, al

observar a aquellas muchachas, podía darse cuenta de que debajo de aquellos vestidos de noche no llevaban nada más.

—Comed, y bebed, todo es original, nada artificial, nada comprado en Europa ni en América. No volveréis a comer de esta forma en mucho tiempo.

Si había algo europeo en aquella larga mesa que presidía el propio anfitrión, era champaña Dorn Perignon.

Allí había siete enanos, convertidos en auténticos bufones.

Reían, saltaban, hacían sonar los cascabeles cosidos a sus ropas y decían bufonadas, en ocasiones verdaderas groserías y en varios idiomas, por lo que no siempre se les entendía.

Las jóvenes bellezas, sacadas de varios concursos de *misses*, se encontraron en varias ocasiones con la sorpresa de que los enanos se introducían por debajo de la mesa y les acariciaban los muslos furtivamente. Ellas se los quitaban de encima y ellos saltaban haciendo cabriolas y soltando risas agudas que complacían mucho a Von Rachen.

Las dos parejas de edad ya madura parecían representantes de la presidencia de consejos de administración, posiblemente de alguno de los negocios de Von Rachen o de empresas proveedoras, el caso es que Von Rachen los manejaba.

El propio Von Rachen fue aumentando el tono de las bromas. Sus invitados reían, dispuestos a complacerle.

Hanelore se hallaba al otro lado de la mesa; observaba, controlándolo todo. Ella sí entendía a la perfección a los camareros, a los cuales daba órdenes en su propia lengua.

En aquellos momentos, la alemana se veía más hermosa que de costumbre. Deseaba atraer la atención del propio Von Rachen, pero sabía bien que aquel hombre no era fácil de contentar y más que sus propios goces, buscaba los de sus invitados para así disfrutar él con su contemplación, burlándose de ellos, pues los bufones tenían órdenes de burlarse de todos, mostrándose corteses al principio, pero comportándose groseramente a medida que avanzaran las horas, cuando sus invitados ya hubieran tomado mucho champaña y alimentos abundantemente sazonados con especias y afrodisíacos.

Hanelore proveía a los cocineros de botellines cuentagotas en los que iban disueltas drogas que luego vertían en determinados alimentos. Los invitados terminaban acusando los efectos de toda

aquella mezcla.

Von Rachen y Hanelore sabían cuáles eran los platillos drogados y no los tomaban, su diversión eran los invitados, sin que éstos lo supieran.

—¿Cómo han cenado? —preguntó Von Rachen.

—Magníficamente —dijo el suizo—. Tiene usted que felicitar al cocinero en nuestro nombre.

—Hay varios.

Las mujeres no se quejaron de aquellos bufones que habían comenzado haciendo gracia, pero que terminaron volviéndose incordiantes; no obstante, las caricias por sorpresa, ahora arrancaban risas agudas en aquellas dos mujeres de la *jet-set* europea que ya acusaban el efecto del champaña, las especias, la variedad y abundancia de comidas y las drogas que ignoraban haber consumido.

—Aunque sea de noche, tomaremos el café en el claustro.

—Síganme —pidió Hanelore.

Por una puerta y a través de un corto pasillo, llegaron al espléndido claustro del antiguo monasterio.

El claustro era hermosísimo. Lo que antiguamente fuera cielo abierto, aparecía cubierto por una atrevida techumbre encristalada en forma de bóveda a través de la cual veían los rayos atravesar el firmamento y oían el fragor de los truenos.

—Es excitante —opinó la mujer de la pareja suiza.

La temperatura era tan templada que la desnudez no era ningún problema para la salud humana, cuando aquel claustro, originalmente, había sido muy frío. Ahora, las plantas exóticas subían por las columnas del claustro y algunos pájaros trinaban como si fuera pleno día soleado. En el centro estaba la hermosa piscina de aguas limpias, transparentes.

En un rincón había unas cómodas butacas de jardín con almohadones y también mesas de madera rústica. Allí, los camareros se apresuraron a llevar licores y café mientras se debilitaban las luces, incluidas las de la piscina, y se encendía una pantalla gigante de televisión en la que todos centraron sus miradas.

El video resultó una grabación sadopornográfica que les excitó

aún más.

Tres muchachas eran capturadas por una especie de simios humanoides como gorilas inteligentes que las torturaban y las encadenaban para luego violarlas después de múltiples escarceos sexuales mientras ellas gritaban.

Cuando el video sadopornográfico pasado en la pantalla gigante concluyó, pudo oírse música en medio del fragor de los truenos de aquella noche tormentosa.

Los enanos cogieron de las manos a las bellas muchachas y éstas se levantaron y comenzaron a hacer un *strip-tease* al ritmo de la música.

Una vez desnudas, se lanzaron al agua en medio de risas y gritos. El agua estaba suficientemente cálida como para no producir ningún corte de digestión.

La belleza de aquellos cuatro cuerpos femeninos atrajo las miradas del suizo y del inglés, que ya estaban excitados. Los enanos, gritando, haciendo algarabía, les quitaron los zapatos, las chaquetas, los pantalones, en medio de lo que ellos creían una diversión que no trascendería a la sociedad en que vivían habitualmente.

Los enanos terminaron arrojando al agua a los dos invitados mientras sus mujeres reían al ver cómo ellos gritaban.

Pronto quedaron rodeados por las muchacha y comenzó la orgía acuática.

Las mujeres que habían quedado arriba, en medio de los gritos de las muchachas y los hombres, fueron asaltadas por los bufones que las derribaron y las despojaron de sus ropas.

Pese a sus gritos, fueron violadas por los bufones mientras Von Rachen y Hanelore reían.

Los bufones abusaron de aquellas dos incautas invitadas de Von Rachen todo lo que les pareció y más, pues en aquellas orgías se vengaban de la opresión despótica y tiránica a que les sometía el señor de la isla.

Sus maridos sólo estaban preocupados por las bellezas, por aquellas *misses* que cuando salieron de la piscina se dejaron gozar por el inglés y el suizo. Todo fue una orgía completa en la que Von Rachen y Hanelore participaron sólo como observadores.

Las dos mujeres convertidas en víctimas mientras sus maridos

gozaban con las *misses*, fueron atadas a unas argollas que emergían de entre el césped. Las dos enanas de miriñaque se acercaron portando una cesta de mimbre cuyo contenido soltaron sobre las dos mujeres violadas de todas las maneras e incluso doloridas por golpes recibidos.

Sintieron caer sobre ellas un puñado de serpientes que se retorcieron sobre sus cuerpos desnudos mientras sus vestidos se hallaban desperdigados y hechos jirones.

Sus chillidos de terror no consiguieron atraer a sus maridos, que seguían muy ocupados con las cuatro *misses*.

Las serpientes no eran muy grandes, pero sí largas y se enroscaban a sus muslos, a sus brazos, a sus cuellos. Ya no sabían si vivían una alucinación producto de la copiosa cena o era una realidad que ellas no podían soportar por el espanto.

Se veían acosadas por los bufones que se reían de ellas, que cogían las serpientes con sus manos para mejor espantarlas, hasta tal punto que ellas pasaron de la sensación sexual al terror.

Una de ellas gritó tanto que uno de los enanos le metió la cabeza de un reptil dentro de la boca. Otro, de un puntapié, se la cerró, dejando así cortada la cabeza que la inglesa sintió saltar dentro de su boca.

Las carcajadas de Von Rachen podían oírse por encima de todos los gritos.

Los bufones, con tal de agradar a sus amos, se subieron sobre los cuerpos de sus víctimas y saltaron sobre ellas, importándoles muy poco el dolor que causaban.

Mientras, los maridos se habían olvidado de todo y de todos y rugían entre las *misses* sin saber que unas telecámaras de video, estratégicamente colocadas, grababan cuanto sucedía.

La mujer suiza tuvo una crisis nerviosa, envuelta de serpientes, y con los ojos abiertos, quedó hierática.

Los enanos la cogieron por los pies, la arrastraron hasta el borde de la piscina y la arrojaron al agua. Su cuerpo se fue hundiendo. Su rigidez era tal que nada hacía por nadar ni salvarse mientras las serpientes se desprendían de su cuerpo, tratando de salvarse a sí mismas.

—¡No, nooo! —gritaba la inglesa.

Fue encerrada dentro de la cesta de mimbre para luego ser

arrojada también a la piscina. La caja comenzó a convulsionarse mientras el agua se filtraba por los miles de orificios y se iba hundiendo, hundiendo…

Las carcajadas de Von Rachen aumentaron, aumentaron hasta desplazar incluso al fragor de los truenos.

Capítulo X

CUANDO LIBBY Oriana despertó, sintió su cuerpo relajado como nunca antes lo había sentido.

Era una sensación placentera la que experimentaba al encogerse sobre sí misma, al estirar y doblar las piernas bajo la sábana, de propagar el agradable calorcillo desprendido de su propio cuerpo.

Era sentirse a sí misma mientras alguien la mecía suavemente de un lado a otro y de arriba abajo, como si la hubieran retrotraído en el tiempo para meterla en una cuna en la que se sentía protegida por alguien que cuidaba de ella para que nada malo le sucediera.

Al encoger las piernas, tropezó con algo y al intentar revolverse, tampoco tuvo facilidades para ello.

Abrió los ojos.

La luz del día penetraba por las ventanillas pequeñas y herméticas y se descubrió a sí misma tendida en una estrecha litera y sujetada por anchas cintas de nylon para que durante el sueño algún bandazo de la embarcación no la arrojara fuera de la litera, produciéndole daño.

Su despertar, su abrir de ojos, su mirar en torno, fue sin miedo. Buscó con la mirada a los hombres y no los vio. Se escuchaba música muy agradable, era música clásica que debía brotar de algún radiocassette estéreo HIFI que estaría fuera, pues la música le llegaba sin estridencias.

Se levantó y se metió en la angosta ducha. Hizo resbalar el agua dulce por su cuerpo de mujer joven y escultural, carente de grasa a causa del continuado trabajo de funambulista y trapecista.

Libby Oriana poseía un completo dominio de su esbelto cuerpo; casi podía besar el empeine de sus pies. Podía sentarse en el suelo abriendo lentamente las piernas hacia los lados. Podía caminar con las manos o sostenerse sobre un alambre con un solo pie mientras hacía movimientos gimnásticos artísticos. Todo aquello no era una

casualidad, era consecuencia del esfuerzo, del trabajo continuado día a día desde los tres años en que sus padres la encauzaron por ser ellos también gente de circo.

Se vistió con un diminuto bikini amarillo que contrastaba con su piel tostada por los rayos del sol natural y también por los del sol artificial. Cuidaba mucho su piel, no en vano la mostraba a los ojos de un público que pagaba por verla hacer piruetas, desafiando a la muerte.

Preparó café en abundancia. Hizo huevos fritos con jamón y tomate, añadió pan y lo puso todo en una bandeja. Salió a cubierta y allí descubrió a los dos hombres entre las velas desplegadas del hermoso superdragón. Seguían con viento a favor, a diez grados de popa.

—¡Eh, aquí les traigo algo!

Yago la miró asombrado mientras Slake T. Rollman sujetaba un cabo para que no se soltase.

—Es increíble, es la mujer más marinera que he conocido en mi vida. Puede caminar con una bandeja llena en la mano mientras este cascarón se balancea, sin que nada se le caiga. Otra chica, en su lugar, se agarraría a todas las cuerdas que encontrara.

—Tengo experiencia de mantener el equilibrio, Yago —respondió con una sonrisa.

Slake olfateó la bandeja.

—Magnífico —aprobó.

—¿Cómo va esto? Perdónenme si no empleo términos marineros, pero en el mar soy una recién nacida.

—Navegamos casi con viento de popa, vamos ligeros. Si aumentara el viento, hasta se podría volver a soltar el spinnaker —dijo Yago.

—Después de la tormenta, tenemos un día magnífico.

—¿Hemos corrido riesgos? —preguntó Libby.

—Sí, los hemos corrido —asintió Slake—. De madrugada, las olas se hicieron rompientes y aún tenemos el mar muy rizado; no obstante, las corrientes marinas nos han favorecido. Sin llevar velas desplegadas para que la tormenta no nos hiciera una mala jugada, hemos avanzado mucho, más de lo que suponíamos.

—Hemos entrado en una buena corriente —ratificó Yago— y el viento, aun sin llevar el trapo desplegado, nos ha ayudado. Estamos

de suerte. Si hubiéramos tenido que navegar con rumbo contrario de ciento ochenta grados, habríamos perdido casi dos días de navegación por culpa de la tormenta.

—Entonces, ¿la tormenta ha sido buena? —preguntó Libby, mirando los ojos brillantes de Slake T. Rollman por encima de su taza de café, mientras el viento, algo fuerte, hinchaba las velas del yate, empujándolo.

Las olas subían y volvían a bajar alrededor suyo; la proa se izaba para volver a caer sin llegar a hundirse. De no estar habituada al trapecio, de haber sido una mujer vulgar y corriente, Libby hubiera estado totalmente mareada, sujeta a la cama con una bolsa de plástico al alcance de la mano y maldiciendo todos los yates del mundo; pero para la muchacha, aquello era como hallarse sentada en la barra del trapecio que iba y venía, suspendido en el aire, en medio de un día soleado con viento fuerte.

La música clásica conjugaba con el batir de las olas en el casco de la embarcación, con el azote del viento sobre el velamen. Pasaron unas gaviotas.

—Tan impresionante que fue la tormenta anoche y ahora, qué día tan hermoso hace, pese a ser ventoso —opinó Libby.

—La tormenta nos ha rebasado y ha ido en la misma ruta que llevamos nosotros, por eso navegamos tan bien —observó Yago, aprobando aquel magnífico café que había preparado la mujer—. No pocos han sido los yates que han desaparecido en tormentas como ésta.

Slake dijo:

—He oído la radio y parece que no ha ocurrido nada malo a nadie.

—Yo me duermo con las tormentas —rezongó el viejo lobo de mar que había tenido que vivirlas desde la niñez—. Me producen sueño si sé que nada puede hacerse.

—Pues a mí las tormentas me gustan —confesó Slake—. No se sabe nunca si va a terminar uno en las profundidades del mar, pero me gustan. Me agrada ver los rayos, oír los truenos; no les tengo miedo.

Con una media sonrisa de complicidad, Libby dijo:

—Sí, ya lo noté, lo noté muy bien.

—¿Y te satisfizo? —preguntó él con idéntica complicidad.

—Supongo que lo mismo que a ti.

—Eso es lo bueno.

—¿Te refieres a la coincidencia?

—Sí, no siempre se consigue coincidir en la satisfacción. A unos les gusta un tipo de música y a otros, otra distinta. A unos les agrada la calma chicha y a otros, la tormenta brava y movida.

—Creo que a mí me gusta la tormenta movida como a ti, pero resulta muy arriesgada. Al otro lado puede esperarnos el abismo.

—Creo que iré abajo a escuchar la radio —rezongó el viejo Yago, dándose cuenta de que los jóvenes hablaban en clave por su presencia.

Envueltos por la música de Beethoven, el rumor constante de la quilla del yate al surcar los mares, el roce del viento en las velas, siguieron hablando, ahora más cerca el uno del otro.

—Palabra que no he planeado este viaje en yate para ligarte.

—Estoy convencida de que eres un cínico.

—¿Cómo? —preguntó él sonriendo, en cierto modo halagado.

—Sí, creo que eres un cínico y que te va muy bien con las mujeres. No cabe duda de que como «macho» de goce y cama eres todo un experto, por eso no hay que fiarse de ti.

—¿Me tienes miedo?

—Un poco.

—¿Por qué?

—Eres como una droga.

—¿Que da un mal «viaje»?

—Todo lo contrario, es un «viaje» alucinante y maravilloso, pero corre una el riesgo de viciarse y caer en la dependencia física y psíquica.

—¿Temes que, de haber carencia, no pudieras soportarlo?

—Más o menos.

—Eres muy sincera, Libby.

—Sí, hasta el punto de que mi propia sinceridad puede perjudicarme.

—Entonces, ¿no te gustaría que se repitiera la tormenta…?

—No.

—Yo creí que había sido estupenda para ambos.

—Sí, estupenda, gozosa y original para ambos; bueno, quizá para ti no fue tan original. Con este yate tendrás otras experiencias

semejantes.

—Como la tuya, ninguna.

—Ahora pareces hipocritón.

Él levantó su mano a modo de juramento y dijo:

—Palabra.

—Hummm…

Ante el escepticismo que reflejaba el rostro femenino, Slake preguntó:

—¿No te lo crees?

—Me pareces demasiado experto.

—Hablas como si yo fuera un profesional del sexo.

—Tienes cualidades intrínsecas para serlo. Sabes muy bien cómo volver loca a una mujer.

—¿A ti te volví loca?

—No.

—Me parece un «no» demasiado rotundo.

—¿Por qué no cambiamos de tema?

El hombre se tomó el resto de la taza de café después de haber concluido con la totalidad del desayuno, demostrando tener un buen apetito.

—Porque posiblemente tú no lo desees.

—Oye, ¿por qué no dejas de pensar en lo que yo puedo pensar?

—Eso me parece un lío de palabras.

—Ya, tú estás acostumbrado a pasar por alto los «noes» de las chicas. ¿No es eso, Slake?

—La entrega de la mujer es muy apetecible, pero aún me parece mejor cierta autodefensa en las chicas.

—Comprendo. Te gusta asaltar las fortalezas a la brava, romper las puertas y los muros con el ariete, demostrando que es fuerte, duro y poderoso y que sabes manejarlo bien, en vez de entrar fácilmente, de paseo, por la puerta.

—Las conquistas, sin un poco de lucha, no tienen gracia.

—Y una vez conquistada la fortaleza, a por otra. Me temo que ése es tu sistema.

—Si me siento bien dentro de una fortaleza conquistada, es muy agradable y posee buenos panoramas, ¿por qué he de ir en busca de otra?

—No sé, por el instinto natural del guerrero, del cazador. No

podéis remediarlo, siempre salís a la caza, a la conquista de otras fortalezas.

—¿Por eso me dices que no a una próxima tormenta?

—Es posible. Soy una persona y no quiero convertirme en juguete en manos de otro ser que no sea yo misma.

—Te comprendo, por eso puedo repetirte que lo de anoche fue algo inesperado para mí, algo que no tenía planeado, fortuito.

—Para mí, también.

—Y fue tan estupendo que repetir es un deseo para mí.

—Pues para mí, no. Dejémoslo como algo fugaz que ocurrió y que ha dejado buen sabor, pero que de repetir podría resultar indigesto.

—Palabra que para mí, no.

—Slake, te conozco, pero no lo suficiente. He caído en tus manos como una vulgar starlett. Me has prometido suplir a la protagonista de un filme en rodaje y yo subo a tu yate y te sigo no sé adónde, a una isla llamada Saturn. Llega una tormenta y caigo en tus brazos de tal modo, que hasta a mí me complace haberlo hecho. ¿No soy una vulgar starlett?

—No. Yo no te he pedido que me acompañaras con la intención de abusar sexualmente de ti y además, lo sabes. Te pedí que me acompañaras para tratar de convencer a Von Rachen para que continúe invirtiendo su dinero en la película interrumpida; de lo contrario, él perderá el dinero ya invertido, pero tiene tanto que eso le importa poco o nada. Lo considerará una pérdida enjugable en otros negocios más rentables. Para mí y para los que confían en mí, eso es más importante. No podemos dejar morir un rodaje comenzado, hay que terminar la obra y todos los artistas y técnicos que están metidos en ese «mogollón», deben salir adelante porque no sólo pierden dinero con la interrupción, sino que se frustran, se desmoralizan en su profesión.

—Tengo la impresión de que he de creer en tus buenas intenciones —rezongó, irónica.

—¿Por qué no dar un margen de confianza al prójimo?

—¿Me lo pides?

—Sí. Después de todo, si convencemos a Von Rachen, tú también saldrás ganando, serás la protagonista de la película. Eso te dará fama, recibirás más contratos de otros circos, incluso de las

cadenas de televisión y hasta puede que de algunas productoras cinematográficas. Eres muy hermosa y tienes muchas posibilidades con ese dominio absoluto que posees de tu propio cuerpo.

—¿Tratas de convencerme por la vanidad y la ambición?

—Te veo demasiado recelosa.

—Quizá.

—¿Por qué? ¿Has soñado algo malo después de lo de anoche?

—No, pero mientras tomaba el desayuno y te observaba, he pensado muchas cosas.

—¿Cuáles?

—No trates de vaciar la bolsa de mis pensamientos. Mi cuerpo puede entregarse en determinados momentos, pero los pensamientos, ésos siempre serán míos.

—Perfecto que no quieras perder tu propia personalidad, yo no te he pedido tanto, pero insisto en que te veo muy recelosa.

—Puedo tener mis motivos.

—Me gustaría conocerlos.

Ella parecía que iba a responder; mas, de pronto, extendió su mano hacia la proa y preguntó:

—¿Qué es aquel punto oscuro del horizonte, un barco?

—No lo sé, ahora veremos.

Slake abandonó su asiento y sacó de un armarito unos prismáticos de gran potencia. Los fue acomodando a sus ojos hasta clarificar la visión. Después, sin decir nada, se los tendió a Libby.

La joven y bella trapecista estuvo mirando. Después, dijo:

—Parece un montículo, no es un barco.

—Exactamente, es un montículo, la parte alta de la isla Saturn. Estamos llegando. Pronto sabremos si el barón Von Rachen se decide o no porque el rodaje de la película en la que ambos intervenimos siga adelante.

Libby vio brillar sus ojos, aquellos ojos marrones clavados en el horizonte.

Comprendió lo importante que era para Slake T. Rollman que el rodaje no quedara interrumpido para siempre. La sensación de fracaso en la profesión podía afectarle en toda su futura labor. Convertir aquel filme en algo productivo económicamente significaba que otros financieros confiaran también en él y lograr mejores y más artísticas películas.

—Confía totalmente en mí, Slake.

—¿Qué, cómo?

—Que confíes en mí, haré lo que esté en mi mano para que el barón de marras abra de nuevo el grifo de los dólares.

—Ah, gracias. Estaba seguro de que lo harías, pero recuerda que no te pido que te extralimites.

—¿Y si me extralimito? Ya me entiendes —dijo ella significativamente, con los ojos, con el gesto de su rostro.

—En ese caso, seré yo quien abandone el rodaje.

—Eres el peor sinvergüenza que he conocido.

—¿Por qué? —preguntó él, irónico.

—Porque con esa respuesta me atarás de pies y manos. Si fueras más cínico, me sentiría más libre.

—Lo siento, Libby, no podía darte otra respuesta. Me caíste bien desde el primer día que te conocí. Confié en ti cuando te pedí que vinieras conmigo en esta visita al poderoso don Dólar que es ese barón Von Rachen, pero lo de ayer noche…

En aquel momento, apareció Yago en cubierta.

—Olfateo tierra. Pese a tener el aire en contra, la olfateo. Además, he visto gaviotas.

A lo largo de su historia había cambiado tantas veces de nombre que en las distintas cartas de navegación se la nombraba de forma diferente.

Capítulo XI

BIANCA sentía que la frente le ardía, tenía fiebre. La piel del rostro se le había tensado, se daba cuenta de que había enfermado, pero ignoraba exactamente de qué.

Pulmonía, un simple resfriado o acaso el terror había anidado en su hermoso y bien proporcionado cuerpo femenino, un cuerpo que, siendo pequeño, para sí hubieran querido las más perfectas *misses* internacionales.

Quizá sus pechos fueran algo más grandes de lo debido, pero se mantenían altos, muy generosos y atrayentes.

Se hallaba en un estado en el que las alucinaciones se entremezclaban con lo que sus ojos veían; no estaba plenamente sumida en el estupor donde la noción del tiempo, del espacio, se perdía.

La alcoba en que se hallaba era muy grande, amplísima.

Las camas, enormes, eran antiguas, con recargados doseles y en ellas, los enanos se veían más insignificantes aún, desproporcionados.

En aquel dormitorio había cuatro camas compuestas por pares, frente a frente, y entre ellas un gran ventanal que daba a los acantilados donde las olas rompían eternamente, como si en aquel lugar de la isla el mar jamás se calmara.

Sólo dos de las camas estaban ocupadas, la de Bianca, donde la hermosa joven yacía enfebrecida, y otra cama en la que una enana se removía bajo las sábanas perezosa, dispuesta a agotar todo su tiempo de cama.

Las otras dos enanas que habían abandonado sus respectivos lechos andaban de un lado a otro con sus miriñaques puestos, hasta podía decirse que eran felices, inmersas en la esperpéntica situación en que vivían.

Parecían seres sacados de cuentos grotescos. La fealdad de sus

rostros maliciosos y resabiados era evidente, y ellas utilizaban cosméticos y se pintaban generosamente. Vertían grandes cantidades de perfumes sobre sus cuerpos, usaban pelucas.

Von Rachen no regateaba gastos en cuanto se refería a los enanos para que éstos se transformaran cuanto quisieran, por más horribles que llegaran a parecer.

Frente a los espejos de los armarios, movían sus cuerpos contrahechos de bufonas de palacio en vez de defender hasta la mismísima muerte su derecho a la dignidad humana. Sus parloteos eran cloqueos interminables, huecos.

Bianca se estremecía visiblemente cada vez que aparecía ante sus ojos la imagen terrorífica de Spruhen. El sombrío, tenebroso y amenazador Lakai le había enseñado ya con éxito a temer a Spruhen, el cazador de fugitivos.

Se abrió la pesada puerta de la estancia y las dos enanas de horribles rostros y actitudes estúpidas, miraron hacia ella.

—Kinnbacken —dijeron ambas a un tiempo.

El enano de las piernas cortísimas y pies enormes, de los brazos larguísimos y de la cabeza grande que aún lo parecía más por su desproporcionadísima mandíbula inferior, quedó quieto como si fuera un extraño muñeco, abandonado allí para que las enanas jugaran con él.

Kinnbacken comenzó a avanzar.

Todo su cuerpo oscilaba, a la derecha, a la izquierda, como si cada uno de sus zapatos hubiera sido lastrado con decenas de kilos de plomo.

Se acercó lentamente hasta el lecho en que yacía la pequeña y hermosa Bianca. Sus ojos se habían clavado en ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó una de las enanas.

La otra chilló:

—¡Fuera, fuera! ¡Ésta es nuestra alcoba!

—Horrible enano, largo de aquí.

—Márchate o llamaremos a Lakai para que te golpee, enano feo.

Como si no las oyera, Kinnbacken seguía avanzando por aquella alcoba enorme, de techo altísimo e impresionante que acentuaba sus menguadas estaturas.

—¿Qué pasa, qué pasa? —rezongaba la que aún estaba en la cama, revolcándose bajo las mantas.

Las dos enanas de los miriñaques llegaron junto a Kinnbacken y trataron de empujarlo para hacerlo retroceder, expulsándolo de sus dominios, pero el enano de la gran mandíbula, sin mirarlas, alzó sus largos brazos y las apartó, con tal violencia que hizo caer a ambas a un tiempo, en medio de chillidos ratoniles y gruñidos de airada protesta.

Con su lento caminar, con aquel avance torpe de robot, Kinnbacken llegó junto a la cama de Bianca y puso una de sus manos sobre la frente de la muchacha. Se despreocupó completamente de las otras enanas y habló con su voz lenta y ronca casi al oído de la joven.

—Bianca, has de ponerte bien, no puedes morirte. Nos han secuestrado en contra de nuestra voluntad; quieren utilizarnos para mofa y nos imponen el terror para que no escapemos de esta isla maldita. Te sacaré de aquí, Bianca; ellos tienen el terror de Spruhen, pero yo invocaré a Dibuc para que se derramen cataratas de sangre, un diluvio que los ahogue en su propia sangre. Suplicaré a Dibuc que nadie escape al castigo y si tú mueres, le exigiré que hunda toda la isla en la profundidad de los mares para que jamás vuelva a saberse de ella.

—¿Qué le estás murmurando, enano maldito? —inquirió una de las enanas.

La que estaba aún en la cama se había sentado en ella. Con los cabellos revueltos, preguntó:

—¿Qué pasa, qué hace ése ahí?

—Si quieres abusar de la niña, se lo diremos a Lakai —le amenazó otra.

—Tengo miedo —musitó Bianca.

—Cierra los ojos y duerme —le pidió Kinnbacken. Le pasó la mano por los párpados para cerrárselos—. Yo velaré por ti.

—Pero ¿quién te crees que eres? —interpeló una de aquellas grotescas enanas.

Kinnbacken, harto ya de las que consideraba brujas, más que mujeres con problemas físicos que las marginaban, se encaró con la más habladora de ellas, con la que más le inquiría y amenazaba. Le mostró su anillo, poniéndoselo delante de los ojos.

—¿Lo ves, lo ves bien?

—Si no vale nada, es un espejito.

Ante la réplica de la mujer, Kinnbacken exigió:

—Pues mírate, mírate en él.

Aquella enana pintarrajeada se miró en el espejito y se sonrió a sí misma, como complacida de su horrible fealdad, que para ella no era tanta.

Más, el rostro que estaba viendo, que era el suyo propio, se fue descomponiendo en un proceso acelerado. Se fue descarnando, agusanando, las carnes cayeron en colgajos hasta aparecer la calavera.

—¡Aaaaaagh!

Tras aquel grito desgarrado, corrió de un lado a otro de la alcoba, aterrorizada hasta el punto de que no dudó en abrir los antiguos ventanales.

Ante la sorpresa y el estupor de sus compañeras, se arrojó al vacío.

Su pequeño cuerpo vestido con el grotesco miriñaque flotó en el aire unos instantes y después se hundió entre las rocas, destrozándose justo cuando llegaba una ola de alta y espumeante cresta que sepultó aquellos restos miserables que no habían sabido luchar por su dignidad de persona, convirtiéndose en sierva de un tirano que se satisfacía con el sadismo.

Cuando las aguas se retiraron para dejar paso a otra ola, allá abajo ya no se veía nada. Era como si el mar hubiera engullido los despojos.

La enana que había saltado de su lecho, se asomó a la ventana y ya no pudo ver a su compañera mientras la otra mujer se apartaba lentamente de Kinnbacken, terriblemente asustada.

—No diréis nada de lo que aquí ha sucedido. La que hable seguirá la misma suerte de la desaparecida —amenazó con su voz ronca y siempre lenta.

Ambas se callaron como si Kinnbacken acabara de cortar sus cuerdas vocales con una afilada cuchilla.

—Ponte bien, Bianca, yo te sacaré de aquí —le dijo, tras observar que la muchacha se había dormido profundamente.

Dio la espalda a la cama y con su caminar bamboleante, fue hacia la puerta. Un pie tras otro, eran unos pies demasiado grandes para piernas tan cortas.

En medio de un impresionante silencio, Kinnbacken llegó a la

puerta y desapareció por ella, cerrando tras de sí.

Capítulo XII

EL inglés Winston Parkinson se hallaba tendido en la cama, totalmente desnudo y con una gran sensación de agotamiento. Tenía bolsas bajo los ojos y las cejas, como caídas. Pese a tener los párpados cerrados, daba la impresión de sufrir una terrible jaqueca.

Del cuarto de baño salió su esposa Anne; un salto de cama cubría su cuerpo magullado y que se tambaleaba ligeramente. Sus ojos estaban enrojecidos y en varios lugares de su piel aparecían incisiones que podían verse sin buscar demasiado.

—¡Winston, Winston!

—Hummm…

—¡Winston, cabrón, levántate!

—Hum, dame un café largo, amargo y cinco aspirinas —gruñó el hombre, sin despegar los párpados.

—¡Vámonos de aquí!

—Sí, querida.

Ella se subió sobre la cama, arrodillándose junto a su marido y le golpeó la espalda con los puños. No era un juego amoroso lo que llevaba a cabo, sino que estaba desahogando su rabia.

—¡Basta, me haces daño!

—Tu amigo es un cerdo sucio y sádico, lo llevaremos a la cárcel.

—¿Qué dices? —rezongó, sin volverse hacia ella, siempre con los párpados cerrados.

—Tienes que llevarle a la cárcel, es un cerdo sádico. ¡Quiero irme de aquí!

—Sí, claro, nos iremos cuando el yate se ponga en marcha. ¿Y el café y las aspirinas?

—Que te jodan, maldito cabrón.

—Pero ¿qué dices? —Gruñó, volviéndose por primera vez hacia su mujer.

Intentó mirarla, pero sólo abrir los párpados le producía un

tremendo dolor de cabeza, un dolor muy superior al que ya sentía con los ojos cerrados.

—¡Mientras tú te revolcabas con aquellas putas, a mí me han violado!

—¿Ah, sí?

—¿Ah, sí, ah, sí? —Remedó, sarcástica y burlona a un tiempo—. Parece que no le das ninguna importancia. Soy tu esposa, ¿es que lo has olvidado?

—Sí, claro. No me di cuenta.

—¿Cómo ibas a darte cuenta si estabas con esas *misses* que no son más que putas drogadictas? Te lo debiste pasar a lo grande, ¿verdad?

—Pues…

Se sentó sobre la cama, olvidándose de los golpes que le había proporcionado su mujer en su estado de nerviosismo, al borde de un desatado histerismo.

Cogió su propia cabeza y se la giró de un lado a otro como para asegurarse de que se hallaba bien encajada sobre el tronco. Después, se inclinó hacia adelante y vomitó sobre la cama. Su mujer lo miró y después alzó la cabeza hacia el techo para lanzar un chillido medio contenido.

—Me encuentro muy mal —confesó Winston Parkinson.

—No hace falta que lo jures.

El hombre se levantó y fue al cuarto de baño, desapareciendo en él sin llegar a cerrar la puerta.

Su mujer tapó con una manta lo que había quedado encima de la cama y se colocó ante el espejo del armario para mirarse el cuerpo. Hizo varios gestos de dolor, especialmente al pasar su mano por entre las nalgas.

—¡Tenemos que llevarlos a la cárcel! —chilló.

—Lo que tú digas, querida —asintió él, y volvió a oírse el ruido significativo de que el inglés seguía vomitando una espectacular cena que había sido incapaz de digerir.

—Eres un cabrón, maldito cabrón. Si no cortas con ese cerdo de Von Rachen, pido el divorcio.

—Lo que tú digas, querida —respondió la voz desde el interior del baño.

—¿Es que no me haces caso? —barbotó, acercándose a la puerta

del cuarto de aseo que permanecía abierta.

Encontró a su marido dentro de la bañera, más pálido que si hiciera doce horas que se hubiera muerto.

—Fueron los enanos. Me violaron y me llenaron de serpientes que me mordieron. Si llegan a ser venenosas, me muero. ¡Me hicieron sodomía y me lanzaron a la piscina para que me ahogara! —chilló.

Winston Parkinson abrió el grifo de la ducha y los múltiples chorritos de agua cayeron sobre su cabeza, dejando así de oír lo que su mujer le contaba.

* * *

El suizo Pierre Saugend se hallaba frente a la ventana abierta de par en par por la que entraba un viento más que regular y frío. Vestido con un chándal amarillo con una franja verde a lo largo de sus cuatro extremidades, hacía gimnasia con una seriedad y meticulosidad impecable.

Su rostro no acusaba malestar ni bienestar, era un rostro frío e inexpresivo que aspiraba y expelía el aire de manera uniforme y sonora.

Sus piernas se flexionaban con una gran perfección, separadas entre sí como si la distancia la hubieran medido con una cinta métrica, calculando exactamente los grados de abertura, lo mismo que apoyaba los dedos de sus pies desnudos sobre la alfombra que evitaba que se enfriase.

Sus brazos se alzaban, descendían horizontales frente al rostro y después se abrían en cruz para descender a lo largo del cuerpo.

Hubiérase dicho que era un profesor de gimnasia sueca pasando un examen para entrar como monitor en un colegio de alto nivel económico.

Bertha, su mujer, se hallaba en la cama y sollozaba, hipando.

Era una mujer cuidada en la high life suiza, salida de los mejores colegios para terminar desposándose con un hombre de gran porvenir y buena familia.

Bertha no había conocido orgías sexuales como algunas de sus amigas. Ella tenía la idea fija de que su marido llegase a alcanzar un gran cargo político; dentro de la banca ya había hecho una gran carrera.

El hombre, que se había movido al ritmo de un metrómetro

colocado sobre una mesita, lo detuvo. Siempre con gestos cuidados y precisos, se volvió hacia su mujer para decirle:

—Voy a darme una ducha. Ya he expulsado las toxinas de mi cuerpo a través de la piel. Tú deberías hacer lo mismo, así no correrías el riesgo de infecciones epidérmicas ni de engordar. Últimamente te veo algunos gramos de más.

—¿Es que no quieres enterarte de lo que me hicieron?

—Será mejor que lo olvides.

—Eso es muy fácil de decir —se quejó Bertha—. ¿Sabes lo que me hicieron?

—Es mejor que no me lo cuentes —insistió.

—¿Para así vivir más tranquilo? Eres el tipo más frío que he conocido jamás —protestó ella.

—Por favor, no hagas ningún espectáculo ahora, no estamos en nuestro chalet.

—La verdad es que no parecías tan frío cuando te revolcabas con esas zorras amiguitas de Von Rachen.

—No recuerdo bien —dijo él, alzando el mentón.

—¿Ah, no? Mientras tú estabas con ellas, a mí me violaban y nunca he estado tan cerca de la muerte como cuando me arrojaron al agua y a Anne la metieron en una cesta.

—Sólo fue una broma, trataban de asustaros. Tragasteis un poco de agua, pero los hombres de Von Rachen os sacaron a las dos enseguida.

—¡Nos podían haber ahogado!

—¿Y de qué les hubiera servido? Eso es una tontería, Bertha, una tontería. Creo que todos bebimos demasiado champaña, era Dorn Perignon, un buen champaña, y mezclamos demasiados platillos asiáticos a los que no estábamos acostumbrados, cargados de especias.

—Y a lo peor, de drogas.

—Eso no está demostrado, querida.

—¿Es que encima le defiendes, después de lo que me hicieron esos condenados bufones?

—Lo siento, querida, yo no vi nada.

—Pues, yo, sí y si me chequea un médico, también. Tengo mordeduras de serpientes y los enanos me golpearon, estoy llena de cardenales.

—Ponte crema en esos moretones y cúbrete adecuadamente para que no queden en evidencia.

—¿Eso es todo?

—Pero ¿qué es lo que quieres?

—¡Que hagas algo!

—¿Algo, el qué?

—Ponte de acuerdo con Winston y haced algo contra Von Rachen. Lo preparó todo para reírse de nosotros.

—Es posible, teníamos que haber estado más en guardia, pero lo sucedido ya no tiene remedio y es mejor olvidarlo.

—¿Y vas a dejarme así, tan en ridículo?

—No puedo hacer nada en contra de Von Rachen.

—Claro, lo tuyo son esas zorras, debió de ser muy divertido. Y para mí también podía haberlo sido si me hubieran escogido un par de hombres jóvenes, fuertes y bellos. Incluso, si me hubiese hecho el amor el propio Von Rachen no me habría quejado.

—Pues si ya ibas con esa mentalidad, no es para tanto. Sabes perfectamente que yo no hubiera hecho ningún drama de haber tenido tú algún flirt, siempre que no fuera escandaloso, claro está.

—Es que fueron los enanos y eso es humillante. Además, me patearon y me llenaron de serpientes que me mordieron. Creí morir y encima, me arrojaron al agua. Nunca antes he sufrido tanto.

—Ya se ha pasado, ríete.

—¿Cómo?

—Mira, querida, Von Rachen tiene una cuenta en el banco del que yo soy uno de los directivos y esa cuenta es importante, muy importante. Nosotros operamos con su dinero, con oro en lingotes, con dólares, con francos suizos, marcos y libras esterlinas. Von Rachen tiene muchos negocios; al parecer, su padre supo sacar de la Alemania nazi una fortuna que escondió adecuadamente y años más tarde, de forma periódica y disimulada, consiguió hacerla llegar a los bancos suizos. Ingresaba esa fortuna como si fueran beneficios de operaciones financieras, el caso es que supo trasladarla a Suiza discretamente, sin llamar la atención.

—Una fortuna que debió amasar robando y saqueando cuando las tropas nazis entraban en los países que ocupaban y sometían.

—Seguro, fue un coronel, no sé si de las SS o de la Wehrmacht, en fin, no sé y es mejor no averiguar nada. Escondió el oro, los

billetes, todo lo que pudo robar y luego, lo transformó en dinero. Y gran parte de esa fortuna que Von Rachen heredó de su padre, está en nuestro banco. ¿Imaginas que cambiase de banco diciendo que era porque yo le había molestado, te lo imaginas, querida?

—No, eso no es posible…

—Claro que lo es. Yo perdería *ipso facto* mi puesto de directivo y no se me daría empleo en ningún otro banco y tampoco en ninguna otra institución suiza confiaría en un hombre marcado como yo. Seríamos apartados de todos los clubs sociales, nos harían el más espantoso vacío. ¿Tú entiendes eso, querida, tú que quieres que yo llegue a ser político, además de banquero?

—Bueno, quizá sea mejor olvidarlo —aceptó ella con un corto suspiro.

—Así me gusta más, querida. Somos suizos, no lo olvides nunca, la mejor sociedad que existe, los más serios en el trato. Guardaremos en secreto lo ocurrido y no le diremos a nadie que Von Rachen es un sádico y que nos utilizó como diversión. Después de todo, lo ocurrido no tiene importancia, han sido juegos de alta sociedad y no va a trascender nada. Estamos en una isla prácticamente inaccesible.

—Pierre, ¿crees que después de esto no pasará nada?

—¿Qué va a pasar, querida? Von Rachen es todo un caballero.

—Sí, claro, es todo un caballero, tiene una fabulosa cuenta corriente en el banco en el que tú eres directivo.

—Exactamente. A Von Rachen se le abren las puertas en todo el mundo. ¿Que ha cometido una travesura? Bueno, pues a olvidarla.

—Mírame, mírame mejor a la cara.

El suizo fijó sus ojos claros en el rostro de su mujer. No era hermosa, no era joven y nunca había sido atractiva del todo. Era una mujer cuidada que compraba joyas en Cartier y vestía prendas de alta costura firmadas por Dior, Balmain, y otros nombres por el estilo. Era la mujer que le convenía, como él le convenía a ella, porque ambos perseguían los mismos fines.

—Ya te miro bien, querida.

—¿Se me nota algo?

—¿En el rostro?

—Sí.

—No, querida, no se te nota nada, claro que te aconsejo un

maquillaje algo más espeso que de costumbre. Ponte ropa deportiva, con cuello de cisne y pantalones ceñidos a los tobillos.

—Tomaré muy en cuenta tus sugerencias, Pierre.

—Yo mismo te pasaré crema por los moretones y las incisiones que te han dejado los reptiles. Llevo un pequeño botiquín en la maleta para posibles accidentes de automóvil y también te pondré una inyección de antibióticos fuerte. No temas, dentro de unos días ya no notarás ni las agujetas.

—Tienes razón, Pierre —suspiró—. Siempre has tenido la cabeza más fría que yo.

—Por eso he ascendido en mi empleo dentro del banco, por eso me siento en la mesa del consejo de administración.

—Querido, dame un beso en la mejilla.

—Cómo no, querida —la besó y dijo—: Pediré que nos suban el desayuno a la alcoba… Es una pena que los suizos sólo tengamos un lago para nuestros yates.

Capítulo XIII

—¿CREES que a Von Rachen le interesa que continúe el rodaje?

—Sí, creo que sí; por lo menos, obtendrá un rendimiento para el dinero que ya ha invertido.

—Parece que viene el comité de recepción —dijo Yago, señalando la pequeña carretera que desde el espigón ascendía hasta la puerta principal de la mansión de la isla de Saturn.

A Libby Oriana, el superdragón de Slake le parecía un yate precioso. Para ella no tenía importancia alguna que el joven lo hubiera comprado de segunda mano.

Estaba bien restaurado y resultaba muy marinero, un pequeño yate velero de dos palos y poco más de doce metros de eslora, con motor auxiliar capaz de navegar en los siete mares si se sabía patronar adecuadamente.

El Siroco era otra cosa; el Siroco era un yate poderoso, grande, confortable, lujoso, capaz de alcanzar grandes velocidades de crucero.

Se movía por turbohélices y poseía una magnífica maniobrabilidad. Carecía de toda clase de velamen, pero llevaba motores con los últimos avances de la tecnología naval.

Mientras el ranger avanzaba hacia ellos, Libby Oriana observó que por encima de la residencia destacaban los pararrayos. Había cuatro, para liberar a la mansión de los rayos, las tormentas debían ser frecuentes allí.

Por encima de los pararrayos destacaba la torre metálica de una antena de radio y televisión con terminales de emisores y receptores que le daban a la extraña mansión un aire de acondicionamiento moderno.

Aquella torre, que no era muy ancha, trataba de asemejarse al mástil de un gran velero medieval con su gavia en la cúspide, incluida ésta, bien sujeta por tirantes de cable que se alejaban hacia

el bosque donde terminaban en sólidos agarres de hormigón.

Los tensores aseguraban la plena verticalidad de aquella antena que desafiaba a todos los vientos que, viniendo por el mar, no hallaban obstáculos para arremeter contra la isla.

Yago preguntó:

—¿Sabían que teníamos que llegar?

—No —respondió Slake.

—Ya me lo parecía, llevan metralletas —gruñó el viejo marino.

En el poderoso vehículo ranger llegaron tres hombres, un conductor y dos acompañantes, éstos armados con sendas metralletas con las que encañonaron a los recién llegados.

—No venimos a asaltar la isla —les dijo Slake, irónico.

—Aquí no se puede atracar —advirtió uno de ellos—. Esta isla es propiedad privada.

—Sí, lo sabemos perfectamente —replicó Slake, dándose cuenta de que aquellos tipos vestidos de marineros no tenían precisamente mucho sentido del humor.

El superdragón llevaba su velamen arriado.

El motor auxiliar era la fuerza motriz que empujaba el yate hacia el espigón donde se hallaba atracado el yate Siroco del barón Dagoberto von Rachen Bagliore.

Slake T. Rollman, ayudado por Yago, consiguió atracar su yate un tanto alejado del Siroco, dejándole así mucho espacio para maniobrar en caso de que hubiera de llevar a cabo una maniobra de desatraque al zarpar rumbo a alta mar.

Como no había nadie en el espigón que pudiera ayudarles, Yago saltó a tierra firme y sujetó las amarras a los enganches correspondientes.

—Es una isla impresionante —opinó Libby Oriana—, tan solitaria en medio del mar y tiene una abundante vegetación.

Sobre el montículo de la isla se alzaba la gran mansión fortaleza.

Cualquier observador podía darse cuenta de que la residencia terminaba justo en los acantilados, pues los lugares más accesibles se veían revestidos de bloques de piedras, tapando así huecos por donde pudieran infiltrarse posibles asaltantes.

Quizá fueran tapados siglos atrás, cuando los piratas asaltaban el antiguo monasterio.

Era de suponer que, debajo de la residencia, el montículo estaría

lleno de agujas, de galerías que podían terminar en las mismas aguas, mazmorras a ras de mar donde seguramente siglos atrás muchos prisioneros habían muerto podridos por la humedad.

—Ésta es la isla de Saturn —dijo Slake T. Rollman, hablando despacio mientras sus ojos contemplaban los árboles, la residencia que destacaba por encima de ellos para poder descubrir cuanto más mejor.

—Los dominios del multimillonario aristócrata alemán Von Rachen.

—Ya no sé si es tan siquiera alemán —objetó Slake—. Su padre era un nazi, su madre una fascista italiana. En la Alemania actual no están reconocidos los títulos nobiliarios. Quizá Von Rachen posea pasaporte panameño o liberiano. Quién sabe a qué leyes se somete o mejor dicho, a qué leyes somete él con su poder económico.

—¿Habías estado antes aquí?

—Nunca —respondió Slake.

—Creo que Von Rachen no te cae bien.

—No, no me cae nada bien, pero, está ahí, con su poder. Él, con sus dólares, ha promocionado un rodaje, no sé por qué ni para qué; luego, lo ha interrumpido y se ha desentendido de él, importándole muy poco los millones perdidos. Yo sólo pretendo continuar ese rodaje porque así nos conviene a todos los que participamos en él.

Chandler, el jefe del terceto que acababa de recibirles, llevando metralletas listas para disparar, gruñó:

—Subid de nuevo a vuestro yate y largaos de aquí.

—Un momento, un momento, estamos aquí de visita.

—No queremos visitantes.

Libby estaba preocupada. No le agradaban nada aquellos individuos, le parecían muy capaces de disparar sus armas, asesinándolos, y sería muy difícil que la ley llegara hasta aquella isla para hacer justicia.

—Lo sabemos perfectamente —respondió Slake sin perder su aplomo mientras la muchacha y el viejo marino se mantenían atentos a la conversación—. Hemos venido a visitar a Von Rachen.

—¿Visitar a Von Rachen, dices?

—Sí, eso he dicho.

—¿Te conoce?

—Si te refieres al barón, claro que sí.

—Eso lo comprobaremos. ¿A qué habéis venido?

—A tratar de uno de sus negocios para que pueda rendir más.

El hombre que actuaba como chófer del vehículo y que no se había movido del volante, descolgó un radioteléfono y habló por él. Luego, le dijo unas palabras al tipo que vestía con un jersey rayado en rojo y blanco, a franjas horizontales, y usaba gorra azul con visera del mismo color.

—El patrón parece que no te conoce.

—¿Ah, no? —respondió Slake, sin mostrarse demasiado sorprendido—. Me imagino que Von Rachen tiene muchos negocios que atender y deberá conocer a mucha gente. Decidle que soy el productor ejecutivo de la película financiada por él: Pánico en el circo.

—Es demasiado rollo —gruñó el tipo de la metralleta que no dejaba de encañonarles.

—¿Y qué esperabas de un hombre de cine como yo?

—¿Y ella? —preguntó, señalando a Libby.

—Es la actriz de la película que ha quedado con el rodaje interrumpido, esperando órdenes de Von Rachen. Tengo que hablar con él.

—Eso será si el barón quiere —le replicó.

El chófer volvió a hablar por el radioteléfono. Esta vez escuchó y respondió varias veces, mirando a los recién llegados.

—Tengo la impresión de que alguien nos está observando desde la mansión con unos prismáticos —dijo Libby.

—No me extrañaría, aquí no acuden muchos visitantes.

Chandler señaló al viejo marino celta y preguntó:

—¿Y ése, quién es?

—Se llama Yago y patronea mi yate —dijo Slake, tergiversando un poco la realidad, pues era él quien patroneaba el yate, aunque llevar a Yago a bordo le garantizaba una buena navegación.

Sería muy difícil que Slake, en lo que le restaba de vida, pudiera adquirir todos los conocimientos sobre el mar que Yago ya poseía en el bagaje de su experiencia.

—Bien, que se quede en el yate. Vosotros, subid al ranger, pero antes…

—No llevamos armas, si es lo que buscas.

—Tengo que cachearos —gruñó Chandler, adelantándose con la metralleta por delante.

Palpó a Slake y éste puso cara de resignación. Después, se volvió hacia Libby y fue Slake quien advirtió:

—No le pongas las manos encima.

—¿Ah, no? Quien cachea aquí, soy yo.

—¿No ves que lleva ropas adaptables al cuerpo?

—Sí, pero…

—Si llevara una pistola se le notaría enseguida.

Chandler insistió:

—Puede llevar un estilete.

—Mejor no le pongas las manos encima.

Chandler estaba demasiado seguro de sí mismo para obedecer. Se acercó a Libby y ésta, ante el orificio amenazador de la metralleta que le apuntaba, no supo qué hacer. Chandler alargó su diestra hacia ella cuando Slake, con una larga zancada de costado, se puso junto a Libby y dejó a Chandler entre él y la metralleta del otro vigilante.

Con el dorso de la zurda, elevó la metralleta y le aplicó un rodillazo duro y contundente entre las piernas.

La metralleta tableteó rápida, escupiendo plomo al aire.

Slake le propinó entonces un puñetazo al mentón que dio con los huesos de Chandler contra el suelo, consiguiendo arrancarle la metralleta de entre las manos.

Con Chandler medio aturdido en el suelo, el otro vigilante que llevaba la metralleta y Slake, quedaron frente a frente.

Slake dijo:

—He venido a entrevistarme con Von Rachen, no a que me amenacen con armas.

Dicho esto, lanzó la metralleta fuera del espigón, hundiéndola en las aguas.

El chófer, atendiendo a una llamada sonora, tomó el radioteléfono. Después de hablar por él, dijo:

—Subid, el barón os espera.

Slake ayudó a subir a Libby al ranger. Después, el vehículo se puso en marcha y el vigilante que quedaba con la metralleta se subió a él.

Chandler quedó allí en el muelle, solo frente al yate recién

atracado.

A bordo del mismo, junto a la pasarela, el viejo lobo de mar se reía lenta y sarcásticamente.

—Tú vas a pagar mi mala leche —gruñó Chandler.

Yago no se movió de la pasarela. De entre el cinturón y un bolsillo estrecho de su pantalón, sacó una navaja «faca» que abrió, desnudando una hoja de un palmo de largo, una hoja ligeramente curva y ancha, de filo cortante, una navaja de aspecto temible.

—Sube a bordo si quieres, macho —le desafió Yago.

Chandler vaciló para luego decir:

—Nos volveremos a ver.

Y se alejó hacia el yate Siroco.

Capítulo XIV

EL barón Von Rachen Bagliore recibió a la pareja recién llegada junto a Hanelore, en el bello claustro cubierto que tenía la impecable piscina climatizada en su centro, en vez de la fuente o pozo acostumbrado.

La hierba, los suelos, todo aparecía pulcramente limpio por los asiáticos que se esmeraban en su labor, sin interferir en absoluto con los propietarios ni sus invitados.

Hanelore vestía un complet de color fucsia, muy elegante, que disimulaba algo su fornida figura. Von Rachen vestía totalmente de negro y sus ropas eran tan especiales que resultaba difícil colocarlas en un tiempo concreto y determinado de la civilización europea.

Calzaba botas con remaches y otros adornos de oro puro y su aspecto de gigante, sus dos metros de estatura, impresionaban. Sus cabellos rubio albinos caían lacios, largos, y sus ojos azules apenas se veían.

En un rincón del claustro, un guacamayo gigante lanzó una sardónica carcajada, si es que podía adjetivarse de sardónica.

—¿De modo que te llamas Slake T. Rollman? —preguntó Von Rachen mirando al joven productor ejecutivo.

—Así es.

—¿Y tú? —interrogó, mirando a la funámbula trapecista.

—Libby Oriana.

—¿Y yo os conozco? —preguntó, entre desconcertado y burlón. Parecía deseoso de humillar a sus visitantes.

—Pues, no sé —respondió Slake—. Supongo que tiene muchos negocios en marcha.

—Me temo que habéis hecho un viaje de pura diversión, pero no de otra cosa.

—Yo soy el productor ejecutivo de una película sobre circo que como título provisional tenía el de Pánico en el circo.

Tras aquella explicación, Von Rachen quedó unos instantes pensativo.

—No recuerdo bien ese tema, se ve que una de las financieras en las que tengo acciones ha puesto fondos en algo del cine. La verdad, no creo que sea muy acertado. El cine no da dividendos muy seguros; hay que esperar la reacción del público y hay ocasiones en que no acude a ver una película.

Libby miró preocupada a Slake, el cual tenía dificultades para disimular su decepción. El poderoso financiero parecía ignorarlo todo sobre el rodaje de la película en la que Slake había puesto muchas ilusiones y muchas familias, su sistema de supervivencia económica.

—Según mis informes, los fondos para el rodaje de Pánico en el circo son suyos y el rodaje ha sido interrumpido por falta de fondos. Varios contratos no se han podido mantener, pero yo considero que el rodaje podría continuarse.

—O sea, que has venido a buscar fondos para el rodaje de esa película… ¿Cómo has dicho que se llama?

—Pánico en el circo —repitió una vez más, molesto. Su situación allí comenzaba a desagradarle.

—Bien, bien, tendré que informarme al respecto. ¿Y dices que eres el productor ejecutivo?

—Sí.

—¿Y la chica?

—Comenzó como doble de la primera actriz, es trapecista profesional. Como la protagonista, Cherry Lane, ha roto su contrato, Libby podría sustituirla y yo creo que mejorando lo hecho por la primera actriz.

—¿La has atraído como suplente de la primera actriz?

—Más o menos.

—¿Es tu amante?

—No, y considero que esa clase de preguntas no son las adecuadas.

—¿No me estás pidiendo dinero…?

—Sí, dinero para darle unos intereses y que no pierda el que ya ha invertido.

—Sí, pero el dinero lo arriesgo yo.

—Nosotros arriesgamos nuestra profesionalidad y también

dinero, ¿por qué no decirlo?

—Tú has venido a la isla Saturn a pedirme dólares, ¿no es eso?

—A pedirle que siga invirtiendo. Me parece absurdo y sólo propio de una mente idiota y subnormal invertir dinero en un rodaje para luego cerrar el grifo de los dólares, suspender la provisión de fondos y hundir así el rodaje de la película, porque de esta forma, la pérdida de dinero es segura.

—Eres astuto, Slake, me acosas. Si no cedo a tus pretensiones me tratas de estúpido e idiota. ¿No es eso?

—Yo no le he insultado a usted, sino al que tira el dinero por tirarlo, rompiendo las ilusiones de unos profesionales.

—De modo que he suspendido la provisión de fondos para el rodaje de esa película… ¿Cómo dices que se llama?

Libby observó que Slake palidecía y que iba a soltar algo grueso de un instante a otro. Antes de que ocurriera algo inevitable, dijo:

—Pánico en el circo.

—Ah, sí, Pánico en el circo. La verdad es que yo no voy nunca al cine, bueno, me traen videos escogidos. Supongo que esa película sería para consumo popular.

—El joven peliculero —dijo Hanelore, interviniendo por primera vez— opina que sería tonto que perdiera los fondos ya invertidos en ese filme.

—El caso es que mis consejeros ni me han hablado de ese tema que, como comprenderéis, es un asunto sin importancia para el montante de mis negocios. Habéis llegado aquí sin avisar.

—No había forma de encontrarle —replicó Slake, dispuesto a no dejarse aplastar por la fortísima personalidad de Von Rachen.

—De todos modos, ése es un problema para ser tratado por mis subordinados. Tengo gente preparada para ello, ejecutivos que manejan algunos millones, nada de importancia.

—Entonces, ¿piensa perder el dinero ya gastado en el rodaje, sin dejar posibilidades de compensación alguna?

—¿No hay forma de recuperar un centavo gastado? —preguntó Von Rachen, falsamente interesado.

—No, si la película no se continúa. Hay que terminarla para llevarla a los distribuidores.

—Bien, bien, no sabía que mis ejecutivos dejaran sangrar mi fortuna sin conseguir intereses. No me gusta, no me gusta.

—Si le dice a uno de sus consejeros ejecutivos que invierta un poco más de dinero en esta película, todos saldremos ganando —sugirió Libby con cierta cautela.

—Ya que estáis aquí y trabajáis en cierto modo para mí, puesto que el dinero de la película es mío, quedáis invitados.

—No hemos venido a que nos invite —le puntualizó Slake.

—Sí, claro, tú eres un hombre de empresa, buscas dinero y tienes prisa, pero la prisa es mala consejera.

—Hay algunos contratos que ya han caducado; otros, caducarán pronto. Si el grupo de actores y técnicos de rodaje se disuelve, todo se habrá perdido y hay mucho material montado, un circo completo con fieras incluidas a las que se les debe dar de comer diariamente.

—¿Tienes un administrador allá en el lugar del rodaje?

—Sí.

—Bien, le enviaremos un gota a gota provisional para que se mantenga y no se produzca la estampida. Mientras, haré unas llamadas por radioclave a mis consejeros. Trataré este asunto con ellos y te daré una respuesta. Si ellos me aconsejan que abandone ese rodaje, que no aporte más provisión de fondos, será olvidado y que cada cual se busque trabajo donde pueda. Si me aconsejan que invierta un poco más de dinero, no tendréis ningún problema.

—No me gusta —fue la respuesta de Slake T. Rollman ante la sorpresa de Von Rachen, de Hanelore y de la propia Libby.

—¿Ah, no, y por qué no te gusta? Me estoy interesando por ese tema que os ha hecho venir hasta mi isla y ahora dices que no te gusta.

—Lo que no me gusta es la forma en que se va a llevar este asunto. Yo pido que el rodaje se prosiga, pido un voto de confianza, pero si le aconsejan otros ejecutivos a los que yo no conozco y a los que tampoco puedo explicar lo que tengo entre manos, que he encontrado una primera actriz superior a la que tenía antes, que hay mucha gente metida en este negocio, si yo no les hablo, no podré convencerles. Ellos no conocen a fondo este asunto y pueden verlo como un cadáver irrecuperable, pero yo sé que es perfectamente recuperable y beneficioso para todos.

—Eres muy persuasivo. Si hablaras con mis consejeros, podrías llegar a convencerlos y eso sería peligroso. Deja que este asunto lo resuelva yo; después de todo, el dinero que se va a exponer en este

negocio es mío.

—Sí, es su dinero, pero los demás también exponen su profesionalidad, sus ilusiones y su hambre.

—Me has salido muy reivindicativo, Slake.

—Es que yo no veo las cosas desde su misma altura, desde su torre de oro situada en una isla de propiedad privada.

Von Rachen se rió. Al principio lo hizo lentamente, pero con sonoridad. El guacamayo comenzó a imitarle y llegaron a confundirse las dos risas.

—Me caes bien, Slake, muy bien. No se me había ocurrido que daría hospedaje en mi mansión de Saturn a un tipo como tú. Palabra que va a ser muy interesante vuestra visita… Hanelore, ocúpate de que tengan buen acomodo.

—No es necesario, tenemos camas en mi yate —objetó Slake.

—Nada de eso, mis invitados no duermen en literas de lona, aquí hay habitaciones para huéspedes con todo confort. Además, no sois los únicos invitados. Tenemos a un directivo de la banca suiza y a cuatro espléndidas *misses* que van a ser promocionadas por las empresas que dependen de mis dólares, revistas, cosméticos, modas, no sé. La verdad es que necesito consultar con mi programador para enterarme bien de cuáles son mis negocios y los dividendos que me proporcionan a cada segundo del día que pasa. Es espantoso. Como tengo tanto dinero, en un solo segundo percibo de beneficios más dinero que el que muchos hombres puedan ganar a todo lo largo de su vida. En fin, las cosas son así. Esas chicas son muy alegres, están en plena juventud y van a promocionarse mucho. Luego aparecerán en *spots* publicitarios, les prepararán flirts o, como se dice ahora, ligues con tipos o individuos ya populares para que se siga escribiendo sobre ellos y la publicidad resulte así más barata.

—¿Y si esos tipos o individuos no aceptan el juego de esas chicas promocionables? —preguntó Libby, interesada.

—Qué tontería. Ellos, de un modo y otro, también dependen de mí, aunque no lo sepan. Las empresas de las que dependen directamente serán las que les sugieran que entren en conflictividad. Todos los que presumen de ser importantes no son más que monigotes manejados por hombres como yo o por mis ejecutivos, da lo mismo.

Capítulo XV

ANNE, la esposa del financiero inglés, no caminaba con normalidad. Toda ella estaba resentida, no sólo física sino psíquicamente.

Como muchas mujeres honorables iguales a ella, no podía decir que jamás hubiera cometido adulterio, lo mismo que su marido y sus congéneres.

Parecía como si aquellos juegos formaran parte de la vida que llevaban, siempre ofreciendo al mundo el rostro de la alta honestidad.

Lo sucedido después de la cena de gala en la mansión de Saturn había sido muy diferente. Allí le habían ocurrido cosas que ni siquiera había llegado a imaginar en delirios masoquistas, porque una cosa era imaginar y la otra, sufrir el terror, el dolor físico.

Su sensibilidad de dama de la high life británica había quedado malherida. Su caminar, de ordinario con la espalda muy recta y el mentón alzado, preñado de arrogancia, había quedado atrás.

No podía admitir que la gente como ella hubiera doblegado a otros de la misma forma, obligándoles a caminar toda su vida y la vida de sus descendientes con la espalda encorvada, el mentón bajo y la mirada humillada; no, no lo reconocería nunca y hubiera espetado que todo eran injurias.

Ahora, era ella la que caminaba con miedo, con la cabeza ligeramente gacha y el miedo en sus ojos, situación provocada para la diversión del todopoderoso Von Rachen.

Llamó con los nudillos a la pesada puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina, al otro lado de la madera.

—Bertha, soy Anne —dijo la inglesa, mirando alrededor, como temiendo ser descubierta, no sabía por quién.

Anne se sorprendió al descubrir que Bertha, su compañera y amiga en su estancia en la isla Saturn, estaba compuesta y

aparentemente segura de sí misma.

Vestía unos pantalones de pinzas de color butano y una camisola del mismo color que se cerraba con cuello de cisne. Aparecía bien peinada y muy maquillada para ser por la mañana.

Sin embargo, conociéndola, se le podía notar en el rostro una grave preocupación que no se borraría en mucho tiempo y que trató de disimular con una sonrisa forzada.

—¿Cómo estás, querida? —le preguntó.

La inglesa, educada en los más rigurosos colegios británicos, llegó a sorprenderse por la frialdad y seguridad de la suiza, que superaba en mucho a las suyas.

Sabía que Bertha, en la orgía, lo había pasado igual o peor que ella; pero con una mirada directa al rostro, la suiza trataba de decirle que había corrido un tupido velo sobre lo sucedido, que prefería no acordarse de nada y que no pensaba pedir responsabilidades a nadie.

Anne lo comprendió así con rapidez, no en vano había sido educada en la flemática moral británica.

—¿No está Pierre?

—Pues, no. Es un hombre que cuida mucho su estado físico y después de su gimnasia habitual ha ido a hacer *jogging* por los senderos de la isla. Hace tiempo lo acompañaba en esos paseos matinales, pero tuve una lesión de rodilla y lo dejé. Los años, pese a que no nos guste, llagan sobre nosotras, querida. Hace una mañana espléndida, ¿verdad?

—Sí, sí —respondió la inglesa que comenzaba a olvidarse de sus dolores físicos, de sus fuertes irritaciones, de las puntadas que le habían dejado los incisivos de los reptiles.

Un rato más junto a Bertha y lo ocurrido la noche anterior pasaría a ser una anécdota a la que no había que conceder mayor importancia.

—He visto que ha llegado otro yate.

—Sí, lo he visto por la ventana y he oído tiros.

—¿Crees que son gente peligrosa?

—No sé, no creo. Von Rachen tiene la isla bien protegida, puede tratarse de un exceso de celo de los guardianes.

—Es un yate pequeño, de velas.

—Sí, no es como el Siroco. Quizá sea de algún ejecutivo del

barón, no sé si de importancia. Los recién llegados ya nos serán presentados, nosotros somos los huéspedes principales del barón. Por cierto, ¿cómo marchan los negocios de Winston?

—Bien, bien, seguro que bien. Parece contento, se ha levantado muy animado —mintió Anne—. El barón confía mucho en él para sus negocios en Inglaterra.

—Magnífico. Pierre opina que el barón es un hombre muy importante, eso ya lo sabemos todos, aunque no se da a conocer públicamente en la *jet-set* internacional. Prefiere vivir más apartado, con sus cosas, con sus *hobbies*. —Bajó la voz para añadir—: Como dicen que su padre fue nazi.

—Qué calumnias, querida. Es mejor no hablar de eso, ya sabes, todo son calumnias por causa de las envidias. ¿Te parece que luego demos un paseo? Esta mañana no me apetece bajar a la piscina para darme un baño.

—¿Crees que Fráulein Hanelore nos informará respecto a los recién llegados? —inquirió Anne, que había recuperado gran parte de su habitual seguridad.

—Sí, es posible que sí. Fráulein Hanelore es una mujer muy eficaz, por ello está al lado y con la completa confianza del barón Von Rachen; no obstante, deberíamos decirle que cierto tipo de diversiones no son del todo de nuestro agrado.

—Soy de tu misma opinión, querida.

A ambas les llamó la atención un súbito rumor de cuchicheos y risitas contenidas. Miraron alrededor, perplejas.

Estaban solas en la lujosa alcoba presidida por la gran cama de estilo dieciochesco. La estancia poseía dos grandes y altos ventanales de antiquísimas vidrieras, pero en aquellos momentos se hallaban cerradas y no había otra puerta de entrada que la que ya estaba cerrada y la otra puerta que daba al baño individual.

Los cuartos de aseo habían comenzado a existir en la mansión a partir de los años veinte del último siglo y posteriormente habían sido confortablemente mejorados por los dólares de Von Rachen, dejándolos con un aspecto muy moderno. Sus paredes estaban cubiertas con losetas de mármol rosa, por lo que no cabía pensar que por allí pudiera llegar nadie.

De pronto, ante su sorpresa, por detrás de uno de los espesos cortinajes aparecieron siete enanos varones, con sus estrafalarias indumentarias, haciendo sonar sus cascabeles.

Las dos mujeres quedaron aterradas ante la inesperada aparición.

Toda su seguridad en ellas mismas, que habían conseguido recuperar, se venía al suelo de golpe. El miedo brilló en sus ojos y se lanzaron la una sobre la otra para abrazarse, buscando mutua protección.

Ambas lanzaron unos cortos chillidos, como si fueran roedores en peligro.

Los enanos al servicio de su amo y señor el barón Von Rachen rodearon a las dos asustadas mujeres que ya tenían en sus cuerpos bien cuidados muy malos recuerdos de aquellos bufones sangrantes, los cuales, cogiéndose de las manos, formaron un corro alrededor de ellas, comenzando, a girar en medio del sonido de los cascabeles, de carcajadas, de groserías escatológicas referentes a todo lo que ya les habían hecho a las dos mujeres, las cuales, en otros momentos, en otras circunstancias, quizá habrían podido luchar contra aquellos seres de talla inferior a ellas, grotescos y en su mayoría deformes, de movimientos distintos a los de la gente normal físicamente.

Ellas conocían ya la fuerza de las manos de aquellos enanos, su maldad, su capacidad para hacer daño bajo la protección que les brindaba el barón. Nadie, ni ellas mismas, les llegarían a pedir responsabilidades por agresiones, abusos deshonestos, violaciones y todo cuanto se les ocurriera.

Se abrió la puerta de la alcoba, rompiendo la algarabía de los bufones, y apareció Winston Parkinson con el rostro demudado, palidísimo. Iba cubierto con una bata de alcoba confeccionada en tela de toalla azul celeste.

Las dos mujeres lo miraron con alegría. Su inesperada irrupción en la alcoba las salvaba de la maldad de los bufones a los que temían ya con razones muy fundamentadas.

Winston Parkinson llevaba una mano en el pecho, casi junto al hombro izquierdo. Miró hacia atrás, hacia el corredor. Sacó la mano y la mostró manchada de sangre, sangre caliente que escapaba de su cuerpo.

—¡Winston! —chilló Anne.

Los enanos habían quedado quietos, en silencio, sin romper el cerco dentro del cual permanecían las dos asustadas mujeres.

—Viene, viene el asesino…

Trató de cerrar la puerta, mas un violentísimo empujón le lanzó al interior de la estancia. Una fuerza huracanada acababa de empujar la sólida puerta.

—¡Spruhen! —gritaron los enanos al unísono.

El terror se reflejó en sus ojos, en su voz, en todos sus gestos.

Rompieron el corro y retrocedieron horrorizados mientras Spruhen entraba pesadamente en el dormitorio, armado con su hacha, con su elevada estatura, vestido de pieles de animales salvajes, con la cabellera espesa y leonada que le daba un aire de mayor fiereza, con la maldad reflejada en su mirada de cazador, sin piedad para sus presas.

Los enanos se lanzaron al suelo, se tendieron como lagartos. Bajaron las cabezas y comenzaron a suplicar:

—Piedad, piedad, te suplicamos piedad, Spruhen. Somos fieles a nuestro amo y señor el barón Von Rachen… Piedad, Spruhen, piedad.

Las dos mujeres no comprendían nada. Los enanos permanecían todos aplastados contra el suelo, convulsionándose de terror, hasta tal punto que parecían hallarse sobre un piso que vibraba por unos temblores sísmicos.

Winston trató de refugiarse en el cuarto de baño, acosado por el espectral y despiadado cazador de fugitivos al que los enanos habían llamado Spruhen.

Era algo monstruosamente salvaje, inhumano, la encarnación de un maligno poder infernal.

Ante aquella presencia que pasó junto a ellas como sin verlas, las mujeres se sintieron tan aterradas que quedaron hieráticas, inmóviles, como convertidas en estatuas.

De un solo empujón, Spruhen abrió la puerta del cuarto de baño. Siguió avanzando hasta enfrentarse al hombre acorralado, ya herido. Éste alzó sus brazos para detener el golpe del hacha que iba a caer sobre él.

Con la frialdad del cazador que se dispone a descuartizar a su presa cobrada, Spruhen descargó el primer hachazo y el brazo derecho de Winston Parkinson se dobló, cortado, colgando tan sólo

por la parte de la piel.

—¡Aaaaaggg!

Las dos mujeres se apretaron más una contra otra mientras los enanos seguían temblando, pegados al suelo.

Spruhen reapareció con el hacha ensangrentada. Aquel ser infernal, pues no parecía haber sido engendrado en la tierra, cruzó la habitación y desapareció por el corredor sin articular palabra.

Anne se apartó de Bertha y corrió hacia el cuarto de baño.

Descubrió a su marido sentado en el suelo, entre el sanitario y la bañera. Su cuerpo se hallaba ladeado hacia la taza del sanitario y su cabeza estaba partida por la mitad, de arriba abajo en vertical, de un bestial hachazo. La sangre lo salpicaba todo.

Al chillido desquiciado de Anne se unió el de Bertha al descubrir el cadáver mientras los enanos huían despavoridos por una puerta falsa que quedaba oculta tras los espesos cortinajes.

Capítulo XVI

EL barón Von Rachen Bagliore, que no tenía más años de los que cabía deducir al verle, algo más de cuarenta y menos de cincuenta, estaba ceñudo.

En aquellos momentos, acomodado en la antecámara de su palaciega alcoba, no se reía de todo y de todos.

Hanelore lo observaba. Vestía de largo, con un traje azul oscuro brillante, no parecía un atuendo propio para el mediodía. Su peinado, muy elaborado, había sido realizado por una de las criadas asiáticas, esposa de uno de los sirvientes que siempre se ponían al margen de lo que ocurriera en la mansión de la isla entre el propietario y sus invitados.

—Atiende bien a la inglesa y a la suiza.

—¿Y Pierre, el suizo?

—Estará con su mujer, ése no dirá nada.

—¿Seguro?

—No, no dirá nada y antes de tomar ninguna decisión, me consultará. De todos modos, es conveniente sedarlos.

—¿Sedarlos, a fondo?

—No, sólo lo justo.

—¿Para que no se pongan nerviosos?

—Eso es —ratificó Von Rachen.

—¿Al suizo también?

—Sí. Dile a Hupun que ponga el sedante en todo cuanto las dos mujeres y el suizo tomen, los quiero muy relajados y sin preocuparse de nada.

—¿Y si el sedante estuviera mezclado con un poco de alucinógenos? —sugirió Hanelore.

—¿Crees que sería conveniente?

—Así terminarían confundiendo la realidad con las alucinaciones, llegaría un momento que no sabrían lo que es verdad

o mentira.

—De acuerdo, pero no te pases. No quiero histerias terroríficas ahora que tenemos otros invitados.

—¿Qué harás con esa pareja?

Von Rachen suspiró.

—Ella es muy bonita.

—¿Crees que será un placer exquisito para ti?

—¿Por qué no? —respondió, sin mirar a la fornida mujer que le servía en cuanto él exigía—. Esa joven es muy hermosa. Ve pensando algo que sea gozoso para mí y también quiero que ese Slake se lleve una lección bien aprendida.

—¿Le hacemos un video a la chica?

—Sí, pero no conmigo, por supuesto.

—¿Los enanos?

—Sí, podemos escoger a uno en especial. Después de mí, se la echaremos a él. Se graba el video y se lo pasamos a ese Slake.

—¿Qué te parece Kinnbacken?

—Magnífico, mi nueva adquisición, el enano más inteligente de mi cuadra.

—¿Crees que se prestará al juego?

—Es muy inteligente y, según mis informes, posee poderes inigualables, adquiridos en sus andanzas por la India y el Tíbet.

—¿Pese a su aspecto y a que le cuesta tanto caminar?

—Sí. Kinnbacken no es un payaso de circo como lo fue Petrolino, es distinto y domesticarlo cuesta un poco más, pero Lakai se encarga de eso.

—No me gusta ese Kinnbacken, me parece más raro que los otros enanos.

—Es que lo es. Pienso hacer de él un canciller de los enanos. Cuando se adapte a la isla de Saturn, sin duda alguna dominará a los demás enanos y seguro que nos preparará cosas especiales. Empezaba a hacerme falta, los otros bufones me hastían ya. Les falta imaginación, se repiten demasiado. Kinnbacken puede traer ideas nuevas a esta isla. Aunque parezca paradójico, los enanos suelen ser grandes viajeros, Kinnbacken más que ninguno.

—¿Y si Kinnbacken no cede? —inquirió Hanelore.

—En ese caso, lo convertiremos en primer actor de alguna diversión en honor de Spruhen. Lakai se ocuparía de ello.

—Confías mucho en Lakai, ¿verdad?

—Totalmente.

—¿No temes que algún día te traicione?

—No, Lakai es de esa clase de locos que poseen la fidelidad del fanatismo hacia una causa o hacia un hombre. En este caso me ha elegido a mí porque yo le doy la oportunidad de saciar sus deseos sin limitación alguna. Estoy convencido de que Lakai moriría gustoso por mí.

—Y de mí, ¿estás seguro?

Von Rachen se rió, enigmático.

—¿Cómo se va a poder estar seguro de una mujer? Sin embargo, a ti no te falta de nada.

—¿Tú crees?

—Tienes confort, placer, pieles, joyas, incluso dinero. Posees tu propia cuenta corriente y una libertad que ni siquiera Lakai posee, puesto que tú llegas a la isla y sabes que no te vas a quedar aquí. Subes al yate y regresas al gran mundo, a los mejores hoteles, a las grandes recepciones. ¿Qué te falta? No me digas que no te has acostado con muchos hombres…

—A ti no te miento jamás.

—Sé que has tenido goces con diplomáticos, artistas, actores, deportistas.

—No lo niego. No soy ninguna ninfómana, pero sí una mujer totalmente liberada.

—Y muy experta en el Ananga-Ranga. —Suspiró una vez más, aquél no era un día alegre para él después de conocer lo ocurrido—. Confío en ti, Hanelore. Eres bella aún y los más exigentes en los placeres del sexo sabrían degustarte en lo que vales y posiblemente saldrías vencedora sobre muchas mujeres jóvenes y sobre todo, inexpertas. Aunque parezca una contradicción, tú, por ti misma, podrías hacerte muy rica ejerciendo la profesión de *madame* Claude como ninguna otra.

—¿Ves en mi destino el que me convierta en una alcahueta?

—No, porque estás conmigo. No digo que tú no me prepares diversiones, incluso para mis amigos o invitados, pero tú eres más que eso, mucho más. Tengo plena confianza en ti, ya lo sabes.

La mujer se sintió satisfecha por las palabras del multimillonario que con su poder, con su dinero, mantenía sus diversiones sádico

secretas al margen de la civilización en que le había tocado vivir.

—Mira, Lakai ha llegado.

El azor que se hallaba sujeto a la pared, sobre la chimenea que de ordinario caldeaba aquella estancia, siempre estaba con las alas abiertas, pero en aquel momento las tenía plegadas contra el cuerpo.

Aquélla era la señal silenciosa de que alguien quería entrar en la habitación, y no por la puerta normal.

Von Rachen abandonó su butaca que tenía mucho de trono y se acercó a un busto de Calígula realizado en bronce y que se hallaba sobre un pilar de mármol con autenticidad histórica romana. Metió los dedos en los ojos del busto y los hundió con fuerza.

Tras hundirle los ojos a Calígula, comenzó a desplazarse sobre un eje todo el conjunto de la chimenea.

En una angosta puerta allí oculta, apareció el sombrío Lakai. Como vestía sayo y capucha negra y el fondo también negro, sólo se le veía el pálido rostro, un rostro que rehuía la luz del sol. Las manos quedaban ocultas en las amplias bocamangas, cruzándose ambas delante de la cintura.

Lakai miró primero a Von Rachen, luego a Hanelore.

Ésta, con su intuición femenina, sabía que Lakai la deseaba. A ella le repugnaba y también le temía, pero se había dicho que jamás se lo dejaría entrever para que aquel fanático de la fidelidad al barón Von Rachen no tratara de dominarla.

Ella era capaz de cometer incluso crímenes, pero sabía que Lakai era capaz de todo si se lo ordenaba Von Rachen o si a él mismo se le ocurría pensar que con su actitud favorecía al barón.

Hanelore había decidido que el sadismo iba mejor para convertir a otros en víctimas. Lakai era un sádico y si una mujer caía en sus manos para gozar con ella, pobre mujer, por eso estaba decidida a no ser ella la elegida.

—Ahora voy, Lakai. Tú, Hanelore, ve a cumplir lo que te he ordenado.

Von Rachen aguardó a que la mujer saliera de la antecámara.

Después, él mismo cerró la puerta con llave para que nadie pudiera irrumpir en la estancia y siguió a Lakai por la estrecha puerta camuflada.

Ambos semejaban seres arrancados de otra época; Lakai con su

sayal y capucha y Von Rachen con la capa negra que solía usar cuando estaba en la isla.

Unos pilotos eléctricos, colocados equidistantes, iluminaban la pétrea escalera de caracol.

Discurrieron por un pasillo angosto donde olía fuertemente a humedad. Pasaron junto a puertas cerradas, detrás de cada una de las cuales había un aposento, de tal modo que podían irrumpir en cualquier alcoba o estancia de la mansión.

Resultaba muy difícil orientarse, pues no había señales ni indicativos frente a ninguna puerta y algunas de ellas eran trampas mortales para eliminar a los intrusos que se aventuraban por aquel corredor, si por casualidad alguien encontraba uno de los accesos secretos del mismo.

Los corredores se bifurcaban y aparecían nuevas escaleras.

Peldaño a peldaño se hundían más y más en las entrañas de la isla, lo que parecía increíble, pues en el centro de la isla y a un nivel considerablemente bajo, estaba el dolmen, cuando los monumentos megalíticos de aquel tipo solían colocarse en lugares preeminentes.

Cabía deducir que la isla debía haber tenido un cráter primitivamente y en el centro del mismo, había sido levantado el dolmen por seres que, de alguna forma, habían escapado del continente. Quizá la isla, millones de años atrás, fuera simplemente el volcán y al construir el dolmen y sobre él, todo lo demás, se debía a haber añadido tierra creando el montículo artificialmente. Después, se habían plantado árboles adaptados al clima. La isla no debía parecerse en absoluto a la isla primitiva, posiblemente nacida de una erupción volcánica submarina.

El hombre, con sus esfuerzos, con sus técnicas, con sus miedos atávicos e incluso por sus religiones, había ido transfigurando lo que podía haber quedado en un islote sin vida.

Desplazando un resorte, Von Rachen abrió otra puerta que les daba acceso a la capilla del dolmen, el embrión de cuanto se había construido en la isla y de donde parecía irradiar un extraño magnetismo.

La capilla se hallaba iluminada permanentemente por las antorchas alimentadas por gas y que imitaban a las antorchas medievales.

—Ahí está Spruhen.

Von Rachen achicó los ojos para escrutar mejor la estatua pintada que tanta sensación de realismo ofrecía. Cualquiera hubiera dicho que podía echar a andar de un instante a otro y lo mismo podía decirse de los seis perros que la rodeaban.

Su rostro impresionaba, era un rostro repugnante y agresivo, de ojos fríos, despiadados. Destacaba la gran cabellera leonada y descuidada a un tiempo y las fauces de los perros que parecían que fueran a cerrarse de un instante a otro.

—No es posible —musitó Von Rachen avanzando despacio por el interior del gran dolmen hacia el conjunto estatuario.

—Yo siempre he creído en él —dijo Lakai—. Spruhen siempre ha estado aquí, resistiendo el paso de los siglos, está más vivo que nosotros.

No exento de cierto recelo. Von Rachen se acercó a Spruhen y pasó su brazo entre aquellos perros negros de fauces enrojecidas y ojos inyectados en sangre que parecía que de un momento a otro iban a saltar sobre él.

Tocó el filo del hacha y luego se miró los dedos.

—Sí, no cabe duda, es sangre.

—Los enanos lo han visto, le han reconocido.

—¿Y las mujeres?

—Lo han descrito minuciosamente tal como es.

—Qué extraño… ¿Por qué atacar al inglés?

—¿Quién puede saber lo que hay dentro de la mente de Spruhen?

Von Rachen pasó su mirada del rostro de la estatua al de Lakai y por unos instantes se preguntó cuál de los dos era más extraño y peligroso.

Capítulo XVII

—ESTA isla parece bonita, tiene muchos árboles y todo está limpio y ajardinado, pero no me gusta —confesó Libby Oriana con sinceridad.

—Me parece que lo que no nos gusta es la gente que hay aquí.

—Sí, pero es que además noto algo extraño.

—¿Una corazonada femenina?

—¿Te burlas?

—No, no me burlo —respondió Slake T. Rollman mientras ambos paseaban por uno de los senderos que bordeaban los acantilados.

Había troneras con antiquísimos cañones de bronce que se mantenían como decoración y recuerdo de lo que habían sido en los tiempos que tuvieron que tronar para repeler los asaltos de los piratas.

—¿De veras crees en las corazonadas de las mujeres?

—Sí, creo.

—¿De veras? —insistió.

—La escéptica pareces ser tú.

—Es que como, generalmente, los hombres os burláis de estas cosas.

—Yo, no. Sé que hay algo más que lo racional, algo más que el dos y dos son cuatro, y vosotras, las mujeres, tenéis una sensibilidad distinta y llegáis a captarlo mejor y más rápido que nosotros. Es como si los hombres necesitáramos cerciorarnos más para aceptar un hecho y vuestra intuición es más rápida.

—¿Aunque a veces falle?

—Sí, aunque falle. Claro que los resultados que conseguís, son válidos para vosotras mismas. Para nosotros, la cosa es distinta; perderíamos demasiado tiempo tratando de averiguar el porqué de la corazonada.

Quizá esté equivocada, pero tengo la impresión de que esta isla atrae las tormentas.

—Pues la tarde es soleada. Ahora, cuando lleguemos al yate, le preguntaremos a Yago si olfatea la tormenta.

—Estará preocupado.

—No creo, Yago sabe esperar. Ser marinero es saber dejar pasar las horas sin romperse los nervios.

—Von Rachen me parece el perfecto anfitrión, pero un hombre intratable.

—Está demasiado seguro de poderlo todo.

—¿Le hablarás de Petrolino?

—Posiblemente no quede otro remedio. El rodaje quedó interrumpido a raíz de su sangrienta muerte.

—Petrolino me habló de este lugar y de su miedo a que Spruhen lo matara. Por lo visto, escapó de aquí y él también creía que éste era un sitio maldito.

—Pero ¿quién es Spruhen?

—Lo ignoro.

—Lo preguntaremos. Es muy extraño que Petrolino hubiera estado antes en esta isla, aquí hay que llegar en barco.

—Sólo sé lo que me contó cuando el miedo brotaba de sus ojos.

—Tendríamos que verificar las palabras de Petrolino.

—¿Cómo?

—Haciendo una pequeña investigación.

—Me temo que has dado en hueso.

—¿Piensas que nadie dirá nada?

—Así es. La isla está totalmente controlada, debe haber hasta micrófonos y telecámaras ocultas entre las piedras y los fetos. Von Rachen tiene dinero para podérselo montar todo a lo grande. Por cierto, tú no le conocías personalmente, ¿verdad?

—No.

—¿Trataste con sus representantes?

—Sí, con el director de una financiera que tuvo que reunir a su consejo de administración. Von Rachen está por encima de los consejos de administración; antes de que éstos tomen decisiones en sus reuniones, el presidente debe llamarle y esperar órdenes.

—¿Tan poderoso es?

—Sí, y hay otros hombres como él repartidos por el planeta. Son

tipos que creen estar por encima del bien y del mal que rige la conciencia del resto de los mortales.

—No me gusta nada.

—Vive como una especie de emperador, sin darse a conocer a la luz pública. Las revistas no hablan de él ni acude a las fiestas, a las grandes reuniones sociales. Debe manejar a toda esa gente de la *jet-society* como si fueran marionetas y sí debe acudir a las reuniones secretas de los poderosos que deciden las cuestiones de gran alcance entre países. Tipos como él mueven incluso a los estados, presionándolos con el poder del dinero.

—Entonces, ¿los hombres como Von Rachen son invulnerables?

—En cierto modo y desgraciadamente, sí, porque si cometen delitos que atentan contra las leyes concretas de algunos países, nunca los ejecutan por su propia mano. Jamás firman nada que les comprometa ni derraman una gota de sangre ni provocan escándalos. Ni siquiera son ellos quienes dan las órdenes directamente para que se cometan esos delitos fiscales o de abuso de poder. La orden siempre llega de otro país y al que la da no se le puede poner la mano encima y mucho menos al que todavía está más lejos, es decir, a Von Rachen.

—Es horrible que haya gente que no se someta a ninguna ley.

—Digamos que tienen muchos resortes para escapar a la justicia. Si cometen algún delito por su propia mano será porque se sientan muy acorralados o porque se hallen en un país donde la justicia sea sobornable a nivel de la máxima jerarquía y, desgraciadamente, quedan muchos países así en el mundo.

—¿De veras confías en que te dará dinero para el rodaje de la película?

—No lo sé. Unos millones no significan nada para él, todo depende del capricho.

—Si sus consejeros le hablan mal del rodaje de la película, de lo sucedido a Petrolino…

—Si él quisiera, aunque le hablaran mal invertiría dinero. No hemos venido a pedirle una dádiva, sino a que termine la inversión ya comenzada. ¿No crees que hasta resulta extraño que se haya gastado una gran suma, por lo menos para el concepto que yo tengo del dinero, y luego ¡zas!, corte el grifo y a olvidarse, como si la película hubiera dejado de existir?

—Sí, es muy extraño, pero en un hombre como Von Rachen puede ocurrir eso, no es posible que controle directamente todos los negocios que dependen de su fortuna.

—Sí, eso es lo que cabría suponer, pero yo me temo que miente.

—¿Miente?

—Sí.

Lo miró directamente a los ojos para luego inquirir:

—¿Por qué piensas que podría hacer una cosa semejante?

—No lo sé, me faltan datos, pero terminaré averiguándolo. Creo que sabe muy bien lo que ocurrió en el rodaje de la película Pánico en el circo, no ha sido un negocio más para él, un negocio del que ni siquiera tenga noticias.

—¿Por qué mentir, entonces?

—Si es cierto lo que pienso, algún motivo habrá. De todos modos, veremos qué tal responde.

—Mira, Slake, ¿qué es aquello? —señaló Libby.

—Parece un pie humano.

Se apartaron del camino para adentrarse peligrosamente entre las rocas que formaban la pared del acantilado. Quince o veinte metros más abajo, las olas batían casi furiosas.

Había mar rizada y la espuma subía entre las rocas donde se adherían los moluscos de cantos cortantes.

—Lleva zapatillas deportivas —observó Libby.

—No te muevas de aquí, voy a bajar un poco —le dijo Slake.

—No te arriesgues. Será mejor avisar a Von Rachen y que sus hombres vengan con cuerdas.

—No temas. Ya sé que tú tienes más equilibrio que yo, pero no temas.

Se dejó resbalar ligeramente entre unas rocas, descendiendo.

El lugar era peligroso.

El viento azotaba con fuerza aquellas rocas que, sin duda alguna, eran de origen volcánico, con miríadas de perforaciones causadas por los seculares goteos del agua marina que llegaba hasta lo alto los días de oleaje bravío.

El pie sobresalía entre unas rocas, cuatro o cinco metros por debajo de donde estaba Slake.

Las olas no llegaban hasta aquel lugar, pero casi cada doce batidas del oleaje, una de las olas se encrespaba más que el resto y

ascendía, como pretendiendo llegar al sendero sin conseguirlo. Era evidente que aquél era un sitio muy peligroso. Una embarcación perdida podía ser empujada hacia el acantilado rocoso y quedar destrozada.

Hundió sus dedos, casi convertidos en garras de acero, entre las rocas para no caer al fondo donde sin duda alguna le aguardaría la muerte.

—¡Ten cuidado, Slake! —le gritó Libby desde el sendero, muy preocupada. Conocía muy bien los riesgos que entrañaba mantener el equilibrio en el vacío, no en vano llevaba muchas horas caminando sobre el alambre tenso ante millares de ojos pendientes de su grácil cuerpo.

Slake notó sobre su cara y sus manos las primeras gotas de agua marina, agua salobre.

Llegó junto al pie que emergía entre la unión de dos rocas. Había quedado allí atrapado, como un gancho que se negara a pasar entre las rocas que formaban un abultamiento que impedía ver lo que quedaba bajo ellas. Slake se pegó a las rocas como si de un cangrejo marino se tratara y asomó su cabeza al vacío.

—¡Cuidado, Slake!

Libby le gritaba angustiada, tratando de vencer al fuerte rumor, casi fragor, de las olas batiendo contra el acantilado, olas que se encrespaban más, como encolerizadas, al ver que alguien trataba de profanar sus intimidades.

Slake T. Rollman, por ser un productor ejecutivo del mundo del cine, estaba hecho a muchas sorpresas; sin embargo, su capacidad de asombro quedó superada en aquellos momentos en que, cabeza abajo en el abismo, descubrió el cuerpo de un hombre, desconocido para él.

Colgaba entre las rocas, suspendido de aquel pie que había quedado atravesado. Los ojos abiertos estaban ya vidriosos.

Slake comprendió de inmediato que ya nada podía hacer por él y en la situación en que se hallaba, él solo no podía sacar el cadáver de donde estaba.

El hombre era rubio, delgado, vestía un chándal amarillo de deporte.

El horror estaba en las grandes heridas que tenía su cuerpo, cortando incluso la tela del chándal, parecía una res casi abierta en

canal.

El rostro mostraba tres cortes, tan profundos, que lo abrían por completo, desfigurándolo, pues habían llegado a partir la dura calavera ósea. Incluso, faltaba una de las manos, cercenada más arriba de la muñeca.

—¡Cuidado, Slake!

El grito de Libby llegaba tarde. La joven había visto levantarse una ola por encima de las demás, una ola cargada de malignidad y que llevaba más fuerza que las anteriores.

Quienes conocían bien el mar, sabían de estas olas que destacaban sobre sus hermanas de forma sorprendente para hacer daño, para llegar más lejos.

La ola subió por encima de las rocas y envolvió a Slake, de tal modo que parecía una mano gigante tratando de arrancarlo de la roca para hacerlo desaparecer en las aguas.

Slake sintió en todo su cuerpo el terrible tirón, aquella fuerza que era capaz de filtrarse entre la unión de los dedos. En décimas de segundo comprendió que podía desaparecer para siempre.

Libby se llevó las manos a la boca, todo ocurría en breves instantes.

Al ver replegarse la gigantesca ola, temió que el cuerpo de Slake hubiera desaparecido, pero la poderosa ola, que semejaba haber tenido que realizar un gran esfuerzo para llegar hasta el hombre e intentar engullirlo, como si se tratara de un monstruo con vida propia, se retiró, vencida.

Slake, agarrado a las rocas plagadas de aristas y pequeños agujeros, diminutos cráteres en los que nacían los líquenes, retrocedió chorreando agua como si acabara de zambullirse en las profundidades. Trepó entre las rocas hasta llegar al sendero donde Libby le tendió la mano.

—¿Quién es?

—No lo sé, pero está muerto. Es rubio, viste chándal y parece despedazado por las rocas, aunque cualquiera que no lo hubiese encontrado ahí, colgado en el acantilado, diría que lo han matado a hachazos.

—Tenemos que comunicárselo a Von Rachen para que rescaten el cuerpo. Ellos sabrán quién es, pero antes, debes cambiarte de ropa, estás empapado.

—Sí, es lo mejor. ¿Puedes hacer *footing*?

—Sí, claro.

—Descenderemos hasta el superdragón, allí me cambiaré y de paso, hablaremos con Yago. Después, iremos a darle la mala noticia a Von Rachen.

—¿Crees que ha sido un accidente?

—No lo sé, ya lo averiguarán. Vamos, tengo frío con este viento, el agua está helada.

Ambos iniciaron el paso atlético en dirección al espigón que había formado aquella pequeña ensenada protegida del oleaje de alta mar donde los yates como el Siroco tenían dificultades para maniobrar.

Una masa oscura, demasiado oscura, descendía por el horizonte del norte, sin que ellos se percataran de su presencia. Una bandada de gaviotas, que chillaban casi histéricas, salieron de entre los acantilados donde anidaban y pasaron por encima de ellos volando muy bajo.

Capítulo XVIII

LEVANTÓ el vaso de cristal tallado que contenía *whisky* con hielo y bebió un poco de él. Von Rachen permanecía ceñudo, preocupado. Tenía la impresión de que los hilos con que solía manejarlo todo con suma facilidad se le escapaban de las manos y no sabía bien cómo ni por qué.

Sonó el timbre del teléfono que tenía encima de un mueble, un aparato de modelo antiguo para conjugar con el resto de la decoración. Lo descolgó.

—¿Sí?

Sabía que bastaba su tono de voz para que le identificaran de inmediato.

—Soy Chandler —dijo la voz al otro lado del hilo.

—¿Qué sucede? —inquirió, después de tomar otro sorbo de *whisky*.

—Tenemos fuerte interferencia con la radio.

—¿Se ha estropeado?

—No exactamente. Tenemos muchas interferencias, recibimos más o menos bien, pero no se nos escucha.

—¿En ninguna parte?

—Eso parece. Nadie responde a nuestras llamadas, es como si nuestra señal no saliera por antena.

—¿Se habrá roto la conexión con la antena exterior?

—No lo creo, no obstante lo revisaremos. Ni siquiera se oye bien la emisión desde el Siroco.

—Si está en la isla… Con un simple *walkie-talkie* se oiría bien.

—Sí, pero algo debe ocurrir, es como si hubiera una tormenta magnética en torno a nuestra antena. Ya sabe que esta isla tiene extrañas radiaciones que se reproducen de vez en cuando.

—Arreglad ese asunto enseguida, no me gusta quedarme incomunicado en la isla.

—Nos ocuparemos de ello, pero me parece que las interferencias sin externas, no provienen de nuestros aparatos de emisión.

—¿Y a mí qué me importa? Arregladlo. Compré el mejor emisor que me ofrecía la electrónica, incluso puedo telefonear a cualquier parte del mundo vía satélite. ¿Qué diablos pasa ahora?

—No se preocupe, barón, veremos de solventarlo; quizá esas interferencias pasen cuando se disipe esa extraña niebla que ha invadido la isla.

—Bien, que alguien vaya al Siroco y desde él intente comunicarse con el mundo exterior.

—De acuerdo. ¿Y qué hacemos con el muerto?

—Meted al inglés en una caja, llevadlo al Siroco y ponedlo dentro de un congelador.

—¿Para qué?

—No sé, para que no se descomponga demasiado aprisa, su mujer querrá enterrarlo.

—Si lo llevan a Inglaterra, habrá problemas, la justicia inglesa es muy dura.

—Pues, arrojadlo al mar, diremos que se cayó por la borda en aguas internacionales. Su propia mujer firmará como testigo de su desaparición, no creo que quiera decir lo contrario.

—Lo que usted ordene, Von Rachen.

El barón colgó el teléfono. Miró el vaso, como escrutando su contenido, quizá tratando de adivinar el porvenir a través de él. Luego, gruñó:

—No me gusta nada.

Hanelore apareció en la antecámara donde solía refugiarse Von Rachen y desde cuyos ventanales podía controlar el puerto, aunque ahora no era visible por la densa niebla que había cubierto la isla. El viento semejaba haber cesado.

—Traes mala cara, Hanelore. ¿Qué pasa?

—Nada, nada importante… Hemos servido bebidas calmantes a las invitadas. La suiza y la inglesa ya están medio sedadas en el claustro, viendo una película antigua en la pantalla gigante de video.

—Bien, bien, que se distraigan. —Volvió a beber *whisky*. Al observar que casi se acababa, tomó la botella también de cristal tallado y volvió a escanciar licor dentro del vaso—. ¿Y el suizo?

—No lo hemos visto.

—Ya volverá. No creo que se haya perdido entre la niebla. Bueno, esos tipos son tan metódicos en sus reglas que si les toca pasear, pasean aunque esté lloviendo.

—El que me preocupa es Kinnbacken.

—¿Kinnbacken, por qué?

—No aparece.

—¿Qué?

—No se le encuentra por ninguna parte. Debía estar en las alcobas de los enanos y allí no está, tampoco hemos encontrado a Antoinette.

Von Rachen achicó los ojos, amenazador.

—Hanelore, tú me ocultas algo. Vamos, suelta la lengua.

A la alemana no le gustaba ser tratada de aquella forma, pero se sometió.

—He buscado a Kinnbacken por todas partes y no está.

—Si no se ha tirado al mar, ha de estar, porque la isla no tiene ninguna posibilidad de huida salvo que se esconda dentro de un yate como hizo Petrolino, pero ningún yate ha zarpado, porque el de los peliculeros sigue abajo, en el espigón.

—Suponemos que se habrá escondido en algún rincón. Ese Kinnbacken es muy especial dentro de lo raro, es distinto a los otros enanos.

—¿Has preguntado a Lakai?

—Sí.

—¿Y?

—No sabe nada de él, dice que lo creía totalmente sometido. Además, tampoco cree que pueda haber ido lejos, sus piernas son tan cortas que no puede correr y aun caminando, es muy torpe.

—Lakai le encontrará, nadie como él conoce los laberintos de la isla, sus senderos junto a los acantilados y los túneles que la perforan. Lakai es casi el alma viviente de la isla Saturn.

—¿Lakai? Yo creí que era Spruhen.

—Spruhen es el símbolo, es el miedo, ya hablaremos más de él en otro momento.

—¿No será Lakai el que se ha hecho pasar por Spruhen para asesinar a hachazos al inglés?

Von Rachen no esperaba una pregunta tan directa por parte de

Hanelore.

—¿Lakai? ¿Por qué había de cometer ese asesinato que yo no le he ordenado?

—Porque quizá esté más loco de lo que aparenta.

Más pensativo que inquisidor. Von Rachen repitió:

—¿Loco?

—Sí.

—Lakai es imprescindible para controlar a los enanos.

—¿Y por qué no prescindes de los enanos?

Von Rachen se revolvió hacia Hanelore, incrédulo ante lo que acababa de oír.

—¿Prescindir de mis bufones? No, eso jamás. Ellos me proporcionan auténtica diversión, gracias a ellos me río a costa de los invitados que escojo, los bufones humillan a quienes deseo someter. Cumplen la misma misión que cumplían cuando existían en las cortes de los reinos europeos medievales y quiero que Kinnbacken aparezca. Su inteligencia le hace superior a los demás y él puede organizarme las mejores diversiones. Incluso, a la larga, si sucediera algo a Lakai, Kinnbacken podría sustituirle.

—No creo que eso pueda ser.

—¿Por qué?

—Kinnbacken jamás te será tan fiel como lo es Lakai.

—Quizá llegue a convencerlo, hace falta tiempo para eso. Ahora estará resentido y se habrá escondido en algún agujero de mi mansión, hay demasiados recovecos donde un enano puede ocultarse, pero ya saldrá cuando tenga hambre. No me preocupa demasiado, lo malo es que se haya caído al mar.

—Sobre eso también quería hablarte.

—¿Algo más?

—Sí.

—Pues, dilo ya.

—Buscando a Kinnbacken, he preguntado a las enanas.

—¿Y?

—Al principio no querían hablar, están aterrorizadas.

—¿Más aún?

—Sí.

—¿Por qué?

—Temen a Kinnbacken.

Von Rachen soltó una corta carcajada, era la primera vez que reía aquel día. Levantó su vaso de *whisky* y dijo:

—Sabía que lo conseguiría. Llega y después de haberlo sometido Lakai en la mazmorra para bajarle los humos, él se recupera e impone el miedo en las enanas. ¿Acaso les ha mostrado sus atributos masculinos? —Y volvió a reírse sonoramente.

—Kinnbacken ha ido a visitar a Bianca.

—¿Kinnbacken, ese monstruo de fealdad? —Y volvió a reír.

—Es lo que parece.

—Otra vez la historia de la bella y la bestia, ¿eh?

—Más o menos.

—Es una historia que se repite a lo largo de los siglos, lo más bello acaba siendo amado por lo más feo.

—Y luego, ocurre a la inversa.

—Bah, no creo que Bianca, con lo fina y delicada que es, llegue a enamorarse jamás de ese horrible enano.

—De momento, él se ha enamorado de ella.

—Entonces, podemos utilizar a la bella Bianca para domesticarlo a él. Será magnífico convertirlo en un borreguito a través de Bianca. No había pensado en esa posibilidad… Ella no es tan inteligente como él y, como perrita hambrienta, se adaptará a la nueva situación si tú la sabes llevar.

—Yo no lo veo tan sencillo; además, ella ha enfermado.

—¿Enfermado?

—Sí, tiene fiebre. Por lo visto, Lakai la trató demasiado mal en la mazmorra, no se dio cuenta de que Bianca es muy delicada.

—Vaya. ¿Y qué se puede hacer? Si hace falta, haremos venir a un médico, no quiero que esa linda muñequita humana se muera.

—Ya he pensado en utilizar a Bianca como cebo para localizar a Kinnbacken.

—Magnífico, magnífico, creí que todo iba a salirme mal.

—La que falta es Antoinette.

—¿Antoinette?

—Sí. Según me han contado las otras enanas, Antoinette, después de mirar el anillo que llevaba Kinnbacken, se ha arrojado por la ventana y ha desaparecido en el acantilado.

—¿Eso está comprobado?

—Las enanas aseguran que es cierto.

—¿Y Bianca?

—Estaba allí, en su cama, pero con fiebre y no se ha enterado de nada. Antoinette no aparece por parte alguna y por la excitación de las otras dos, sí parece que se ha lanzado al mar desde la ventana, por el lado del acantilado. Siempre he pensado que esa ventana era peligrosa. Las que están encaradas al mediodía, miran hacia los jardines y el puerto, pero las del lado norte quedan suspendidas sobre los acantilados y si alguien cae allí, entre las rocas y las olas, desparece en breves momentos.

—De modo que Kinnbacken ha comenzado a emplear sus poderes y ha eliminado a una de las enanas que posiblemente le estaría molestando… Bien, bien, ya encargaré unas rejas adecuadas para esa ventana.

—¿Cómo es posible que Kinnbacken tenga el poder suficiente para conseguir que alguien se arroje al abismo por una ventana?

—No lo sé. Si le encontramos, se lo preguntaremos.

Capítulo XIX

—PARECE increíble la niebla que tenemos —comentó Libby Oriana al abandonar el yate superdragón.

—No se ve nada a dos metros —rezongó Slake. Se había provisto de una linterna, con cuya luz no conseguían ver gran cosa.

—Es que no se ve ni el Siroco.

—Es cierto, no se ve ni el gran yate.

—Yo no veo ni las luces de la mansión. ¿No nos perderemos?

—La isla no es tan grande como para perderse; a lo sumo que podemos llegar es a dar un rodeo de media hora. Si seguimos esta pista asfaltada, no podemos perdernos.

Ambos se habían provisto de buenos jerséis de lana; con la niebla, el frío había aumentado. Vestían también gruesos pantalones oscuros y cualquiera, al verles, hubiera pensado que iban camuflados para la noche, aunque no habían escogido los colores de sus ropas para que se les viera menos, había sido simple casualidad.

Slake T. Rollman iluminaba el asfalto para no salirse de la carretera que unía el espigón del puerto con la entrada de la mansión.

La pista, ascendente, se introducía por el bosque artificial, pues allí los árboles no habían crecido espontáneamente, sino que habían sido plantados por expertos jardineros.

—Es impresionante este silencio, ¿verdad?

—Sí —admitió Slake—. Estas nieblas densas son habituales en la mar, especialmente en el atlántico Norte y en el Báltico, pero en cualquier parte pueden aparecer.

—Como ya caía la tarde, ha oscurecido de golpe, no veo nada, ni los árboles.

De pronto, un fuerte graznido, lanzado muy cerca de ellos, la sobresaltó.

—¿Qué es eso? —preguntó Libby, acercándose más a su

compañero.

—Parece un cuervo —respondió Slake.

—¿Aquí hay cuervos?

—En su estado natural, no creo, pero quizá los ha importado Von Rachen. Es un multimillonario tan excéntrico que podríamos encontrar aquí las cosas más raras, aunque ahora estoy pensando en algo que me desconcierta.

Para mitigar el miedo que le causaba aquella impenetrable oscuridad que les cercaba, la joven preguntó, interesada:

—¿De qué no estás seguro?

—Del cadáver.

—¿Te refieres al hombre que has visto en el acantilado?

—Sí.

—No entiendo.

—He visto el cadáver y ha sido horrible, ya te he dicho que parecía muerto a hachazos, aunque imagino que se ha causado todas aquellas heridas al caer entre las rocas, pero ahora me asalta una duda.

—Sigo sin entender.

—¿Y si hubiera sido un muñeco?

—¿Un muñeco? —repitió Libby, desconcertada, pero sin dejar de caminar, ansiosa por llegar cuanto antes a un lugar protegido, con luces propias.

—Si ese multimillonario loco es tan excéntrico, podía haber colocado allí un muñeco para asustar.

—¿A quién?

—Pues, al primer imbécil que se arriesgara a ver lo que era, como yo he hecho. He estado a punto de matarme y he tenido que retroceder, pero luego, después de meditarlo, me digo que podría tratarse de un muñeco hecho con plásticos blandos.

—Entonces, ¿crees que a lo mejor no es un cadáver?

—Ahora volvería a observarlo con más atención antes de dar la voz de alarma.

—¿Y no vas a decir nada?

—Sí, pero con cuidado. Posiblemente estén esperando para reírse de nosotros aunque, al fin y al cabo, da lo mismo si lo hacen.

—Si no te da dinero para seguir adelante con el rodaje, lo mejor sería marcharse de esta isla.

—No te gusta, ¿verdad?

—No, hay algo malsano aquí.

Llegaron frente al atrio de la mansión, casi tropezaron con los peldaños de la entrada.

La puerta no estaba cerrada con llave, no parecían temer la llegada de ningún intruso. Entraron. Dentro había luces encendidas, pero no demasiadas, sólo las justas, luces piloto para poder deambular de un lado a otro sin tropezar con muebles ni paredes.

Se encontraron con Hanelore que descendía por la amplia escalinata central, pues la parte frontal de la mansión había sido edificada después del monasterio que quedaba más atrás, con el claustro que ahora constituía una bella piscina climatizada, con un jardín invernadero donde no faltaban los pájaros exóticos.

—¿Dónde estabais?

Libby explicó:

—Nos hemos mojado y hemos ido a cambiarnos de ropa.

Hanelore la miró despectiva.

—¿Y con esa ropa piensas acudir a la cena?

—Bueno, no me he traído vestidos de noche. Estoy de turismo marinero.

—Unos pantalones y un jersey. ¿Y tú también? —preguntó, mirando a Slake.

—¿Acaso tenía que venir de *smoking*?

—Bueno, hoy en día se pierden las buenas maneras y la elegancia en todo el mundo. Hasta las princesas acaban haciéndose chaquetas de arpillera.

—Por estupidez e hipocresía —criticó Libby—. Por dentro las forran de visón.

—Sí, claro. Dentro de una hora cenaremos. Tenemos un guardarropa bastante extenso para los invitados, seguro que os irá bien algo de lo que hay.

—¿Y Von Rachen? —preguntó Slake.

—Durante la cena lo veréis.

—Quisiera verlo antes —apremió Slake.

—Ahora está muy ocupado.

—No quisiera perder mucho tiempo en esta isla. Si no va a ceder con la inversión en el rodaje, me largo.

—Nos vamos —puntualizó Libby.

—¡Hanelore, Hanelore!

Aparecieron las cuatro hermosas muchachas, *misses* convertidas en prostitutas por su ambición de conquista de la *high-life* internacional a través de sus cuerpos, cuando la mayoría de ellas sólo terminaban conquistando una habitación en un burdel.

—¿Qué sucede, por qué ese griterío?

—¡Chandler, Chandler!

—¿Qué pasa con Chandler?

—¡Está arriba! —gritó una de ellas.

—¿Y qué?

—¡Está muerto!

—¿Muerto, seguro?

—¡Sí, lo hemos visto!

La alemana subió las escaleras rodeada por las asustadas muchachas, en cuyos rostros se reflejaba el miedo. No parecía tratarse de una broma de mal gusto.

Slake aceleró sus piernas para ponerse a la altura de Hanelore y Libby les siguió.

En el corredor alto, no tardaron en encontrar una puerta abierta. En el suelo había sangre en abundancia.

Hanelore se detuvo, como intuyendo la tragedia.

Slake empujó la puerta y tendido en el suelo, descubrió a Chandler, aquel hombre que apretaba con tanta facilidad el gatillo de una metralleta.

Tenía el rostro abierto de un hachazo en horizontal, partido por encima de la mandíbula y era horrible mirarlo. El cuerpo tenía más tajos, igualmente bestiales y profundos. Un brazo aparecía también medio cortado.

—Igual que el otro —mascullo.

Muy pálida, casi sin voz, Hanelore inquirió:

—¿Qué otro?

Las *misses*, dedicadas por entero a la exhibición y uso de sus cuerpos, estaban fuera junto a Libby, la cual se acercó a la puerta.

—¿Sabes cómo me he mojado?

—No.

—Tratando de averiguar qué había detrás de un pie atrapado entre las rocas.

—No sabía nada.

—Es que todavía no hemos dicho nada —explicó Slake—. Quería hablar con Von Rachen para contárselo.

—Pero ¿has visto a alguien?

—Sí, a un hombre rubio vestido con chándal amarillo.

—Pierre Saugend…

—¿Un invitado de tu patrón?

—Sí, es un banquero suizo.

—Pues, era, ha muerto de forma parecida a éste. Creía que los tajos se los había hecho al caer por las rocas, aunque he llegado a temer que podían haberlo asesinado a hachazos. Al ver este cadáver, ya no me cabe ninguna duda.

—Es terrible, tendré que hablar con Von Rachen —dijo Hanelore, y cerró la puerta para que no se viera más aquel cadáver.

—Tenemos que hablar todos. Parece ser que hay un loco psicópata que le da al hacha con espeluznante facilidad —gruñó Slake.

—¡Quiero irme de aquí, quiero irme! —empezó a chillar una de las cuatro jóvenes *misses*, dispuestas a darlo todo de su cuerpo menos la vida.

—¡Yo también quiero marcharme! —gritó otra.

Hanelore avanzó hacia ellas y a las dos que habían chillado las abofeteó con una dureza que sorprendió a todos.

Cuando Slake hizo ademán de intervenir, ya había acabado todo y las dos abofeteadas habían humillado sus rostros y sollozaban.

—Id a la piscina y allí nos reuniremos todos antes de cenar. Quizá después de esto la cena se retrase un poco.

Las muchachas, en grupo, se alejaron sin protestar ni decir nada más. Hanelore había demostrado poseer una mano muy dura.

Hanelore se encaró con Slake y con una fría sonrisa, le dijo:

—Si vas a preguntarme si era necesario esto, te diré que sí. No es bueno que en sucesos semejantes nos dejemos llevar por el histerismo.

Libby musitó:

—Habrá que avisar a la policía.

—¿A qué policía? —interrogó la alemana, despectiva.

—Esta isla dependerá de algún país.

—Esta isla es propiedad de Von Rachen, aquí no hay más ley

que la suya.

Ni a Libby ni a Slake les gustó aquella respuesta. La isla debía pertenecer a alguna nación concreta, pero quizá Von Rachen tenía sobornadas a las autoridades correspondientes para que no osaran molestarle.

Hanelore echó a andar y Slake y Libby la siguieron, pero la alemana se volvió para decirles:

—Podéis ir a vuestras habitaciones, yo hablaré antes con Von Rachen.

—Yo también quiero hablar con él —objetó Slake—. Si hay un asesino suelto, debemos capturarlo entre todos antes de que alguien más muera.

—Primero hablaré yo —insistió Hanelore, estirándose. Slake se adelantó hacia ella y silabeó:

—No estarás pensando en tratarme a mí como a esas infelices, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—Porque yo no soy ningún niño manejable, aunque tú seas una gobernanta muy dueña de ti misma.

—Voy yo sola.

—Vamos los dos.

La mujer disparó su diestra con una velocidad más propia del ataque de un reptil y ante la sorpresa de Libby, el rostro de Slake resultó abofeteado.

No cabía duda de que Hanelore tenía experiencia de mando y era muy dominante, pero se equivocó con Slake, porque éste disparó su mano y le bastó una bofetada para que la alemana perdiera el equilibrio y se fuera contra la pared.

Cuando medio se recuperó, el labio le sangraba.

El hombre, que sentía arder sus dos mejillas, le dijo a Hanelore que había perdido su arrogancia:

—Hay momentos en que la histeria debe cortarse con un bofetón. Ahora, llévanos a ver a Von Rachen.

La tomó del brazo. Hanelore se sacudió la mano y echó a andar y no se detuvo hasta hallarse frente a una puerta a la que llamó con los nudillos.

La puerta terminó abriéndose y en el umbral apareció la figura alta, rubia y muy corpulenta del barón Von Rachen.

—¿Qué ocurre?

Hanelore tenía una mejilla pálida y la otra, completamente roja, pues aún acusaba la durísima bofetada que le propinara Slake.

—Von Rachen, venimos a saber algo más de ese asesino del hacha que anda suelto.

—¿Les has dicho lo del inglés? —inquirió Von Rachen, empequeñeciendo sus pupilas al mirar a la alemana.

Hanelore apretó los labios. Slake se adelantó para preguntar:

—¿No era suizo?

—Hanelore —bramó Von Rachen—. ¿Qué significa esto?

—Será mejor que entremos y hablemos con calma —pidió Hanelore—. Las muchachas están muy asustadas.

Los cuatro quedaron dentro de la antecámara de Von Rachen, el cual mantenía sus cejas muy fruncidas.

—¿Queréis un *whisky*?

—No, gracias, ésta no es una visita social —rechazó Slake—. Un asesino psicópata anda suelto con un hacha y ya he visto dos cadáveres.

—¿Dos? —repitió Von Rachen.

Hanelore, sintiéndose interrogada por la mirada del hombre que la tenía a su servicio, explicó:

—Ha aparecido el cadáver de Chandler.

—¿También él?

—Sí.

Libby puntualizó:

—Tengo la impresión de que los muertos no son dos, sino tres.

—Un inglés, un suizo y Chandler —concretó Slake—. ¿Hay más cadáveres?

—Esta situación me tiene muy preocupado —confesó Von Rachen, sentándose en su butaca que casi parecía un trono.

Tenía la botella de *whisky* a su alcance y también su vaso de cristal tallado. Se escanció una buena cantidad y mientras bebía, Slake le preguntó:

—¿Qué piensa hacer, va a pedir que venga la policía?

—La radio no funciona.

—¿Y la del yate? —preguntó Libby.

—Tampoco, tenemos muchas interferencias, no sé bien lo que pasa. La verdad es que esta isla es un poco especial, lo de las

perturbaciones de las ondas de radio no es la primera vez que ocurre.

—Y mientras tanto, anda por la isla un loco provisto de un hacha con la que asesina a todo aquel que tropieza con él —se lamentó Libby.

—Tengo la impresión de que sé quién es.

—¿Quién? —inquirió Slake.

—No voy a decírtelo.

—Tenemos que saberlo —insistió Slake.

Von Rachen estaba muy preocupado, por ello contestó:

—Creo que se trata de un viejo servidor. Siempre ha estado un poco chiflado, quizá algo le haya perturbado del todo.

—Pues hay que encontrarlo, maniatarlo y entregarlo a la policía —le dijo Libby.

Hanelore confesó:

—Se trata de Lakai.

—Sí, no puede ser otro —admitió Von Rachen—. Debe haberse vuelto loco de remate.

—¿Qué misión concreta tiene ese hombre? —quiso saber Slake.

—La de cuidar de los enanos. No sé si lo sabréis, pero tengo aquí recogidos a unos enanos. Viven opíparamente y no tienen nada más que hacer que divertirme. Soy un sentimental y les ayudo para que no tengan que ganarse la vida por ahí en los circos.

—¿Como Petrolino? —preguntó Libby.

Aquella pregunta le valió que Hanelore y Von Rachen la observaran con inquietud.

—¿Qué sabes de Petrolino? —Gruñó Von Rachen, tomándose otro trago de *whisky* con extraordinaria rapidez.

—Sé que murió despedazado en el circo cuando se estaba rodando la película que usted financiaba.

—Yo no sabía nada de esa película —rechazó Von Rachen con su voz gruesa, chasqueando la lengua después de beber.

—¡Miente! —le acusó Slake.

—¿Cómo?

—Estoy seguro de que sabía muy bien que la estaba financiando y que por alguna razón dejó de financiarla. Ahora, intuyo que la causa debió ser la muerte de Petrolino, el enano payaso.

—Me informaron de que la película sería un fracaso y no quise

exponer más dinero.

Libby intuyó que lo estaban acorralando y se le ocurrió decir:

—Petrolino me lo contó todo.

—¿Todo, qué es todo?

Hanelore, muy preocupada, no apartaba sus inquisitivos ojos de Libby Oriana.

—Me dijo que había estado en esta isla.

—¿Ah, sí? —rezongó Von Rachen, escudando la mitad de su rostro tras el vaso, como no queriendo que sus facciones, cualquier gesto de su cara, le delatase—. ¿Y qué más te dijo?

—Que Spruhen quería matarle.

—¿Spruhen? —repitió Von Rachen.

—Sí, Spruhen. No lo entendí muy bien porque no sabía de qué me hablaba; ahora he comenzado a comprender.

—No habréis venido a Saturn para investigar la muerte de ese enano, ¿verdad? —preguntó Hanelore, tratando de ayudar a Von Rachen al verle un tanto acorralado.

—Hemos venido a conseguir que el rodaje no quede interrumpido para siempre, pero, por lo visto, la muerte de Petrolino tiene mucho que ver con lo que pasa aquí.

—Yo no veo tantas concomitancias —replicó la alemana—. Petrolino murió despedazado por unos perros y aquí los asesinatos se han cometido a hachazos.

—De modo que sí sabes cómo murió Petrolino —le dijo Libby en tono acusatorio.

—Vosotros lo habéis contado.

—No hemos dicho cómo murió —replicó Libby.

—¡Basta, basta! —gritó de pronto Von Rachen. Levantándose, arrojó su vaso de *whisky* al interior de la chimenea donde se hizo añicos y el licor ardió entre los leños—. No voy a tolerar que vengan a acusarme en mis propios dominios. Tengo un criado que se ha vuelto loco, eso es todo, un criado llamado Lakai. No sabía que pudiera cometer semejantes barbaridades, siempre ha sido un poco raro, va vestido como un monje medieval con sayal y capucha negra, nunca ha estado muy bien de la cabeza, pero le creía más sensato, por ello le tenía al cuidado de los enanos. Lo encerraremos y lo dejaremos listo para ser interrogado.

—¿Cuándo? —preguntó Libby.

—Pues, enseguida, esta misma noche.

—Empecemos a buscarlo —propuso Slake.

—No, ahora no, sería una torpeza. Él siempre vive aquí, conoce la isla mejor que nadie y puede estar oculto en cualquier rincón, esperando a que pase alguien y si está fuera de la mansión, tampoco le encontraremos, hay demasiada niebla, no se ve nada.

—Si ese loco anda suelto, todos corremos peligro —protestó Libby.

—Llamaré al yate Siroco, allí están dos de mis hombres. Tienen armas y saben emplearlas. Cuando vean a Lakai, se ocuparán de él.

—¿Los llamo? —preguntó la alemana.

—Sí, diles que quiero hablarles, es urgente. Lakai se ha vuelto demasiado peligroso, ha matado a dos de mis invitados y a Chandler y puede seguir matando.

—Tenía que haber dado ya ese paso al descubrir el primer cadáver —le reprochó Slake mientras Hanelore se acercaba al aparatoso teléfono, lo descolgaba y marcaba un número.

Se llevó la bocina de escucha al oído y entonces, ocurrió lo imprevisto.

Una fuerte explosión llegó claramente hasta ellos y todos quedaron sorprendidos, mirando hacia las ventanas. Slake se acercó a una de ellas y pese a la densa niebla, pudo ver un fuego.

—Creo que el yate ha estallado. ¿Llevaba explosivos a bordo?

—¿Explosivos, para qué? —replicó Von Rachen. Corrió hacia las ventanas haciendo volar su gran capa negra.

—Pues el yate ha estallado y lo malo es que el mío estaba cerca. Tendré que bajar corriendo, a ver qué puede hacerse para salvarlo.

—¡Slake! —gritó Libby.

Slake ya se alejaba corriendo.

Capítulo XX

EL grupo de enanos convertidos en bufones del barón Von Rachen, el cual se había olvidado deliberadamente del paso del tiempo, se hallaban en la sala de juegos, caldeada por la gran chimenea donde ardían unos troncos de roble.

Formaban un conjunto anacrónico, esperpéntico.

No había alegría en sus ojos, ni siquiera fingida. Ningún huésped y tampoco los que consideraban sus amos y señores, les contemplaban.

Allí había butacas más propias de los salones de Versalles y sobre ellas destacaba una que casi era un trono y en la cual nadie se atrevía a sentarse porque estaba destinada única y exclusivamente al todopoderoso Von Rachen.

Las paredes estaban cubiertas por ricos tapices y cortinajes de terciopelo de color azul brillante, abundaban los flecos y los adornos dorados.

Del techo colgaba una gran lámpara con millares de lágrimas de cristal de roca, una rutilante araña que parecía sacada de un teatro de la ópera.

En la pared opuesta a la gran chimenea, se levantaba un pequeño escenario que en aquellos momentos mantenía cerradas sus cortinas de color rojo intenso.

Los enanos de la isla de Saturn, cuando no se les requería en ninguna parte, solían pasar muchas horas allí, preparando sus sangrantes bufonadas que casi siempre eran a costa del escarnio de alguien convertido en víctima por exigencias del amo y señor Von Rachen.

En aquella sala reservada, celebraban algunas representaciones para solaz del propio Von Rachen, en ocasiones solo o acompañado de Hanelore y otras junto con sus invitados. Los invitados de Von Rachen solían salir siempre mal parados y regresaban a sus lares

con algo cambiado dentro de ellos, pero siempre ocultando sus humillaciones y, por contra, haciendo saber a todos que gozaban de la confianza del millonario.

La preocupación invadía al grupo de enanos. No ocurría nada en la isla de lo que ellos no se enterasen, siempre había alguno al acecho de lo que pudiera suceder.

Todos temblaban ante el solo nombre de Spruhen que, paradójicamente y por el miedo que le tenían, salía de sus propias bocas, siempre preñado de terror.

Lakai había sabido marcar a fuego en sus cerebros el terror a Spruhen, a su venganza.

Entre cuchicheos comentaban las muertes habidas, cuchicheos que, dentro de la amplia sala de juegos donde crepitaban los leños, sonaban a rumor entre sombras.

Bianca no estaba allí, continuaba en la cama, soportando la fiebre que, pese a los antitérmicos que le administrara la propia Hanelore, no descendía.

El frío, la humedad, el hambre y el miedo sufridos en la soterrada mazmorra donde Lakai la encerrara, sin saber si iba a salir viva de ella, habían afectado profundamente su salud.

De pronto, sin que nadie supiera por qué, se descorrieron las cortinas del escenario sobre cuyas tablas tantas bufonadas habían hecho todos ellos, demostrando sus habilidades teatrales o sus torpezas, pues unas y otras se confundían. El triunfo de la carcajada, del aplauso, lo mismo podía lograrse con una torpeza grosera, un exponente de estupidez, que con el trabajo bien elaborado, con calidad artística.

Sobresaltados, todos se encararon con el escenario. Allí en medio, mirándoles reprobadoramente, estaba… —Kinnbacken— exclamaron varios de ellos.

—Quisiera llamaros hermanos, pero por ahora no puedo —les dijo con su voz lenta y gruesa, que escapaba mal de aquella boca que no encajaba bien por la desigualdad de las mandíbulas.

Pasado el primer susto, pues por unos instantes habían temido ver aparecer al mismísimo Spruhen con su mortífera hacha y rodeado de sus feroces perros negros, uno de los bufones se adelantó entre los demás agitando los cascabeles prendidos en sus tobilleras, muñecas y gorro.

—¿Quién te crees que eres para hablarnos de semejante forma?

—Yo no me he convertido en un bufón sangrante como vosotros.

—Pero te convertirás, te convertirás —le espetó Old-Little. Las palabras del viejo enano que a cada movimiento agitaba los cascabeles que llevaba encima, fueron coreadas por los demás que se habían puesto a su lado en contra de Kinnbacken.

Frente al enano de la gran mandíbula se sentían unidos, formando grupo y por ello, más fuertes. Sin embargo, Kinnbacken poseía demasiada personalidad, demasiada inteligencia para retroceder ante aquel grupo que comenzó a insultarle, envalentonado por ser ellos diez y Kinnbacken uno solo.

—Sois indignos de ser llamados seres humanos. Os han convertido en bufones y ya no sabéis hacer otra cosa, ni siquiera me dais lástima.

Old-Little se irguió, sacudiendo sus cascabeles para iniciar la réplica. Los demás le miraron para ver qué hacía, qué contestaba, para ponerse de su parte y aplaudirle, pues no querían ser insultados por un individuo al que consideraban igual a ellos mismos.

—¡Tú no eres mejor que nosotros! Tú eres un enano lo mismo y un bufón, sólo hay que verte, y eres el más feo de todos.

Los demás rieron y añadieron insultos hirientes, puyas malignas hacia Kinnbacken que no se movía del escenario, ni siquiera daba un ligero paso hacia atrás.

—Ni la deformidad física, la fealdad ni el ser completamente distinto a los demás seres humanos tiene por qué convertirnos en algo parecido a los chimpancés domesticados y vestidos con cascabeles, con inteligencia, eso sí, pero una inteligencia bufa, sólo capaz para herir siempre a los demás.

—Pero ¿qué hablas, qué dices? —protestó una de las enanas.

Otro gritó:

—¡No te entendemos!

—¡Habla más claro! —exclamó un tercero.

—Se cree el Séneca de los enanos…

Volvieron a oírse las risotadas, los insultos hacia Kinnbacken que, sin duda alguna, no era aceptado en el grupo.

—Habéis perdido vuestra dignidad, ya no sois seres humanos.

—¿Ah, no, y qué somos, según tú? —inquirió Old-Little.

—Cerdos.

—¡Te vamos a dar lo que mereces! —gritó Old-Little, dando un paso hacia el escenario, esperando que los demás le siguieran para castigar a Kinnbacken por su arrogancia.

Lo cierto era que Kinnbacken impresionaba. Su rostro, sus largos brazos, con aquellas manos que casi le llegaban a la altura de los zapatos. Era muy torpe caminando, pero ya se conocía el poder de sus brazos.

—Rebelaos y volveréis a ser hombres y mujeres aunque seáis enanos en estatura. No seáis enanos también en inteligencia, en espíritu. Vivís pisoteados por Von Rachen, rebelaos contra su tiranía o moriréis avergonzados por vosotros mismos si es que llegáis a daros cuenta de vuestra miseria moral, porque no habréis sido más que eso, bufones.

—¡Merece una paliza! —chilló uno.

Otro gritó:

—¡Hay que dársela!

—Os diré que no estoy solo.

—¿Ah, no, con quién estás? —rezongó Old-Little—. ¿Acaso con otro cerdo como tú?

—Dibuc está conmigo.

—¿Quién es Dibuc, otro cerdo? —preguntó otro de los enanos, envalentonado.

—La existencia de Dibuc no es conocida.

—¿Ah, no, acaso es invisible? —inquirió Old-Little. Veía una posibilidad de divertirse a costa de Kinnbacken, escarneciéndole de tal forma que llegasen a hundirlo. Con burlas y risotadas podían humillarlo más que con golpes.

—Dibuc es un espíritu muy poderoso que habita dentro de mí.

—¡Ya lo habéis oído, hermanos! ¡Kinnbacken no es solo uno, son dos espíritus de cerdo dentro de un cuerpo repelente!

—Yo no le pedí a Dibuc que viviera dentro de mí. Se metió en mi cuerpo cuando yo era un niño marginado, un niño escondido por sus propios padres a los que ya comenzaba a parecer repelente y burlesco. Dibuc se metió en mí y hasta hoy hemos vivido juntos. Yo soy el cuerpo, pero él está dentro de mí y es más poderoso que yo mismo. Pasan años sin hacerse notar, pero…

—¿Y ahora está contigo ese Dibuc? —interrogó Old-Little que,

evidentemente, se erigía en jefecillo del resto de los enanos. No se le escapaba que Kinnbacken poseía una inteligencia natural superior y que si llegaba a integrarse en el grupo, terminaría convirtiéndose en el jefe de los enanos.

—He sido secuestrado y traído aquí en contra de mi voluntad. He sido apaleado, maltratado y tratan de conseguir de mí por la fuerza que me convierta en un bufón como vosotros; por eso he invocado a Dibuc, al espíritu que vive dentro de mí, para que me ayude.

—¿Y cómo te va a ayudar? —quiso saber Old-Little.

—No lo sé. Yo no domino a Dibuc y nada de lo que él haga está pensado o preparado por mí.

—¿Tanto poder tiene tu Dibuc? —inquirió otro de los enanos.

—Ellas os lo pueden decir.

Kinnbacken señaló a las enanas de los miriñaques, que se hallaban a un lado.

—Antoinette siempre fue una histérica, por eso se arrojó por la ventana —replicó una de ellas.

Kinnbacken no se dio por vencido, era un hombre demasiado seguro de sí mismo.

—Dibuc es un espíritu errante y maldito, no puede encontrar reposo en ninguna parte y se encarna en un cuerpo ya provisto de otra alma. En muchas ocasiones me ofrece algo de los poderes demoníacos que él atesora y que yo nunca he empleado para el mal. A cambio, vive dentro de mí y, en cierto modo, me protege. Quiero que lo sepáis porque yo deseo salvaros de la infame condición en que habéis caído, pero os advierto que a Dibuc, el espíritu de los grandes poderes maléficos, le importa muy poco que os salvéis o no. Cuando yo muera, buscará otro cuerpo, se introducirá en él y el escogido tendrá que sobrevivir con su compañía, le guste o no. Cuando la ira de Dibuc se desata, es temible, yo la conozco bien y os digo que he invocado su protección, pase lo que pase y caiga quien caiga, aunque sea yo mismo. Dibuc está aquí, conmigo, y yo no lo controlo.

—¡No dices más que estupideces!

Otro le gritó:

—¡No tienes ni gracia como bufón!

—¡Yo te daré lo que mereces, enano arrogante y mentiroso!

Old-Little, muy seguro de sí, avanzó hacia los peldaños que se hallaban frente al escenario para subir a él desde el piso normal, ya que el escenario se hallaba unos cuatro palmos más alto.

Los demás enanos siguieron a Old-Little dispuestos a ayudarle, dispuestos a propinar una severa paliza a Kinnbacken que le arrancara aquella arrogante superioridad.

Cuando Old-Little llegó a los escalones de madera, Kinnbacken no retrocedió, sino que levantó su mano izquierda. Mostró el dorso de la misma y con ella, aquel anillo de espejo oval con fondo oscuro.

La luz de la gran araña de cristal de roca se reflejó en el anillo y éste la reverberó hacia el rostro de Old-Little.

El enano debió ver en aquel anillo algo más que el simple rayo de luz, porque el espanto se reflejó en su rostro. Levantó sus manos y comenzó a aullar agitando los brazos. Los cascabeles sonaban estridentes, chirriantes, mientras él saltaba girando sobre sí mismo.

Los demás enanos, ante la inesperada reacción de Old-Little que se había atrevido a enfrentarse a Kinnbacken, se apartaron siguiéndole con la mirada, atónitos y asustados al mismo tiempo.

El bufón más viejo entre los bufones de la isla de Saturn, como movido por una fuerza que él era incapaz de controlar, en medio de chillidos y feroces aullidos, de la estridencia de sus propios cascabeles, se metió en el hueco de la chimenea y comenzó a saltar sobre los leños que ardían hasta que todo él se inflamó ante el espanto y el horror de sus compañeros.

Old-Little ardió por completo hasta que, de pronto, aquel poder invisible lo succionó hacia lo alto y desapareció por el ancho tubo de la chimenea.

El pánico se apoderó del resto de los enanos que, gritando, atropellándose entre sí, escaparon de la sala de juegos.

Kinnbacken quedó solo en el escenario, con su anillo espejo a través del cual escapaba el poder infernal de Dibuc.

Capítulo XXI

NO le hizo falta a Slake T. Rollman mantener encendida su linterna, pese a la niebla y a la oscuridad de la noche que había llegado con inusitada rapidez.

El Siroco ardía por los cuatro costados.

Dentro de él no parecía haber nadie y tampoco nadie trataba de apagar las grandes llamaradas que apartaban la espesa niebla.

No cabía ni pensar en subir a bordo del Siroco que ya estaba escorado por babor y se hundía envuelto en fuego.

Slake ignoraba la profundidad que allí, junto al espigón, tenía la ensenada. Quizá el gran yate de Von Rachen sólo se hundiera unas brazas y gran parte de él quedara a flote, o bien siguiera hundiéndose más y más hasta desaparecer completamente.

Slake T. Rollman sabía que a un barco le hacía más daño el fuego que el agua. Si se hundía por completo, se apagaría el fuego y si después se efectuaba una operación de rescate, podría restaurarse y era muy posible que la maquinaria, que era lo más importante, no resultara perjudicada.

Lo que más le desconcertó fue descubrir que su yate, comprado de segunda mano y ya con bastante tiempo de uso y mucha ilusión en su restauración y puesta a punto, había desaparecido.

—Ni rastro, no es posible —musitó.

El Siroco se escoraba más y más, lo que hacía que parte del casco se apretara contra la pared del muelle y chirriara fuertemente al rozar la plancha de hierro contra la piedra a causa de las cuerdas de amarre que impedían que el yate escorase por completo, manteniendo parte de la verticalidad: pero las llamas alcanzaron también las amarras que quedaron destruidas y el Siroco se hundió definitivamente, sin sujeciones que lo impidieran.

Lo que preocupaba a Slake T. Rollman era su propio yate, el superdragón, con Yago a bordo, había desaparecido, no se le veía

por parte alguna.

Al apagarse las llamaradas, la niebla comenzó a cerrarse de nuevo alrededor del muelle y con la mezcla del humo producido en el incendio, la niebla se hizo más negra, impenetrable y repulsiva.

A Slake no se le escapaba que, habiéndose hundido el Siroco y desaparecido el superdragón que también podía estar hundido en las negras aguas, no había escapatoria de la isla de Saturn.

Recordó las perturbaciones de radioondas que sufría la isla y se dijo que no cabía otra alternativa que esperar a que éstas pasaran para utilizar la radio y pedir auxilio.

Mientras aquellas alteraciones radiomagnéticas no desaparecieran, la incomunicación de la isla de Saturn sería completa y lo que era más grave, con un psicópata armado con un hacha, suelto después de cometer tres crímenes por lo que se sabía.

* * *

Hanelore regresó al interior de la antecámara de Von Rachen. Le encontró allí, había bebido más de la cuenta y la mujer no le había visto nunca tan nervioso.

—La trapecista se ha largado.

—¿Adónde?

—No lo sé, seguramente a buscar a Slake.

—¡Malditos sean todos! ¿Qué sabes de los vigilantes? —Nada.

—¿Crees que habrán muerto en el Siroco?

—Seguro.

—Traía pólvora y productos de pirotecnia porque preparaba una gran fiesta. Tenía pensado hacer tronar los viejos cañones de la isla que tantas veces vomitaron metralla contra los piratas.

—Pues eso, añadido a una gran cantidad de combustible, ha hecho que el Siroco se hunda.

—Maldita sea, alguien ha tenido que provocar ese incendio.

—¿Lakai?

—¿Quién, si no?

—He visto a dos enanos.

—¿Qué pasa con ellos ahora?

—Están despavoridos. Piensa que ellos han visto a Spruhen con su hacha y Lakai ha sabido inculcarles a lo largo de años el terror a Spruhen.

—Por todas partes sale Lakai…

—Tú lo convertiste en verdugo —casi le reprochó Hanelore.

—¿Yo? —Gruñó, con su vaso en la mano.

—Sí, tú. Es tan fiel a tus mandatos que te ha obedecido en todo. Él ha entrenado a los dóberman que luego soltó en el circo tras prepararlos con el olor de las ropas de Petrolino. Los feroces perros sabían muy bien a quién debían atacar. Lakai es un especialista en marcar los cerebros de los perros, por eso destrozaron al payaso enano mientras Lakai se hacía pasar por Spruhen.

—No quiero recordar eso.

—Pues tienes que recordarlo. Un helicóptero vino a buscarlo aquí y lo dejó cerca del circo donde se rodaba la película. Después de destrozar a Petrolino, el helicóptero volvió a traer a Lakai a la isla.

—El piloto jamás dirá nada, es un empleado mío y tampoco dejó a Lakai junto al circo, sino a más de cien kilómetros de distancia, para no dejar señales de su rastro.

—Todo perfecto, pero Lakai le ha tomado gusto a eso de disfrazarse de Spruhen y asesinar.

—Sí, Lakai se ha vuelto loco, no cabe duda y ha comenzado a matar por su cuenta.

—Los verdugos matan por orden —puntualizó la mujer.

—Hay que librarse de él, esto ya no es una diversión, mata indiscriminadamente.

Von Rachen abrió el cajón de un secreter y sacó un revólver de aspecto tan poderoso como lujoso. Junto a aquel revólver había una pequeña y brillante pistola, la puso en la mesa y ordenó a Hanelore:

—Cógela.

—¿Crees que va a hacerme falta?

—Si ves a Lakai disfrazado de Spruhen y armado con un hacha, empléala antes de que te corte la cabeza.

Hanelore tomó la pistola entre sus manos y observó cómo Von Rachen repasaba el tambor de su revólver, comprobando que se hallaban colocados todos los cartuchos, listos para ser disparados.

—Cuando encuentres a Lakai, ¿lo matarás?

—¿Qué crees que hay que hacer con un perro rabioso?

—Sí, será lo mejor, ya son demasiados muertos. La suiza y la inglesa no se van a callar y luego están esas *misses* aterrorizadas y los enanos incontrolados. Con esta niebla, no me extrañaría que

algunos se lanzaran al mar.

Se puso el revólver entre el cinturón de los pantalones y la camisa. Provisto de la capa que ocultaba el arma, se acercó al busto de Calígula y le hundió los ojos con los dedos, presionando de tal forma que parecía que quisiera saltárselos.

La chimenea se apartó, abriendo la entrada del pasadizo secreto.

—Voy contigo —dijo Hanelore.

Se filtraron por los siniestros corredores donde tantas angustias se habían vivido desde que fueran construidos.

Hanelore era una mujer de fuerte carácter, pero caminando por aquellos pasillos secretos, se sentía intranquila. Estaba segura de que muchas de aquellas puertas disimuladas daban a estancias aún desconocidas para ella.

Pretender conocer hasta el último rincón de la antiquísima mansión que había ido creciendo a lo largo de los siglos, era imposible.

Por cualquier parte podían aparecer calaveras, momias, sepulturas ignoradas, seres emparedados y olvidados a través de los siglos.

Entre aquellas paredes, la fantasía más alucinante y macabra podía llegar a confundirse con la realidad.

Von Rachen, que por su corpulencia rozaba con los brazos ambos lados de las paredes por donde pasaba, no se preocupaba de fantasías, sólo tenía la idea fija de encontrar a Lakai, el ser que mejor conocía la mansión y sus subterráneos.

Lakai era quien había hecho conocer a Von Rachen la figura del maldito Spruhen y cómo aprovecharlo, una antiquísima talla de dura madera, un conjunto de imaginería que no había sufrido desgaste en sus pinturas, hasta tal punto que sólo mirarlo impresionaba, pues semejaba tener vida propia.

Llegaron al santuario funerario del dolmen, iluminado por las falsas antorchas.

Aquel recinto impresionaba.

Lakai estaba en el centro y entre sus manos sostenía la tosca pero afilada y mortífera hacha de Spruhen. A simple vista se notaba que a la imagen de Spruhen le faltaba algo: Su hacha de caza que ahora estaba en manos de Lakai.

—¡Estás loco, Lakai!

—¿Loco? —repitió, perplejo, muy lejos de imaginar la decisión tomada por el barón.

—Sí.

—No, no estoy loco, esto es sangre —dijo, tocando con sus dedos el filo del hacha.

—Exacto, sangre.

—Pues, no entiendo.

—Lakai, es cierto que te he pedido que dieras muerte a más de un fugitivo, pero la isla de Saturn la tengo para mi descanso, para mi diversión, no para derramar tanta sangre. Tú te has vuelto loco.

—¿Yo?

Detrás de Von Rachen, Hanelore le recriminó:

—Has matado a hachazos al inglés, al suizo y al propio Chandler, que es empleado del barón. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Yo? ¡Si ha sido él! —exclamó, señalando a Spruhen.

—Es una simple estatua de madera. ¿Cómo va a poder matar a nadie?

Ante la réplica despectiva de Von Rachen, Lakai insistió:

—Es él, es el espíritu inmortal del cazador de hombres que lo anima. Spruhen no es una simple estatua, tiene espíritu.

—¡Estúpido! ¿Crees que soy un imbécil como cualquiera de esos enanos a los que marcas con el terror de Spruhen? Eso es sólo una imagen y tú, tú eres el cazador del hacha, cualquier psiquiatra te lo diría fácilmente. Tú has tomado la personalidad asesina de Spruhen y en alguna parte debes tener el disfraz. Yo mismo te he pedido que te hicieras pasar por Spruhen al perseguir a Petrolino. ¿Por qué invertí dinero en una película de circo que no me importaba un rábano? Porque era la forma de atraer a Petrolino a una trampa y que tú pudieras presentarte en el día y lugar apropiado. Le soltaste los perros y éstos lo despedazaron.

—Es cierto, pero aquí, aquí no he sido yo —rechazó Lakai.

Vestía como siempre, su sayal negro con cuerda roja ciñendo la cintura y la cabeza cubierta con el largo capuchón.

—Eres un esquizofrénico que has tomado la personalidad de Spruhen y la esquizofrenia no se cura. Me has servido muy bien, pero te has pasado.

Lakai, atónito, vio cómo la mano de Von Rachen aparecía armada con el pesado revólver cuyo feo orificio le apuntó.

—¿Va a matarme? —preguntó, sin miedo en la mirada.

—No me queda otro remedio. La esquizofrenia no se cura y si te llevara a un sanatorio, acabarías explicando todo lo que has hecho bajo mis órdenes.

—Si va a matarme porque cree que yo soy el asesino, no lo haga, sería un terrible error.

—He hablado demasiado contigo.

Lakai, viendo en los ojos claros de Von Rachen la frialdad de la decisión ya tomada, se volvió, dándole la espalda y comenzó a caminar.

—¡Date la vuelta! —exigió Von Rachen.

Lakai le desobedeció por primera vez en su miserable vida de verdugo privado y siguió avanzando hacia la talla de madera que representaba a Spruhen rodeado de sus perros, también tallados en madera. Sabía que la muerte ya estaba con él.

Hanelore exigió:

—¡Mátalo!

Von Rachen apretó el gatillo y Lakai recibió el impacto en mitad de la espalda. Sufrió un empujón hacia adelante mientras su espalda se encorvaba y, tambaleándose, siguió su avance hacia Spruhen y los perros.

Von Rachen se dejó arrastrar por el enojo, la cólera y también algo de miedo.

Él había financiado la transformación de aquel santuario, había mandado colocar las antorchas de gas, lo había hecho limpiar con minuciosidad e instalar los altavoces ocultos a través de los cuales llegaban las voces que debían impresionar a los enanos que quedaban aterrorizados.

No podían tomárselo a broma, el escenario imponía y más de lo que había supuesto el propio Von Rachen, porque allí había algo intangible que él no había llegado a captar bien, un flujo permanente de maldad que irradiaba a toda la isla.

Lakai sintió clavarse más balas en su espalda.

Von Rachen vació todo el tambor, mas no pudo evitar que Lakai llegara hasta la diabólica imagen de Spruhen.

Lakai hincó sus rodillas entre las figuras de los perros negros. Alargando su diestra, puso el mango del hacha en la mano del cazador.

Después, se derrumbó, la sangre se deslizaba por el sayal negro y comenzó a salir también por las comisuras de sus labios. Dio media vuelta y quedó mirando el techo pétreo del dolmen, con los ojos ya vidriosos.

Von Rachen suspiró profundamente, bajó el arma y dijo:

—He de confesar que he lamentado matar a ese loco, me había sido siempre tan fiel…

—Pero, tú lo has dicho, estaba loco.

—Las diversiones están bien, pero hay que mantener un control.

—¡Mira!

—¿Qué?

Von Rachen se volvió hacia Hanelore y ésta, trémula, le señaló a Spruhen.

—¡Se ha movido! —gritó la mujer.

Spruhen había levantado su hacha poniéndola horizontal junto a su cuerpo. En la talla estaba ladeado, pero ahora les miraba, se había encarado con Von Rachen y la alemana.

—No es posible, es un truco que debió preparar Lakai sin que yo lo supiera, seguro que quería darme una sorpresa.

—¡No es una sorpresa!

Spruhen dio un paso hacia adelante, saltando de su pedestal y sus perros también abandonaron su secular inmovilidad. Eran perros que no ladraban, como si tuvieran las cuerdas vocales cortadas.

Los feroces perros, de raza desconocida, se parecían bastante a los sofisticados dóberman. Von Rachen trató de disparar sobre ellos, mas no era fácil acabar con un gigantón de su corpulencia.

Trató de apartar a manotazos a los feroces perros que le atacaban y consiguió partir la cabeza de uno de ellos con la culata del revólver.

Una de las bestias cerró sus terribles mandíbulas alrededor del antebrazo de Von Rachen, que aulló de dolor. El animal quedó colgado de su brazo mientras otro perro le atacaba al cuello. Con la otra mano, Von Rachen logró quitárselo de encima.

—¡Dispárales! —gritó Von Rachen, retrocediendo hasta la pared, acosado por la ferocidad de las bestias.

Sintió que le arrancaban pedazos de carne, su cuerpo comenzaba a sangrar, pero trataba de evitar que le alcanzaran el cuello y la

cara.

Hanelore disparó contra los perros y alcanzó a dos de ellos que se retorcieron de dolor, pero con infinito espanto observó que el primero de los perros caídos con el cráneo roto, se recuperaba.

Las bestias que ayudaban al hombre a cazar, habían acorralado a Von Rachen de espaldas a la pared y Spruhen, con su mirada despiadada, con su rostro demoníaco, con la gran cabellera leonada y revuelta, se situó frente a él.

Levantó el hacha y…

—¡Noooooo!

Crash…

Hanelore sintió como si todas sus vísceras dieran vueltas dentro de ella, cambiando de lugar, por un efecto de puro terror.

Von Rachen escurrió su espalda por el muro de piedra. El hachazo había sido asestado con tal contundencia y certeza que le partió la cabeza, abriéndosela hasta la mandíbula. La sangre escapó a borbotones por el brutal tajo durante los dos o tres primeros segundos. Después, se fue deslizando, ya no la impulsaba el corazón que se había parado.

Hanelore disparó contra Spruhen, que se había vuelto, basculando el hacha ensangrentada junto a su cuerpo.

Spruhen encajó los balazos, pero siguió adelante.

Su caminar era lento y algo pesado, pero sin vacilaciones.

Los perros se lanzaron sobre Hanelore y la derribaron junto a las escaleras. Cuando intentaba huir, sintió las terribles dentelladas.

Gritó de pánico y dolor, la pistola ya no tenía más balas que disparar.

Una de las dentelladas le partió el tobillo y el pie se le dobló. Otra se hundió en una de sus caderas, sin soltarla hasta que consiguió arrancarle un trozo de carne.

La mujer, torturada por las infernales dentelladas, vio avanzar a Spruhen y detenerse junto a ella.

—¡Nooo, noooo!

Un ruido semejante sólo podía escucharse en una carnicería al poner bajo el filo del hachón la cabeza de una res, sólo que Hanelore estaba viva y la sangre fluía dentro de ella.

Los feroces canes, como si pretendieran dar satisfacción a su amo, siguieron despedazando el cuerpo de la mujer que ya estaba

muerta.

Los juegos sádico-mortales se habían vuelto en su contra. Habían estado utilizando a Spruhen para atemorizar a los enanos, sin percatarse de que aquellas tallas eran algo más que madera pintada y el que primero se había dado cuenta de ello era Lakai.

Capítulo XXII

KINNBACKEN anduvo por el ancho corredor del ala norte de la extraña mansión de la isla de Saturn.

Avanzaba despacio, haciendo oscilar su cuerpo a derecha e izquierda, según fuera el pie que movía. Sus piernas eran tan cortas que casi pasaban del tobillo a las rodillas y de éstas, a las ingles, mientras que los pies eran exageradamente grandes, lo mismo que su mandíbula.

A los bufones de la isla les bastaba con ver de lejos a Kinnbacken para salir huyendo. Éste había demostrado ser muy superior a todos ellos juntos y les había despreciado y castigado en la persona de Old-Little.

Llegó hasta la alcoba de las enanas y empujó la puerta.

Bianca seguía allí, sola en la cama, una cama grande y alta, de colchón muy grueso, no podía decirse que estuviera mal. Kinnbacken se le acercó y con sumo cuidado, con infinito amor, le puso la mano sobre la frente.

—Bianca, tengo que sacarte de aquí.

—¿Dónde estoy?

—En un lugar infernal.

La joven se volvió hacia él. Estaba despierta, con fiebre, pero no tenía tanta como para no identificar a aquel hombre.

—¿Te han hecho daño?

—No, no me han hecho daño —respondió él, con la lentitud que le caracterizaba.

—Tengo miedo.

—Has de salir de aquí. Las fuerzas demoniacas ya están desatadas en esta isla maldita y se enfrentarán entre ellas.

—No tengo fuerzas, me siento muy débil, no entiendo nada.

—Vamos, Bianca, levántate y vístete. La lucha será infernal. Fuerzas maléficas de distinto signo luchan entre sí, quieren su

propia hegemonía. No puedo explicártelo todo; levántate, Bianca, levántate.

Abrió el armario de la joven y buscó hasta encontrar un abrigo largo que cogió. Sacó a Bianca de la cama, la sentó sobre ella y le puso el abrigo. Ella, enfebrecida, con la mente turbada, no opuso resistencia alguna.

Kinnbacken buscó los zapatos y la calzó. La hizo bajar de la cama, la rodeó con uno de sus largos brazos y la obligó a caminar.

La mansión parecía haber enloquecido.

Se oían chillidos de mujeres, chillidos lejanos. Kinnbacken no les hizo el menor caso, su idea fija era sacar a Bianca de allí y siguió caminando por el corredor hasta llegar a la gran escalinata que daba al salón. Aquella escalinata se presentaba para Kinnbacken, acompañado de Bianca, casi como insalvable.

Peldaño a peldaño, cogiéndose con la otra mano a la ancha baranda, fueron descendiendo.

Kinnbacken quería sacar de allí a Bianca porque parecía saber mejor que nadie cuáles eran las fuerzas maléficas desatadas. Dibuc le protegía a él, pero Kinnbacken era consciente de que no podía fiarse totalmente de Dibuc.

Kinnbacken tenía un esmero y un cuidado tan grandes por Bianca que superaba su propia protección y así consiguió llevarla hasta el salón que cruzó en dirección a la puerta principal.

Los chillidos se oían a distancia.

Uno de los criados asiáticos apareció sangrando, tenía un tajo en el hombro y se tambaleaba. Le habló en su lengua y Kinnbacken negó con la cabeza. El sirviente se cogió a una cortina y, poco a poco, fue resbalando por ella.

Kinnbacken se desentendía de todos los seres que había en aquella mansión, de todos excepto de Bianca.

Abrió la pesada puerta y la noche dio en sus ojos. La niebla se había disipado, empujada por un viento considerable que se había levantado y que no se había notado dentro de la mansión.

Bianca trastabilló y Kinnbacken evitó que cayera.

El enano de la gran mandíbula la tomó entre sus brazos y cargado con aquel cuerpecillo, salió a la noche.

Tenía que alejarla de la siniestra mansión donde la sangre fluía, fluía como ríos incontenibles.

Kinnbacken avanzó por el suelo asfaltado. Quería llegar al embarcadero de los yates, pero tenía que cruzar antes el bosque. Poseía unos brazos fuertes, pero las piernas no eran lo mismo, soportaban mal su propio cuerpo y ahora cargaba con el peso de Bianca además.

Kinnbacken sudaba fríamente, temía caer de un momento a otro.

—Dibuc, ayúdame —suplicó, sin dejar de avanzar.

Cuando ya la mansión quedaba atrás, vio aparecer una figura humana; lo distinguió por la cabeza, pues todo él vestía de negro.

—Ayúdame, ayúdame —pidió Kinnbacken.

Y quedó quieto, incapaz de avanzar un solo paso más con la sobrecarga de otro cuerpo.

* * *

Libby Oriana entró en el claustro que tenía la piscina climatizada en su centro, un recinto que podía haber sido maravilloso. Crecían arbustos junto a las columnas y los gruesos ramajes llegaban hasta la bóveda encristalada, agarrándose al entramado de acero que sostenía los cristales.

Encontró a las *misses* muy asustadas, sollozando.

—No os preocupéis —les dijo—, atraparán al asesino.

—¡Yo quiero irme, este lugar es horrible! —gimió una de ellas.

—Von Rachen nos ha prometido la fama a todas, pero…

—¿Y qué os ha pedido a cambio? —preguntó Libby—. ¿Qué os acostarais con él?

—¡Es un sádico! —se quejó otra.

—Nos convierte en furcias —dijo, la más rubia de las cuatro.

Su compañera replicó:

—La culpa es nuestra por aceptar todo lo que nos pide.

—Pero ¿qué es lo que hacía aquí?

—Preparar orgías y si nosotras participábamos en ellas para divertirle, nos prometía salir en las revistas, en las televisiones, en el cine.

—Lo de siempre —suspiró Libby.

La rubia, como réplica, le preguntó:

—Y tú, ¿para qué estás aquí?

—Slake y yo hemos tratado de convencer a Von Rachen para que siguiera invirtiendo dinero en una película.

—¿Tú ya eres actriz? —le preguntaron.

—No exactamente; soy funambulista y trapecista y trabajaba como doble de la primera actriz.

—Pues a ti también te pedirá barbaridades, Von Rachen no se contenta con nada, es insaciable.

Le fueron explicando lo que habían tenido que hacer y una de ellas, añadió:

—Seguro que nos drogaron a todos en la cena. Yo ya me lo olía, se lo advertí a ellas antes de empezar la cena.

—Sí, pero lo mismo te daba —le replicó otra.

—Cuando salgáis de aquí, será bueno que reflexionéis sobre vuestras vidas y no vayáis tan alocadas detrás de la fama, sois presa demasiado fácil.

En aquel momento se abrió una de las puertas que daban al claustro y aparecieron los temibles perros que batían sus mandíbulas, pero no ladraban.

Todas se asustaron.

Al ver venir hacia ella a uno de los perros, Libby Oriana tomó una de las sillas de jardín y la interpuso entre ella y la bestia, metiéndole una de las patas en la boca. El animal la cerró en torno al metal y Libby lo empujó con fuerza, consiguiendo arrojar al feroz can junto con la silla al interior de la piscina.

Mientras, una de las *misses* era derribada por dos de los perros.

—¡Hay que tirarlos al agua, al agua! —gritó Libby.

Cogió otra silla y luchó hasta conseguir lanzar a un segundo perro a la piscina, donde nadaban sin cesar, incapaces de salir. No poseían la facultad de los humanos para salir del agua hallándose dentro de la piscina, pues no podían emplear manos y brazos como sí lo hacía un ser humano.

Dos eran ya las muchachas que estaba siendo mordidas salvajemente y las otras dos buscaban una puerta que se abriera para poder escapar, pero todas estaban cerradas menos una y al llegar a ella, la muchacha rubia se encontró cara a cara con Spruhen, que iba armado de su hacha.

El chillido de la mujer al verse frente al maligno cazador fue tan agudo, tan fuerte, que espantó al gran guacamayo, que batió sus alas y abandonó su lugar habitual.

El vistoso pájaro de gran tamaño y enorme cola no estaba encadenado y echó a volar, pero uno de los perros saltó con las

fauces abiertas y consiguió cerrar sus mandíbulas en torno a la larga cola.

Can y ave cayeron al interior de la piscina, debido al vuelo de uno y al sato del otro.

El guacamayo también chilló de terror. Agitó sus alas y lanzó su pico curvo hacia el cuello del perro, cerrándolo como una tenaza. Mas, los otros perros fueron hacia él y partieron al ave con una impresionante facilidad.

La cabeza de una de las *misses* quedó colgando sobre su cuerpo mientras el suelo se teñía de rojo.

Otra de las jóvenes trató de escapar por la puerta, pero el cazador le cortó el paso y la acorraló contra un ángulo de paredes donde ella chilló, poniendo sus manos por delante, pero Spruhen era implacable.

Al verse acosada por uno de los diabólicos perros que impedían las fugas de las muchachas, Libby saltó sobre uno de aquellos arbustos enredaderas tropicales que vivían en aquel clima de invernadero.

Su profesionalidad circense le ayudó a trepar por la planta y así escapó del can que saltaba tras ella tratando de apresarle los pies entre sus mandíbulas, que al cerrarse en el aire producían un sonido estremecedor.

Casi faltándole el aire al respirar, ascendió entre las ramas.

Una de ellas cedió y estuvo a punto de caer mientras el perro negro saltaba en el aire tratando de alcanzarla.

Fue subiendo y subiendo con infinita desesperación y de este modo, llegó a la bóveda encristalada.

Un chillido aterrador la obligó a volverse cuando estaba encaramada en lo alto.

Vio a la última de las muchachas caída dentro de la piscina, los malditos perros la estaban despedazando. Las otras tres habían sido ya asesinadas bárbaramente, el hacha había sido la causante de los bestiales ataques.

Los ojos del implacable Spruhen se clavaron en Libby, que estaba en lo alto de la bóveda. Dispuesto a convertirla en su nueva presa, se dirigió al arbusto enredadera y comenzó a trepar como antes lo hiciera la propia Libby.

La trapecista intentó alejarse por lugares inverosímiles, pero

poco a poco se fue dando cuenta de que no era fácil escapar. La bóveda le cortaba toda salida y abajo había cuatro perros dentro de la piscina y dos fuera de ella, como esperando a que se desprendiera y cayera.

Respirando con dificultad, sollozando de miedo, Libby se agarró como pudo a una rama adherida a una de las vigas y con el tacón del zapato comenzó a golpear el cristal que resultó muy grueso y difícil de romper.

—¡Rómpete, rómpete! —gemía.

La rama se desprendió en parte. Temió caer, pero quedó suspendida en el aire.

Spruhen se ladeó un poco, agarrado a una rama, y desde la posición que había conseguido, blandió el hacha tratando de alcanzar con ella el cuerpo femenino.

El filo le pasó rozando el cuerpo, la habría tocado de no encogerse sobre sí misma.

La rotura de la rama a la que Spruhen se había agarrado hizo que éste descendiera un par de metros, pero no llegó a caer. Consiguió rehacerse e inició de nuevo la ascensión.

Libby comprendió que debía darse prisa y golpeó con más rabia el cristal. Éste se partió y siguió rompiéndolo. Uno de los grandes pedazos de vidrio que se desprendieron cayó sobre la cabeza de uno de los perros, cortándole parte de la mandíbula como si fuera una guillotina.

Con desesperación, utilizando el pie, Libby apartó los cristales de la armadura de hierro y después trepó por ella, saliendo a la noche.

Corrió por los tejados, llegó a una pared y descubrió unos hierros empotrados que hacían de escalera. Subió por ellos al más alto torreón de la mansión, allí donde estaba la antena de radio.

—¡Socorro, auxilioooo!

Trató de llegar lejos con su grito y lo consiguió, porque desde abajo obtuvo la respuesta.

—¡Libby!

—¡Slake!

La joven se volvió y descubrió que el cazador había conseguido llegar a los tejados, armado con su hacha asesina y se dirigía hacia el torreón que no tardaría en alcanzar.

Aterrorizada, Libby miró alrededor de la antena. No había escapatoria y trepar por la antena tampoco era solución, pues aquel salvaje asesino trepaba también con mucha facilidad.

De pronto, tocó con la mano uno de los cables tensores que mantenían la verticalidad de la antena los días de viento.

Sin pensárselo dos veces, se descalzó y subió al cable por la propia antena. Comenzó a descender por él guiándose por el tacto de sus pies más que por sus ojos.

Spruhen rugió de rabia al verla alejarse. Cogió el cable entre sus manos y comenzó a sacudirlo para hacer caer a la joven funambulista, pero ésta mantuvo el equilibrio y siguió descendiendo como si se hallara sobre un trapecio móvil.

—Cortará el cable con el hacha —gruñó Kinnbacken.

—¿Cómo evitarlo? —preguntó Slake, desesperado. Entre sus brazos sostenía el pequeño cuerpo de Bianca.

—Yo lo evitaré —dijo Kinnbacken.

Y enfocó su anillo hacia Spruhen, el cual recibió como una descarga eléctrica y el hacha escapó de sus manos.

Libby siguió descendiendo por el cable lo más aprisa que pudo, parecía que a su cuerpo le hubieran brotado alas.

Sin soltar a Bianca, Slake fue a su encuentro. Libby llegó hasta el suelo sin caer y se abrazó a ellos.

—¡Vamos corriendo al yate!

—¿Está mal esta niña?

—No es una niña, es una mujer enana secuestrada. Me han pedido que la devuelva a su lugar de origen. Corramos, el yate está abajo. Yo creía que se había marchado, pero ha regresado; Yago sólo hizo que apartarlo del fuego.

Corrieron carretera abajo en dirección al muelle. Mientras, Kinnbacken entró en la mansión, cerrando tras de sí.

Había comenzado la infernal lucha entre los poderes del Mal.

Cuando llegaron al yate, pudieron ver cómo brotaban luces relampagueantes por las ventanas de la mansión y se escuchó algo parecido al fragor de una tormenta.

—Olfateo algo gordo —masculló el viejo Yago—. Hay que zarpar a toda máquina.

Slake recordó las palabras de Kinnbacken suplicándole que se alejaran inmediatamente de la isla, que él se quedaría allí para un

ajuste de cuentas.

Mientras el superdragón enfilaba hacia alta mar, impulsado por el motor auxiliar, la isla de Saturn comenzó a convulsionarse como sacudida por un seísmo.

Las paredes de la mansión se fueron desmoronando, los árboles abatiendo hasta que una gran llamarada surgió del centro de la isla apuntando hacia el cielo.

—Parece un volcán —dijo Yago—. Hay que huir deprisa…

El yate se perdió en altar mar, mientras la isla semejaba arder y desaparecer en medio de piedras y ríos de lava que hicieron hervir el agua en su entorno.

Nadie sabría jamás quién había vencido en la infernal lucha desatada entre Dibuc y el cazador sin piedad llamado Spruhen.

FIN